

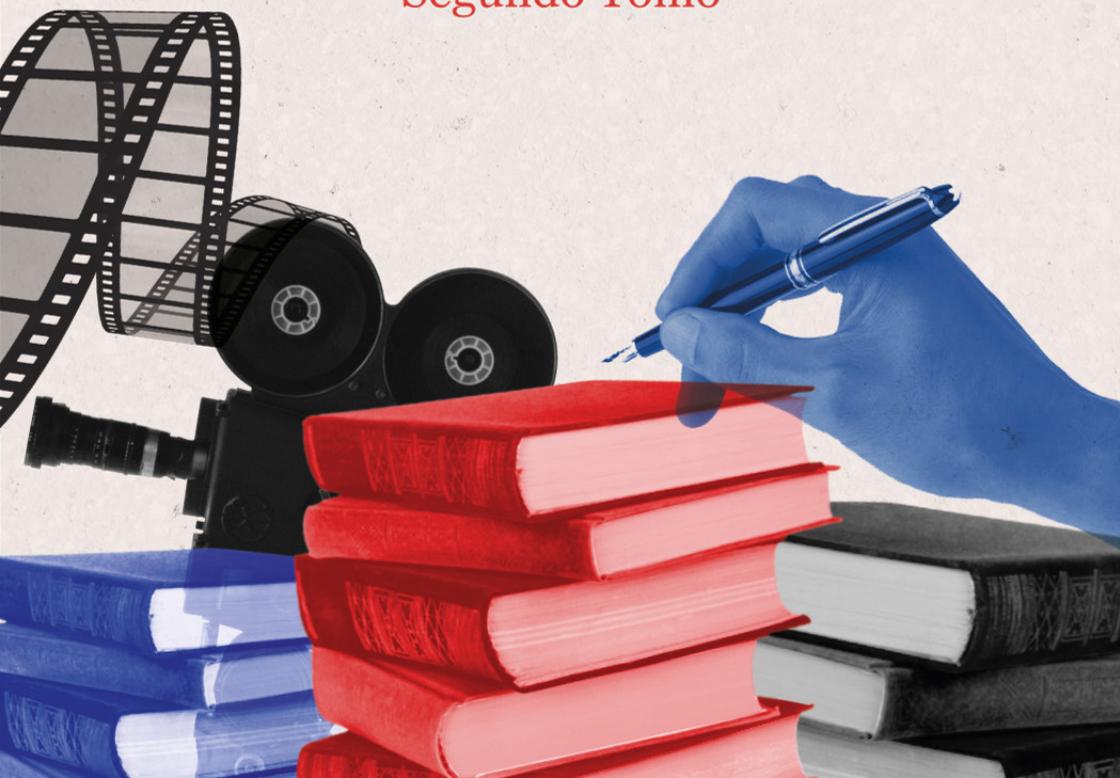


Carlos Pérez Agustí

ENSAYOS LITERARIOS

PARA EL
SIGLO XXI

— Segundo Tomo —





De izquierda a derecha: Jorge Dávila, Eliécer Cárdenas, Edmundo Maldonado, Mario Jaramillo, Carlos Pérez, José Neira. Atrás: Rubén Villavicencio y Claudio Malo.

ENSAYOS
LITERARIOS

PARA EL
SIGLO XXI

— Segundo Tomo —

ENSAYOS LITERARIOS PARA EL SIGLO XXI;
SEGUNDO TOMO

© del texto: Carlos Pérez Agustí

© de esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2024

ISBN: 978-9942-645-67-8

e-ISBN: 978-9942-645-68-5

Diseño y diagramación: Sebastián Ramón Lazo

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

Carlos Pérez Agustí

ENSAYOS LITERARIOS

PARA EL
SIGLO XXI

— Segundo Tomo —



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

NOTA DEL AUTOR

La complejidad de nuestro mundo necesita de la reflexión, hay que pensar el siglo XXI. Pero cuando la premura aprieta, no hay espacio para cuestionarse nada. La prisa es la característica de nuestra vida cotidiana y, desafortunadamente, la hemos normalizado. Uno de los riesgos de la normalización de la prisa es que no tenemos tiempo para pensar; tiempo para pensar en uno mismo, para organizarse, para posicionarnos en las cosas. No tenemos ese tiempo para pensar, aunque es fundamental y hay que buscarlo. Ese tiempo está presente en la literatura, en el ensayo.

Y al hablar de ensayos, parece inevitable remontarse a Miguel de Montaigne, escritor francés del siglo XVI, creador de un género abierto profundamente actual, el ensayo moderno. Su trabajo literario, obra cumbre del humanismo y titulada justamente “Ensayos”, que después de más de cuatro siglos de haber sido escrita, mantiene una vigencia y actualidad increíble en nuestro tiempo. El ensayo, como la antítesis de la opinión dogmática y la actitud crítica hacia lo aceptado y lo establecido.

Un conjunto de ensayos sobre escritores cuencanos y ecuatorianos de nuestro tiempo, además de otros temas vinculados con nuestra época, se constituyen en el centro de este volumen.

En los últimos años, cada vez se hace más insistente la tendencia del ensayo como el género literario del futuro. Lo que parece cierto es que el discurso de nuestra contemporaneidad se estructura a la manera de un ensayo.

Incluso, con el predominio de los géneros híbridos, hay que referirse a la frecuencia de la novela-ensayo. Ficción y ensayo, el híbrido de nuestro siglo XXI.

“*Si el mundo fuese claro, no existiría el arte*”, afirmó en alguna ocasión el escritor francés Albert Camus. “Leer y escribimos porque algo no funciona entre el mundo y nosotros”, son palabras de Juan José Millás.

La escritura literaria como una manera de estar en el mundo. La escritura, como columna vertebral de lo humano. Lo transitorio de la existencia queda iluminado por lo deslumbrante de la palabra poética. Como afirmaba César Vallejo de sí mismo, *dedicarse a morirse de vida y no de tiempo*. La palabra es lo único que no se oxida. La literatura sigue iluminando las sombras de la vida. El ensayo como una poética del pensamiento.

00

Prólogo

Carlos Pérez Agustí y su inagotable apego al arte

“La poesía es como un golpe, que duele, que hincha de moretones el alma, que recupera a la memoria lo perdido y lo nunca encontrado viene”.¹

Este es un nuevo libro de Carlos Pérez Agustí, ENSAYOS LITERARIOS PARA EL SIGLO XXI, segundo tomo. Recordemos que el primero se publicó en noviembre de 2019 por la Universidad del Azuay y el Colectivo Cultural Casa Tomada. En esta oportunidad, justamente tres años después, se edita por la Casa Editorial UDA esta nueva publicación que reúne análisis y comentarios sobre diferentes trabajos literarios a los que se agrupa en cinco secciones, algunas de ellas demarcadas por los géneros a los que pertenecen. Además, se refiere al cine y literatura y un acápite especial en homenaje a Eliécer Cárdenas.

El autor mantiene ese fuego vivo, ese interés por empararse con las voces de los otros a través de sus distintas manifestaciones artísticas. Se aproxima y se adentra en obras cuyos autores van desde Charles Chaplin y Franz Kafka, relacionándolos con Pablo Palacio, quienes transi-

1. Cárdenas, E. (1978). Polvo y ceniza. Cuenca: Editorial Alberto Crespo Encalada. P. 68.

taron por un mismo camino, una idéntica visión cómica y existencial hacia el entorno y los personajes que crearon. Rememoro mi tesis del año 1980 acerca de Pablo Palacio, en la que analicé ese extraño parentesco entre Kafka y Palacio, una relación lejana en el tiempo y geografía, pero tan cercana, como si hubiesen sido hermanos que recorrieran la vida al mismo paso en distintos idiomas.

Dentro de esta primera parte descuella el complejo tema de la Literatura y el cine, al que titula *Lo más oscuro del ser humano*. Como experto del cine, fusiona dichas expresiones, enfocándolas desde el psicoanálisis y emite así una brillante concepción de las obras de Sófocles, Shakespeare, Dostoievski, Cortázar y otros. Interpreta a sus personajes simbólicos desde una mirada psicoanalítica.

Menciona, además, en un artículo aparte a José Edmundo Maldonado Samaniego y su pasión por el cine, pasión que, como todos sabemos, también aviva el espíritu creador de Carlos Pérez Agustí.

Una segunda parte inicia con una especial puntualización acerca de Eliécer Cárdenas, no solo por haber sido el fundador del Colectivo Casa Tomada, sino por la inmensidad de su obra que enriquece a nuestra Literatura con *Polvo y ceniza*, *El ejercicio* y otras de sus varias producciones. Estudia tendencias narrativas en su obra: la novela negra, la ironía y el sarcasmo, el cine o imágenes cinematográficas.

Carlos Pérez lo considera como un imprescindible referente para este tiempo y enaltece su cualidad de saber cómo llegar al lector. Nos recuerda, además, su personalidad asequible, su sensibilidad social y solidaria con los otros, a quien le rinde un justo reconocimiento en este volumen.

En la parte concerniente al relato, se refiere a Juan Valdano, Iván Petroff, Sonia Moreno, Ernesto Arias, Aquiles Jimbo Córdova, Silvia Pérez Loose.

En el género poético, se refiere a las obras de Eugenio Moreno Heredia, un referente para el siglo XXI, Susana Moreno Ortiz, Aquiles Jimbo Córdova, Eugenio Crespo, Román Izquierdo y Magali Vanegas.

En la parte relativa a Ensayos, inicia con apreciaciones acerca de Rostros, saberes y derechos de Edith Patiño Sánchez, y Turismo y urbanismo de Gabriela Astudillo Patiño.

Después, hace un análisis de una Antología de la poesía española contemporánea de los años 70, realizada por Sara Vanégas, de quien destaca su capacidad crítica y estudiosa con respecto a autores que se identifican con la metapoésía. Es una exposición en la que se distinguen significados como la otredad, lo intertextual, una poesía de experimentación y culturalismo.

Finaliza su estudio con un artículo que Carlos Pérez Agustí aportó a una obra de Susana Álvarez; Butil de la Memoria II de Cuenca, titulado: “Estamos subiendo un pequeño peldaño de la historia, allí resalta a la mujer como sujeto capaz de emitir su voz creadora y deja atrás su papel de ser solo un objeto de inspiración”.

Este compendio de distintos autores y obras muestran el inagotable bagaje humanista, artístico, cultural de Pérez Agustí, quien luego de su retiro de las aulas universitarias no abandona el oficio de enseñar, de escuchar, de ser un propagador, un difusor de la palabra, cuyo fin no solo es el estético, sino, como dijera Franz Kafka: “El libro

tiene que ser como el hacha para el mar helado que hay en nosotros”, idea que reafirma en el libro: Entre la Ernesto Sábato letra y la sangre, en una conversación con Carlos Catania, allí expresó que: “no se escribe para agradar sino para sacudir, para despertar”.

Siguiendo este pensamiento, me pregunto para qué escribimos, cuál es el fin de un libro. No es solo llenar un espacio más en una librería; no solo, quizás, brillar esporádica y transitoriamente, sino debe ser para dejar una huella que acaso se pierde en el mar de la vida. Se escribe para despertarnos, para humanizarnos, en estos días donde cada vez más se acentúa esa actitud de lejanía, de indiferencia, de olvido hacia los otros, porque vivimos el tiempo de la prisa, de la multitud, pero de la soledad, del encerramiento. A pesar de estar en la globalización, la vida misma, en su esencia, pasa inadvertida.

Sonia Moreno Ortiz

01

**Personajes
para la
memoria
cultural de
Cuenca**

El rescate de la memoria cultural es una obligación moral de nuestra época. La de Cuenca está construida sobre las huellas y los esfuerzos de imprescindibles personajes que contribuyeron a la identidad cultural de nuestra ciudad. Como los que nos han dejado recientemente: Claudio Malo, María Rosa Crespo, Alberto Ordóñez, Tomás Aguilar, Adrián Carrasco, Efrén Paredes, Ricardo Montesinos.

Claudio Malo *tuvo una personalidad muy rica, polifacética, multifocal, encarnada en múltiples actividades, que son como huella de su gran talento, de su afabilidad y honestidad, de su delicado espíritu de servicio, de su sutil sentido del humor. De sus diversas facetas, destaco la que me parece más radical y más fértil: un ilustre educador”*

Francisco Olmedo

María Rosa Crespo: *“erudita, experta en semiótica y literatura clásica, catedrática de segundo y tercer nivel, crítica literaria, investigadora de nuestra cultura en todas sus raíces y manifestaciones: historias y tradiciones, mitos y leyendas, fiestas, ritos, gastronomía”*

Tito Astudillo y A.

Alberto Ordóñez: *“Al Hermano Lobo lo veo andando en alguna estepa en el pedregoso camino o en el aire; buscando, siempre buscando, insomne,*

desolado; el poeta es el ser que está despierto por todos. Así es, Hermano Lobo, tú verás el sol, entre las brumas esteparias, y soñarás, con una gran palabra abandonada; irás en su persecuimiento siempre”

Fernando Moreno

Tomás Aguilar: *“Desde muy niño, tuvo a la lectura como actividad esencial en sus horas libres, lo cual suplía el desgaire con el que afrontaba las tareas escolares. Gracias a esa posibilidad de lecturas libres, inició su escarceo, sin preceptivas, sin ataduras, sin un canon”*

Felipe Aguilar

Efrén Paredes: *“Le sobraba entusiasmo, quizás le faltaba tiempo para otras realizaciones. Sin duda, el arte fue otro camino suyo para acercarse a Dios, maestro universitario, director de la Salvador Allende, Fiscal y Juez, gerente de la Oveja Negra, capitán del equipo de fútbol, creador y administrador de varios grupos”*

Tomás Aguilar

Adrián Carrasco: *“en su larga trayectoria como investigador, fue un pionero de reconocido prestigio en el Ecuador, en el campo de los estudios sobre economía política, formas del estado moderno, historia de los partidos políticos y las organizaciones sociales, ideología y cultura nacional. Su*

pensamiento se mantuvo en sincronía con los cambios que vio en el mundo”

Manuel Carrasco

Ricardo Montesinos: *“fue un gran representante del expresionismo, en cuyos cuadros plasmó el dolor del hombre y la miseria humana. Su período de denuncia social lo interpretó en la serie que él llamó Los borrachines, cuadros con rostros de indigentes y seres desamparados. Gran retratista para interpretar el comportamiento psicológico y anímico de sus personajes”*

Ernesto Arias

Todos ocupan ahora su definitivo lugar en el tiempo histórico; sin embargo, nunca deberán ser olvidados, porque desconocer el pasado o ignorarlo nos dejará sin futuro. En cierto modo, olvidar el legado de quienes ya no están sería renunciar a nosotros mismos. Ellos representan la convicción del valor del esfuerzo realizado en diversos campos de la vida cultural y educativa de Cuenca. Que las presentes y futuras generaciones no condenen el pasado con el olvido.

Una crónica

El pasado no se borra, nos configura. Así sucede con la crónica de un suceso, que, una década después, vuelve a cobrar toda su vigencia: París, en pleno siglo XXI, 2013, esa crónica informaba que un hombre desesperado, irritado contra unas instituciones indiferentes a su amor apasionado por la cultura, embistió con su automóvil las

puertas enrejadas del Palacio del Elíseo. El conductor no pudo soportar lo que consideraba un desprecio hacia el proyecto teatral de su vida, que perdió prácticamente la mitad de las subvenciones públicas en tres años, y no consideró manera mejor de expresar su rencor que estrellando su indignación contra la sede oficial de la presidencia de Francia.

Esta crónica aborda, no obstante, la historia de otro hombre de letras también indignado, el profesor italiano Nuccio Ordine, e igualmente con similares circunstancias: una cultura marginada, una educación paralizada y un pueblo languideciendo. Ordine (Diamante, 1958) prefirió usar la palabra (la publicación de su libro “La utilidad de lo inútil”) para luchar contra el abandono de las instituciones oficiales y, especialmente, advertir de sus efectos si dejamos que se pierda el legado cultural de nuestros antepasados y que se destruya la educación y el conocimiento.

Ahora bien, el verdadero asunto de ambas historias no es que dejemos de ser personas cultivadas (cultas, etimológicamente), sino que las generaciones futuras dejarán de ser personas en sentido estricto, como ha advertido Juan Peces (periodista, fotógrafo, escritor).

Todo esto viene perfectamente a cuenta, creo yo, al cumplirse el primer aniversario sin Eliécer Cárdenas y la presentación del último número de la revista de Casa Tornado, precisamente, por contrapartida de esa situación, con el constante, generoso y ejemplar apoyo de la Universidad del Azuay y su Rector Francisco Salgado. Siempre habrá personas, colectivos humanos e incluso institucionales que darán sentido a las utopías. Que nos permitan afirmar que sin capacidad de soñar no se es en verdad realista.

Recuperación de la memoria visual

En esta dimensión y en la línea de la recuperación de la memoria cultural de Cuenca, se integran asimismo, en un gesto abrumadoramente generoso, pleno de amistad y saber del arte cinematográfico, las páginas del artículo de Cristóbal Zapata sobre mi trabajo pionero en el cine cuenecano. Lo titula *Las fecundas “traiciones” de Carlos Pérez*, sobre la polémica cuestión de las adaptaciones de obras literarias a la pantalla. Así concluye su artículo:

Una hazaña individual y colectiva, hija de la pasión artística, de las afinidades y los afectos compartidos, de las complicidades que propiciaban las últimas utopías del siglo.

Volviendo a las reflexiones anteriores, en amplios sectores se consideran inútiles los saberes humanísticos y, más en general, todos los que no producen beneficios. Sin embargo, el hecho de dedicar esfuerzos ejemplares a actividades ajenas a toda aspiración al beneficio, constituye, “una forma de resistencia a los egoísmos del presente, un antídoto contra lo irracional de lo útil, que ha llegado incluso a corromper nuestras relaciones sociales y nuestros afectos más íntimos” (Ordine).

El hombre y la máquina

En este marco tienen cabida, del mismo modo, las relaciones entre el hombre y la máquina. Así, el sugerente, y pleno de actualidad, artículo de Francisco Salgado -también incluido en la revista de Casa Tomada- sobre las vinculaciones entre inteligencia artificial y educación, con una profunda perspectiva crítica sobre sus beneficios

y sus riesgos. El tema está planteado en el entorno de los aprendizajes. La suya, la visión de un humanista.

Justamente, al leer el último y excelente número de “Coloquio” (revista de la Universidad del Azuay), nos asegura el propio Francisco Salgado en la primera página: “En estos días vivimos la divulgación de sistemas de inteligencia artificial. Millones de años de evolución. La gran diferencia ya no está en lo que las máquinas puedan hacer, sino en lo que corazón pueda sentir”.

Inevitablemente, al escuchar la expresión *inteligencia artificial* todavía creemos que se trata de ciencia ficción o del futuro; lo mismo sucede con el término humanismo, frecuentemente lo marcamos como relativo al pasado. Sin embargo, ambas expresiones coexisten juntamente y forman parte de nuestra vida común. En cualquier caso, me pregunto si es acaso la inteligencia artificial un signo de que tal vez estemos en el momento en el que verdaderamente los humanos pondremos a prueba nuestra esencia como tal. Hay que estar alertas, que el liderazgo de una inteligencia artificial no desplace todo un invalorable legado de tradición humanista.

Y en esta misma perspectiva, se nos dice en el inmejorable artículo, pleno de profundo pensamiento, de Francisco Olmedo, “Claudio Malo, un ilustre educador”, citando a Kant: “tan solo por la educación puede el hombre llegar a ser hombre”. También, “el hombre no es más que lo que la educación hace de él”. Nosotros recordamos, a propósito, lo que decía Antonio Machado: “por mucho que valga un hombre, nunca tendrá el valor más alto que el de ser hombre”.

Un tiempo con aroma

Todo esto equivale, dicho con las palabras de Ordine, a resaltar *el valor de la educación humanista y la capacidad que la literatura y la cultura tienen para transformar la vida humana en una aventura profunda y apasionante.*

La existencia humana como una aventura, un viaje. Expresado con los versos de Cavafis, “que el camino sea largo / lleno de experiencias, / que sean muchas las mañanas de verano, / mas no apresures nunca el viaje”. Pues resulta que la prisa es la característica de nuestra vida cotidiana contemporánea y, desafortunadamente, la hemos normalizado.

La falta de sosiego es lo que nos ocurre a los que habitamos el siglo XXI, que vamos careciendo cada vez más de quietud, de serenidad, y andamos todo el tiempo a prisa, acelerando y acelerando, rindiendo tributo al presente, al instante, a la actualidad. Aunque tal vez no se trata realmente de un tiempo que acelera, sino lo que Chul-Han considera dispersión y atomización del tiempo, en el que se pierde el sentido de las cosas, porque nada comienza ni finaliza, no vamos a ninguna parte, cada instante es igual a otro.

Vivimos un tiempo vacío, sin antes ni después. ¿El sabor de lo efímero? Pudiera ser. Pero, no. Vivimos un tiempo desarticulado. La alternativa: un tiempo dotado de duración, de permanencia.

A lo que Chul-Han llama “un tiempo con aroma”. La pausa, los intervalos entre pasado y futuro, proporciona sentido a la vida. En este tiempo, atomizado, se vive en el

vacío, un tiempo sin aroma. Sin narración, los hechos se acumulan en el presente, sin sentido, todo se vuelve igual.

Liberados sin vínculos ni compromisos, cuando la libertad verdadera está justamente en los vínculos y la integración, en la amistad y en la relación. Otro pensador, el sociólogo Bauman, habla de la “sociedad líquida”, frente a lo sólido o estable de la afectividad. La metáfora intenta expresar la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y sin responsabilidades hacia el otro.

Según Chul-Han, son los vínculos lo que nos hace libres, no su ausencia. Se trata entonces de recuperar los vínculos humanos en un mundo fragmentado. Es la diferencia entre el turista y el peregrino, la metáfora que Chul-Han utiliza. El turista solo transita de un “aquí” y un “ahora”, a otro “aquí” y otro “ahora”, siempre está en el mismo lugar, todo es igual. El peregrino, por el contrario, solo recorre una ruta con un destino determinado, que va de un aquí a un allá, tiene un destino y un ayer.

En un tiempo sin aroma, la espera, la pausa se entiende como un valor negativo, por lo tanto, debe ser eliminada. Pero los intervalos son organizadores de la vida, sin ellos, como dijimos antes, todo es una sucesión alucinante de hechos, sin principio ni final. Así pues, la propuesta de Chul-Han: la demora, la pausa, “el aroma del tiempo”.

No sé si el pensador coreano ha leído a Cavafis, pero el poeta griego, al afirmar que la brevedad de la vida no disminuye lo más mínimo el valor de la existencia, se expresa así, poéticamente: “corta fue la hermosa vida, / pero qué poderosos los perfumes”.

Para cerrar, en esta oportunidad, nuevamente agradecer: a Francisco Salgado y la Universidad del Azuay, a mis amigos y amigas de “Casa Tomada”, a los familiares de los que nos han dejado, a todos los que han hecho realidad este número de la revista, a todos los que nos acompañan. Porque el agradecimiento tiene mucho de alegría compartida, porque agradecer expresa la necesidad responder a lo que se recibe, a lo que proviene de los otros.

02

**Literatura
y cine**

**LO MÁS OSCURO DEL SER
HUMANO**

Literatura, cine, psicoanálisis

En sus escritos durante los últimos años de la década de los sesenta, Hannah Arendt, una de las pensadoras más influyentes del siglo XX, utilizó el término “tiempos oscuros” para referirse al desorden de nuestro mundo y a las repercusiones del sufrimiento humano. Otros escritores actuales nos advierten que, a las puertas de la tercera década del siglo XXI, “viene un mundo duro, difícil y complejo, un territorio hostil, donde de nuevo, como en otros momentos de la Historia, el ser humano va a necesitar enormes recursos intelectuales” para mantener la serenidad y la lucidez, como dice Arturo Pérez-Reverte; para no naufragar y mantenerse a flote, decimos nosotros apropiándonos de esa metáfora aplicada al psicoanálisis.

Hace más de cien años, Freud, el gran explorador del lado más oscuro del ser humano, fue quien intentó descifrar cómo inscribimos en nuestro inconsciente, en nuestra subjetividad, la herencia de las ideas de la cultura; que lo visible de la existencia supone otro lado oculto condicionado por tensiones angustiosas.

En esta perspectiva, hablamos de los abismos de la personalidad humana que modelan nuestro existir: neurosis y obsesiones dominadas por oscuras zonas que se activan cuando se abren las compuertas de esos abismos íntimos y se muestran desnudos en nuestros sueños y pesadillas. Lo más denso y sombrío de lo humano.

Justamente el arte es el espacio creativo donde nos encontramos con el dolor y sufrimiento interior de los otros. Tanto el psicoanálisis como la literatura y el cine han tratado de iluminar los espacios de sombra, de oscuridad del ser humano. La expresión artística es una respuesta directa e imaginativa a los traumas del sufrimiento, representando y, a veces, intentando modificarlo, una imagen del mundo que se nos presenta como un destino catastrófico.

Ricardo Piglia comenta que el psicoanálisis es atractivo “porque todos aspiramos a una vida intensa”. Y precisa, retomando la anterior metáfora, que “el psicoanálisis es en cierto sentido un arte de la natación, un arte de mantener a flote en el mar del lenguaje a gente que está siempre tratando de hundirse”. El alto riesgo de naufragar entre las pulsiones de vida y de muerte, de la sexualidad y el deseo. “Pulsión” es un término utilizado para designar aquel tipo de impulso psíquico que caracteriza al ser humano.

Hay quienes aseguran que Freud nos enseñó que en los rincones más oscuros de la naturaleza humana anida el resplandor de la vida, la expectativa de que pueda abrirse una ventana a la esperanza en el futuro de la humanidad. Lo cierto es que hoy necesitamos un pensamiento contra un tiempo de urgencia, una “ética del desorden”.

Psicoanálisis y literatura: intensas atmósferas de la condición humana

A lo largo de toda su obra, el padre del psicoanálisis rinde un continuo homenaje a la literatura. Probablemente exista un punto de encuentro, un puente entre la literatura y el psicoanálisis. Lo que no ha impedido que algunos teóricos se hayan preguntado qué tiene que ver el psicoanálisis con escribir. En cualquier caso, no es el

momento para plantearse la cuestión de las, para algunos, “relaciones imposibles” entre literatura y psicoanálisis.

Lo importante para nosotros es que la literatura se vincula desde su más antigua historia con personajes que se desenvuelven en intensas atmósferas de la condición humana, en obras de escritores como Sófocles, Dostoievski, Thomas Mann, Kafka y Tolstoi.

Sabemos que el primer ensayo de Freud fue “Dostoievski y el parricidio” (1928), un estudio psicoanalítico sobre los hermanos Karamazov. En Edipo rey, de Sófocles, indagó el llamado “complejo de Edipo” -posteriormente reformulado por Lacan- y descubrió lo universal del inconsciente disfrazado de destino. Lacan, por su parte, en Antígona, planteó la encrucijada del sujeto; esta consiste en enfrentar el problema del deseo, especialmente en el ámbito ético-político. Por otra parte, obras como La muerte de Iván Ilich de Tolstoi, Madame Bovary (“el Quijote con faldas”) de Flaubert y La metamorfosis de Kafka no están muy lejos de ser, en parte, un historial clínico.

Pero especialmente, la obra de Shakespeare. En varias de ellas penetran profundamente oscuros elementos psicoanalíticos: Macbeth se centra en la ambición autodestructiva y el asesinato paranoico; Hamlet se abisma en las profundidades de la venganza incontrolada; Otelo, en los celos al borde de la locura; en Romeo y Julieta, el amor pasional sin límites. El propio Freud reconoció que sus teorías del inconsciente se nutrían por sus lecturas de Shakespeare.

Es relevante señalar que, si recurrió en sus investigaciones al lenguaje figurado de la expresión literaria, fue con la intención de superar los límites del lenguaje cientí-

fico; como si los deseos inconscientes fuesen el motor de la creatividad literaria.

«Los poetas y los filósofos –reconocía Freud- han descubierto el inconsciente antes que yo: lo que he descubierto es el método científico que permite estudiar el inconsciente». Insistía en que, como psicoanalista, debía interesarse más por los procesos afectivos y sensibles que por los intelectuales.

La transmisión oral de los sueños y la asociación libre son el material específico del trabajo psicoanalítico, después de haberlo sido, durante siglos, para la literatura. El psicoanálisis y la literatura tienen, por tanto, en común la característica de que únicamente en el lenguaje, y a través de él, pueden obtenerse los resultados propuestos.

El psicoanálisis rinde igualmente un homenaje particular a la narración. Tanto la literatura como los casos psicoanalíticos son narraciones. Ambas disciplinas construyen un relato. Para Freud, el texto literario es una especie de pretexto.

Las pulsiones de vida y de muerte, la sexualidad y el deseo, lo que Freud denominó como “la ciencia del alma”, es lo que la literatura siempre ha tratado de expresar. En este sentido, evidentemente, también las letras latinoamericanas nos ofrecen gran variedad de autores y obras literarias con implicaciones psicoanalíticas.

Los argentinos Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Ricardo Piglia; o el chileno Roberto Bolaño, por mencionar algunos. Borges comparte con Freud una similar concepción de los sueños, y su relato Funes el memorioso ofrece toda una teoría de la memoria que incluye los olvidos y

las modificaciones de los recuerdos. Julio Cortázar, entre sus procedimientos narrativos, introducía en la historia central otra narración diferente o paralela, lo que favorecía la creación de niveles de conciencia freudianos. Tal es el caso del cuento “La señorita Cora”: todo el cuento parece un sueño hecho carta, con imágenes surrealistas como el hecho de vomitar conejos por la boca. También Ricardo Piglia, que en el personaje Emilio Renzi encontró a su alter ego (dispuesto a desnudarse cuando tú llevas la ropa puesta).

Y Roberto Bolaño. La “experiencia abismal” es la expresión que ha utilizado la crítica para ilustrar la dimensión psicoanalítica hacia la cual nos empujan las historias y los discursos del escritor chileno. En los textos de Bolaño advertimos la presencia de espacios abismales, insondables, laberínticos, donde se encarna implacablemente el mal, lo abyecto, el vacío, lo desconocido. Desaparecen los límites entre lo vivido y lo soñado, donde se plasma aquello que se oculta y se revela en los sueños, alucinaciones y delirios (“La experiencia del abismo”, Fernando Moreno).

Los sueños no me dejaron en toda la noche. Yo creía que me tocaban con sus dedos. Pero los sueños no tienen dedos, tienen puños, así que debían de ser alacranes. (“Los detectives salvajes”)

Psicoanálisis y cine

Para comprender determinadas manifestaciones de la expresión artística de nuestro tiempo, el psicoanálisis resulta decisivo, como hemos visto. Entre esas expresiones, el cine recurre al flujo de la conciencia y a la asociación libre de ideas e imágenes, en un claro esfuerzo por permi-

tir que el inconsciente aflore directamente. Lacan utilizó la expresión “una ventana sobre lo real”, para referirse a cierto tipo de ficciones que permiten “acercarse a algún punto de lo humano que los mismos humanos nos empeñamos en olvidar, en hacer como si no existiera”.

En esta línea, la literatura, y especialmente el cine, nacen de una patología común: el voyerismo, la pasión de contemplar la vida de los otros. A la pregunta de qué tipo de placer proporciona el cine, hay teóricos que sugieren un disfrute similar a la escopofilia o el placer de mirar, estar observando la vida privada de personajes totalmente ajenos a sus vidas. Las condiciones de proyección –el contraste extremo de la oscuridad de las butacas, que aísla a los espectadores unos de otro, y la luz brillante de la pantalla- favorece la ilusión de contemplación secreta.

En el siglo XXI, la cámara se ha convertido en el ojo por el que todos miramos. La obsesión voyerista de Buñuel, Hitchcock o Almodóvar ha originado verdaderas obras maestras. La ventana indiscreta de Hitchcock representa magistralmente esa compulsión, tal vez paradójica, de la condición humana: dejamos a un lado nuestras preocupaciones más profundas para apasionarnos con las vivencias ajenas, reales o ficticias.

De otra forma: de la frustración que nos producen nuestras vidas al placer que nos proporciona entrometernos en la existencia de los demás. Aunque, finalmente, el interés por conocer el secreto de nuestros vecinos no alivie nuestra soledad. Es el creciente aislamiento de los individuos de sociedades surgidas, irónicamente, al calor de las grandes ciudades. A pesar de las aglomeraciones, existencias vacías, edificios con aspecto de colmenas donde nadie conoce a nadie: la vida de los demás reducida a simple espectáculo.

Desde el otro lado, “ser observado hoy es un aspecto central de ser en el mundo”. Las redes sociales, los selfies. El problema reside en que “el narcisista es ciego a la hora del ver al otro”,

Si hablamos de psicoanálisis y cine, imposible dejar a un lado al más emblemático referente: Luis Buñuel. En sus filmes recurrió constantemente a símbolos freudianos para expresar las oscuras relaciones entre las cosas y los hombres, el amor y la sexualidad en su dimensión pasional. Lacan consideraba a “Él” como la película perfecta de Buñuel para reflexionar sobre la paranoia. La conocida escena en que el protagonista introduce una aguja por el ojo de la cerradura y constata que no hay nadie espíandole en su intimidad. Fetichismo, necrofilia, voyerismo son constantes en su filmografía. Todos recordamos el ojo mutilado de “El perro andaluz”, simbolismo que va desde una alusión al voyerismo, hasta una reflexión del autor sobre su propio proceso creativo.

“El cine es un arma magnífica y peligrosa cuando es un espíritu libre quien la maneja. Es el mejor instrumento para expresar el mundo de los sueños, de las emociones, del instinto. Parece haber sido inventado expresamente para traducir la vida del subconsciente, cuyas raíces penetran tan profundamente en la poesía”. Son palabras de Buñuel, el más genuino representante del surrealismo en el cine.

Nos hemos preguntado en muchas ocasiones si verdaderamente es el cine un medio de expresión muy cercano al pensamiento onírico. Varios de sus rasgos parecerían demostrarlo. No es el momento de explicar la relectura que Lacan hizo de Freud, pero sí destacar, de momento, que el investigador francés sostiene que el inconsciente

está estructurado como un lenguaje, y eso es justamente el arte cinematográfico, un lenguaje.

Para muchos estudiosos del tema, el cine está modelado sobre el funcionamiento del proceso psíquico, engloba las estructuras que analiza el psicoanálisis, el mecanismo con el que construimos los sueños. Dicho de otra forma, la experiencia cinematográfica es una reproducción de los momentos que preceden a la formación de nuestro yo. El cine vendría a ser como una “máquina de simular” que nos constituye en sujetos y satisface nuestros deseos más radicales y sombríos. Según Lacan, el inconsciente es el discurso del “otro”.

Son innegables las estrechas vinculaciones entre cine y psicoanálisis, aunque hay teorías para todos los gustos. Ahora bien, ¿cómo funcionan desde el punto de vista del espectador, en general apenas considerado? ¿El espectador puede realmente ser comparado con el sujeto que sueña? En principio, todo el proceso mismo de la proyección parecería afirmarlo: la oscuridad de la sala, la irrealidad o ensoñación de las imágenes, todo es muy semejante a las condiciones del sueño. Incluso el estado de ligero aturdimiento con que el espectador abandona la sala es similar al proceso de despertar de un sueño.

Cuando se estudian los mecanismos con que algunas películas cautivan al espectador, se presta especial atención a los procesos de identificación: el espectador tiende a confundirse con un determinado personaje. O al revés: el espectador “presta sus problemas” al personaje que vive en la pantalla. Son auténticas transferencias con el espectáculo cinematográfico, lo que justifica totalmente la tendencia a considerar un filme como una especie de “sueño y un material inigualable para soñar”.

Sin embargo –continuamos con el punto de vista del espectador-, la propia experiencia nos permite efectuar algunas correcciones. Ante todo, el “soñador” no sabe que sueña, en cambio el espectador sabe perfectamente que está en una sala de cine. Por otro lado, la percepción fílmica es una percepción real, no se reduce a un proceso psíquico interno como en el “soñador”; por lo tanto, el sueño responde a un deseo con mucha más precisión. Otra corrección inobjetable: una película, especialmente de carácter argumental, es en general mucho más lógica y organizada que los sueños; porque el hecho de contar o narrar historias exige una cierta ordenación.

No obstante, más allá de considerar al psicoanálisis como una herramienta de análisis de la realidad, nos interesa destacar la dimensión cultural de lo irracional y el inconsciente como parte de la visión integral del ser humano. Realmente, el surrealismo irrumpió no como una estética, sino como programa renovador de la existencia humana en su totalidad. Fue la propuesta permanente de Buñuel: reconciliar al hombre consigo mismo, de modo que la razón no se opusiese a la totalidad del deseo, para desvelar así su unidad fundamental.

Las imágenes insólitas y liberadoras de Buñuel representan, efectivamente, la aspiración de alcanzar la realidad total, incluidos el sueño, la ensoñación, la imaginación, el inconsciente. Por lo tanto, para Buñuel, el surrealismo no fue una mera elección estética, sino algo mucho más profundo: una posición vital y ética que incita a la demolición sistemática de la moral conservadora e hipócrita y de las estructuras sociales que la sustentan. Buñuel como un caso ejemplar de conciencia insobornable en un mundo tan propicio a la corrupción y a las peores concesiones, como la propia industria cinematográfica.

Recuperando el tema de las relaciones entre psicoanálisis y cine, entre vida psíquica y la experiencia cinematográfica, y para expresarlo en forma más poética, como ha dicho Christian Metz, ese gran semiólogo del cine, “el sueño pertenece a la infancia y a la noche, el filme es más adulto y pertenece al día, aunque no al día pleno, sino a la tarde”.



Constan: Martha Encalada, Segundo Narváez, Carlos Pérez
(Película El éxodo de Yangana 1994)

LA PASIÓN POR EL CINE

José Edmundo Maldonado Samaniego

Decía Ortega y Gasset que: “la vida es una cosa, poesía es otra...no las mezclamos”. Pero, afortunadamente, la vida ejemplar de muchos hombres desmiente esas palabras o, en el mejor de los casos, le dan otro sentido. La vida y la obra cultural de Edmundo Maldonado se constituyen en un magnífico paradigma de identificación de trayectoria vital y producción intelectual, modelo a seguir para las jóvenes generaciones que buscan afanosamente caminos de integración entre aspiraciones personales y de servicio colectivo.

Su cálida personalidad humana, su actuación diaria en el periodismo, en el trabajo cultural, en la dedicación a la enseñanza y a su pasión por el cine, están señaladas inequívocamente por una entrega honesta y de compromiso insobornable con la verdad. Sin lugar a dudas, representa una voz intelectual renovada y renovadora, la que corresponde a un ser íntegro y apasionado capaz de convertirse en un testimonio lúcido de toda una época.

Por casi treinta años tuvimos la suerte de seguir la trayectoria de Edmundo Maldonado, en lo que tiene que ver con el arte de las imágenes. Coincidimos en sesiones de cine-fórum, las proyecciones del mejor cine europeo y latinoamericano, hablábamos de filmes, directores, actores y todo ese mundo casi mítico del celuloide. Le fascinaba

el humor sensible y creativo de Chaplin, ese inolvidable maestro del cine mudo. También la visión grotesca y onírica del mundo en los filmes de Fellini. Pero por encima de todos, Buñuel, el creador de insólitas e inesperadas imágenes del subconsciente. Es decir, la atracción que ejerce en los espíritus inconformes y penetrantes el subversivo lenguaje del absurdo.

En las penumbras de las salas cinematográficas compartimos todo un mundo de sueños, de fantasías y misterios que pueblan el trasfondo humano y que se proyectan mágicamente a través de la luz de un proyector, el hechizo. “Cinema Paradiso”, pretendiendo arrancarles a las entrañas del cine sus secretos.

Después, junto con Alfonso Carrasco, se nos ocurrió “inventar” el Taller de Cine en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Cuenca. Contra una tecnología insuficiente y, a veces, la incomprensión, luchamos permanentemente superando una y otra trampa del desaliento. Aprendí a conocer a través del cine, filmando juntos: “Arcilla Indócil”, en 1981; “La última erranza”, en 1984; y “Cabeza de Gallo”, en 1989. Actuaba con el entusiasmo de un muchacho y la sabiduría de una persona conocedora de los más ocultos secretos del actor. Como en el caso del periodismo, nunca le faltaba tiempo para ir en pos de la ilusión, dejaba el reposo y la necesidad de un vida privada y cotidiana, sin hacer caso de la inquietante amenaza del destino. Si podemos reproducir lo que vemos, ¿por qué no también lo que soñamos?

La noche del 11 de enero de 1995, llamé a Diario El Mercurio para concretar la filmación de las dos últimas escenas de “Tahual”, película que será estrenada como homenaje a su memoria: “lo que tú digas, Carlos; no fal-

taré, recógeme en el colegio a las nueve”, me dijo. El domingo anterior había actuado en las últimas escenas que interpretaría, intentando superar con trabajo y creación el camino inexorable de su enfermedad. La pasión por el cine, que es lo mismo que decir la pasión por la vida y la cultura. Murió escribiendo, enseñando y actuando en lo que más amaba.

Ahora que estamos en el año en que se celebra el primer siglo de existencia del cine, Edmundo Maldonado permanece entre nosotros como quien vivió apasionada e intensamente los sueños del hombre materializados en imágenes. Pero soñó siempre con los ojos abiertos.

(Publicado en Diario El Mercurio, Cuenca, 1995)



Grupo de rodaje película "Cabeza de Gallo" (1989)

Pablo Palacio, Kafka, Chaplin

De vida y obra relativamente breves, pero intensas en su trayectoria y significación, Pablo Palacio (1906-1947) es uno de los escritores de las letras nacionales más revalorizados en la actualidad. Pero no solamente por *Un hombre muerto a puntapiés* (1927), su obra más emblemática, sino también, y sobre todo, por sus dos novelas menos celebradas: *Débora* (1927) y *Vida del ahorcado* (1932); esta última, a mi juicio, la mejor obra del escritor lojano.

¿Cuál es su puesto en la historia de la literatura ecuatoriana? Pues, simplemente, un punto de partida. El que va desde el realismo social a una literatura más imaginativa y subjetiva, a la búsqueda de la interiorización de los personajes. Para ello, se sirve de un lenguaje sorprendentemente innovador y expresivo, aún en vigencia.

Pese a ciertos esfuerzos por demostrar lo contrario, afirmamos que nuestro autor no escribe novela social en el sentido tradicional y riguroso del término. “La novela realista engaña vergonzosamente”, afirmaba rotundamente Pablo Palacio. “Realista feroz de la realidad interior”, asegura Jorge Enrique Adoum, no menos contundentemente. En una época en la cual dominaba el realismo crítico y la literatura indigenista, Palacio se inclina por la ironía, la parodia y el sarcasmo; más aún, el gusto por lo extravagante, lo marginal e incluso lo deforme y monstruoso

con tintes metafísicos a la manera también del mismo Cortázar. La desintegración de las formas literarias está presente en las novelas de Palacio. Su narrativa ofrece la desconcertante experiencia de un relato sin personajes definidos ni argumentos propiamente dichos, lo que algunos críticos engloban en la llamada “antinovela”. Lo evidente es que la obra de Palacio es incuestionablemente singular, irrepetible, y surge como extraña en el medio de la literatura de protesta y de denuncia de la Generación del 30.

Kafka y Pablo Palacio

Ese alejamiento de las formas convencionales de la narración dará como resultado una obra audaz y avanzada para su época, a tal punto que se establecieron puntos de contacto con autores como Proust, Joyce y Kafka. En el caso de Palacio y Kafka -ambos abogados, de vida relativamente breve y obra literaria en cierto modo precoz- son exponentes innegables de posiciones literarias nada convencionales y, además, proyectan sobre sus biografías unas perturbadoras “penumbras novelescas”.

Las novelas y relatos de Pablo Palacio expresan la angustia de seres que han perdido absolutamente sus referentes, personajes condenados al tedio o a la incomunicación, sin opciones ni escapatoria. Es improbable que Palacio haya conocido la obra de Kafka. Con propiedad, no puede hablarse de influencias sino de semejanzas: “sombras”, “presencias” las llama Benjamín Carrión. Sea como sea, la soledad en medio de multitudes, la incomunicación y la ausencia de una justicia que dé sentido a la existencia son aspectos que recuerdan intensamente el mundo novelesco de Kafka. El hombre se torna pesadilla, absurdo, un callejón sin salida. Es lo que se entiende hoy por “kafkiano”:

Quedo mucho tiempo en tinieblas y empiezo a andar a tientas por todos los rincones del cubo, dominado por sus impulsos contradictorios: la esperanza y el terror de encontrar a alguien que también me busca (...). Yo he estado allí, en medio de la noche, los ojos abiertos sin ver y el oído atento, oprimida mi alma. Yo he buscado allí mi camino sin encontrarlo.

(Vida del ahorcado)

Kafka pretendía acercarse «al límite de la humanidad», entre la soledad y la opresión del individuo. Y, en este punto, recordamos lo que Jorge Luis Borges escribió en el prólogo a su traducción de *La metamorfosis*: «El motivo de la infinita postergación rige sus cuentos». Leemos en *Vida del ahorcado*:

¿Qué es lo que veo, qué es lo que puedo ver desde esta ventanita?”

Veo un muro gris, un serio muro gris en el que el sol viene a pegarse como una estampilla la mitad del año, como una araña achatada, como una pasta amarilla que a la tarde se envuelve apergaminada hacia arriba. Veo también una pequeña ventana y en ella una cabeza enmarañada, sin peinarse y sin cuerpo.

Y la soledad del ciudadano, igualmente, frente a un poder arbitrario. Sabemos que Kafka supo plasmar como ningún otro escritor los ambientes sombríos y opresivos que revisten el poder, el proceso silencioso pero imparable que culmina con la aniquilación del individuo. También aquí, las “sombras” y “presencias” del autor de *El proceso* en la escritura de *Palacio*. Kafka y *Palacio* representan el

poder como una fuerza aniquiladora de la voluntad humana.

Como advierte Chinchetru, *El proceso* de Franz Kafka es un retrato del poder como una maquinaria capaz de destruir todo rastro de moral, ética, responsabilidad y voluntad en el ser humano. Lo muestra además como fuerza incomprensible y caprichosa capaz de doblegar a cualquiera que quiera hacer valer sus derechos. Alguien debía haber calumniado a José K., porque, sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana. Es el inicio de *El Proceso*, sintetiza con precisión la trama y el conflicto que se desarrollarán. Ahora leamos este fragmento de *Vida del ahorcado*.

Llaman usualmente a la puerta; usualmente, con los antiguos nudillos de la mano. Abro... Son los señores agentes del orden público. Me quedo mirándolos, desorbitado. Uno de ellos abre la boca:

- ¿Usted es?

- Sí, señor agente. Soy yo.

- ¡Ah! Por disposición de la autoridad competente; usted señor, está detenido.

- ¿Detenido? Muy... muy bien, señor agente. A su mandar.

Y sigo a los señores agentes del orden. Un ciudadano patriota debe ser obediente y respetuoso (...)

Los procesos jurídicos como una fuerza incomprensible y capaz de someter a cualquier ser humano que quiera ampararse en sus derechos. El poder jurídico es así una

construcción social. Y lo carcelario como su más eficaz representación: prisión, escuelas, regimientos militares, instituciones religiosas. Estamos hablando de “vigilar y castigar”, según la conocida fundamentación teórica de Foucault. El poder como código y disciplina está presente en “*El proceso*”, “*En la Colonia Penitenciaria*” y, aunque en otro nivel, en *Un hombre muerto a puntapiés*, en “*Vida del ahorcado*”. Incluso, uno de sus cuentos, *El antropófago*, comienza en una penitenciaría; y en un fragmento de *Débora* leemos:

Tiempos de escuela:

Bajo la vigilancia oblicua de los frailes, rangos apiñados de niños en espera del momento de salida. La chasca del Maestro mandaba al silencio. Y al estallar la risa fugitiva de algún chico, el lego director:

“¡Pasa tú! ¡Pasa tú!”

A recibir el castigo de la pared.

Palacio, Chaplin, Buster Keaton

Por vía del humor se han establecido conexiones entre Kafka y Chaplin. Sabemos que Kafka admiraba el cine de Chaplin. “El humor de Kafka, siempre presente en su prosa, se hace en *La metamorfosis* tan evidente como una comedia muda de Chaplin” (Kafka va al cine). También Pablo Palacio se interesó por el cine como una de las manifestaciones artísticas vanguardistas de su época. Escribe en *Vida del ahorcado*: os gusta el cinematógrafo y las historias de amor. Y en *Débora*: ahora se me viene una observación que es necesario grabarla: El cinematógrafo es el arte de los sordomudos.

El humorista pone en escena su propia existencia, como han hecho en el cine Chaplin y Buster Keaton (otro de los clásicos inmortales del cine silente). Así lo reconoció Benjamín Carrión: “Puedo decir que Pablo Palacio es un Buster Keaton -el cómico que nunca ríe- del humorismo”. Por su parte, asegura Teresa Mauro Castellarín que “la sucesión de imágenes como producto del pensamiento, pero también como registro fílmico, aparece de modo constante en el relato de Pablo Palacio”. Leemos en *Débora*:

Como en el cinematógrafo: -la mano en la frente, la cara echada atrás-, el cuerpo tiroides, ascendente y descendente, será un índice en el mar solitario del recuerdo.

El conflicto básico de toda la obra fílmica de Chaplin es la lucha del ser humano contra una sociedad injusta y desigual que, además, condena al individuo a la miseria. Su cine, siempre al lado de los marginados y desamparados. La narrativa de Palacios igualmente está poblada de una realidad absolutamente marginal.

En Pablo Palacio -como en el autor de “Luces de la ciudad”- a través del humor subyace la crítica de un mundo deshumanizado. Es la visión satírica de una época donde el hombre paulatinamente va siendo anulado. Aunque lo peculiar de Palacio es un humor calificado de negro, hay también espacio para la ironía y el sarcasmo más sutil, tratando de ridiculizar igualmente a “personajes importantes”:

El señor alcalde echó a trotar por la callecita empedrada, satisfecho, pequeñito, con las manos a la espalda y la barri-guita redonda bajo la cadena del reloj. Y trotó y trotó hasta

el final de la callecita. Y cuando hubo llegado dejó de trotar, se rascó una oreja, se levantó el sombrero hasta media testa y echó a mirar la callecita por donde había trotado.

El hombre angustiado y genial que fue conocido como “cara de piedra”, Buster Keaton, un irrepitible humorista que Julio Cortázar incluyó entre sus cronopios y al que Buñuel le mostró un respaldo incondicional en sus peores momentos. Su arte -y el de Chaplin- construyeron un humor corrosivo y demoledor que logró transmitir una contundente visión crítica de la realidad social, de sus prejuicios y convencionalismos. En el caso de Pablo Palacio, su expresión satírica incluye una constante transgresión de las normas. En esta línea, toda una estética gestual está presente en el inconforme y cuestionador Pablo Palacio:

Entonces se abrió la clase y todos tomaron el sitio de cada día. Sobre el sillón de cuero, el Profesor sabio hacia gestos y hablaba, hablaba y hacia gestos; pero sus palabras, apenas salidas de los labios, se le caían en las puntas de los zapatos (...) Y el Profesor sabio, dejando de hacer gestos, se puso a buscar a gatas por la clase las palabras inútilmente perdidas.

(Vida del ahorcado)

Los tres –Pablo Palacio, Kafka, Chaplin- (por supuesto, añadimos a Buster Keaton), con secuencias autónomas vinculadas sorprendentemente, lograron crear personajes que se mueven en un mundo inseguro, excluidos del mundo confortable y tranquilizador. La novela es para Pablo

Palacio “un sitio donde se juega con lo serio”. Pero para un lector atento subyace siempre un desencanto oculto tras la burla. Así, la obra literaria de Pablo Palacio comenzó a mostrar nuevos caminos a los jóvenes narradores de aquellos años.

03

**Eliécer
Cárdenas,
amigo en la
aventura
literaria y
cultural**

Un imprescindible referente para el siglo XXI

Eliécer Cárdenas Espinoza

La melancolía y la tristeza de la pérdida es intensa, pero también nos asomamos a la plenitud de vivir. Porque la oscuridad de la muerte da claridad a la vida. Esplendor y finitud de la existencia. Son reflexiones provocadas por la desaparición de un personaje extraordinario adornado con una lealtad inalterable a la amistad, una pasión vivida hasta el último suspiro por la cultura, una pasión desbordada por la literatura, un compromiso incorruptible con las causas más justas, una lucha infatigable en contra de las desigualdades y a favor de los más débiles, la práctica de una escritura en la que supo “incorporar las palabras al latido del corazón de cada lector”: Eliécer Cárdenas Espinoza.

Cuestionar la realidad ante la falta de alternativas sociales, políticas y culturales. En pleno siglo XXI seguimos necesitando de escritores que nos hagan creer que todavía hay esperanza. Eliécer Cárdenas, uno de esos referentes imprescindibles en la literatura ecuatoriana. Representante y paradigma de la convicción de una escritura que remueva las conciencias y despierte una sensibilidad social, apoyándose incuestionablemente en una estética de innegable calidad expresiva.

Unos dos años atrás, en 2019, conmemoramos 40 años de la aparición de *Polvo y ceniza*, Premio Nacional de Novela 1978. Una de las más deslumbrantes y significativas novelas de la narrativa ecuatoriana, la más celebrada y emblemática. La historia de Naún Briones -como la narrada en *Los diamantes y los hombres de provecho*- la convierte en una obra inolvidable; solamente la decisión de contar la historia de Naún es un evidente gesto ético. Como: *Las humanas certezas*, *El pinar de Segismundo y Háblanos Bolívar*, *Polvo y ceniza*, un orgullo para las letras nacionales. Una ferviente invitación a leerlas, incluida su última novela, *El Diario de Hermes*. Una construcción como la de *Polvo y ceniza* y, por supuesto, todo su esfuerzo literario, mitiga la dureza del dolor. Eliécer Cárdenas Espinoza sigue vivo entre nosotros a través de su escritura.

Conviene ahora recordar la especial comunicación que Eliécer Cárdenas establecía con los jóvenes, preocupado por el futuro de las nuevas generaciones. Particularmente, le inquietaba que la pérdida de lazos afectivos por la exigencia del confinamiento, llegara a ser una situación prolongada e indefinida. Nunca negó su participación en actividades educativas y literarias con los jóvenes. El hombre, la mujer, entendido como “ser de encuentro”.

Hablábamos de una educación realmente postergada. La educación, en un estado más apremiante que nunca, en el eclipse de las humanidades, parece haberse paralizado en escenario permanente de crisis. Estábamos convencidos de que poco se adelantará en el plano educativo mientras no sea prioritaria la inversión de recursos. Habrá que recordar la tesis de Víctor Hugo, cuando afirmaba que “es en la época de crisis cuando hay que doblar el presupuesto para la cultura”.

Efectivamente: con el mundo enfrentado a la pandemia, hoy, y la necesidad de reconstruir nuestra sociedad, mañana, la cultura debería estar en el centro de la respuesta.

Es posible que las clases virtuales hayan constituido una forzosa alternativa. Sin embargo, ¿nos dejará una enseñanza a distancia, cada vez más favorecida y en detrimento de la presencial? Indiscutiblemente, si el discurso de lo digital se instala de forma definitiva en las instituciones educativas, lo habrá hecho “a golpe de virus”. Pero esto jamás ocultará lo imprescindible: la dimensión humana en el proceso educativo.

Con Eliécer creíamos que “el futuro de la educación pasa por valorar y recuperar aquellas dimensiones de la práctica docente que son estrictamente humanas y que ninguna alternativa virtual puede sustituir”. Es, en efecto, en este terreno donde la educación se juega de verdad su futuro más próximo.

Por otra parte, “es muy probable que esa saturación de pantallas y realidad virtual que vivimos hoy, nos deje al final cosas importantes: posiblemente nos haya hecho añorar el objeto esencial, la experiencia real”. La experiencia del contacto humano y la sensibilidad por el arte -vamos a llamar ‘en directo’, no virtual- va a resurgir con toda la fuerza. Debido al obligado aislamiento, estamos descubriendo la importancia del otro en nuestras vidas, en nuestras relaciones humanas.

Pues hace un corto tiempo se nos fue un amigo Increíble. El misterio de la vida y de la muerte. En unos instantes ya no está. Fue un desaparecer de gigante. Eliécer Cárdenas, extraordinario escritor y, sobre todo, lector, como

él mismo nos decía. Porque tanto la lectura como la escritura son actos de reafirmación de la vida, colosales gestos de esperanza frente a la oscuridad. Lo expresó muy bien Fernando Pessoa: «La literatura, como el arte en general, es la demostración de que la vida no basta». Todos necesitamos la estética para que la vida nos sea soportable.

“Creo que uno jamás se recupera totalmente de un duelo. Porque cuando se te muere alguien esencial, nunca vuelves a ser quien eras”. Sin embargo, al ser consciente de la muerte, también eres más consciente de la vida.

Creemos que la única posibilidad de aprender algo del dolor es, quizá, aumentar la solidaridad con el dolor de los demás, ¿Necesitamos tal vez una convulsión, una “sacudida”? ¿Lo será posiblemente este virus? ¿Cuándo estaremos moralmente predispuestos a reconocer la existencia de los otros? Son interrogantes para nosotros y las generaciones futuras.

Por nuestra parte, aquí y ahora, sentir, con admiración y alegría, la vida esplendorosa de Eliécer Cárdenas Espinoza.

(Intervención con motivo de la presentación del número 7 de la revista Casa Tomada, última publicación bajo la dirección de Sara Pacheco)

Eliécer Cárdenas Espinoza, o llegar al corazón de cada lector

Me voy a permitir comenzar con estas frases, un tanto inusuales. Un personaje dice: “Algún día me moriré”. Y otra contesta: “Sí, pero los demás días no”. No sé quién es esa especie de iluminado que escribió este texto, pero de alguna manera resume casi todo lo que hay que saber sobre ese asunto.

Más de medio año sin Eliécer Cárdenas Espinoza. Y seguimos sintiendo con asombro y admiración, su vida refulgente. Vivió “los demás días”, de manera constante, su pasión por la cultura y la literatura. Plenitud de una vida, porque la vida se conquista día a día.

Eliécer, luchador infatigable en contra de las desigualdades y a favor de los más débiles, a través de la práctica de una escritura en la que supo llegar al corazón de cada lector. Porque eso era, ante todo, un lector; después, escritor. Era Jorge Luis Borges quien así se expresaba: “que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”. Equivale a decir que todas sus etapas vitales transcurrieron ante un libro abierto. La equivalencia de vivir y leer.

Durante un largo tiempo la cuarentena nos ha encerrado en nuestras casas, pero la literatura es una puerta siempre abierta a un mundo tan amplio como la imagi-

nación del ser humano. La lectura es la antigua forma de refugiarnos y conectarnos con el mundo. El confinamiento, si algo ha tenido de beneficioso, “nos ha recordado la necesidad de recurrir a las letras para leer el mundo”.

Por supuesto, no es nada sencillo convertirse en lector, pero cuando uno lo logra, conquista al mismo tiempo una percepción de la realidad. Eso lo sabía muy bien Eliécer Cárdenas, que:

La lectura -en su caso, la literaria- da herramientas prácticas de vida, a veces se adelanta a lo que los jóvenes tendrán que vivir en el futuro. Les proporciona analgésicos para soportar el dolor, armas para combatir, mecanismos para comprender. Pone a su disposición esos tres mil años de cultura, de ciencia, de experiencia y de memoria

(Arturo Pérez-Reverte)

Hay que reivindicar la lectura como una forma de resistencia. Porque nos preguntamos: ¿acaso hemos dejado de creer en la fuerza de las palabras?, ¿acaso el lenguaje se utiliza hoy, para ocultar la realidad? Como la concebía Eliécer Cárdenas, la lectura, espacio de libertad:

Quien llega a ser lector descubre dentro de sí la existencia del mundo de la imaginación y se convierte en una persona difícil de manipular, en un individuo libre.

Quien lo ignora, por el contrario, vivirá generando deseos y ambiciones de otro. Será un esclavo. No verá más, cuando abra los ojos, que lo que espera ver y contribuirá al fortalecimiento de un sistema con el que no está de acuerdo.

Sin embargo, esto debe quedar en claro: “no se escribe para ser escritor ni se lee para ser lector. Se escribe y se lee para comprender el mundo. Nadie, pues, debería salir a la vida sin haber adquirido esas habilidades básicas” (Juan José Millás).

Y de lector a escritor. Es fácil imaginar la respuesta de Eliécer a la pregunta de por qué escribir, por qué narrar historias, por qué nombrar y contar. Por las mismas razones por las que se lee: por una sensación de malestar, que no todo va bien, que algo no funciona en nuestras realidades. Decía Kafka: “En general, creo que solo debemos leer libros que nos muerdan y nos arañen. Si el libro que estamos leyendo no nos despierta como un golpe en el cráneo, ¿para qué nos molestamos en leerlo?” Es el efecto que buscaba nuestro autor en cada una de sus narraciones.

Por ello, antes que enseñar técnicas de lectura hay que despertar el gusto y el interés por la lectura. Aunque la escuela, el colegio, la universidad, incluso si sus propios profesores no los motivan, los jóvenes aman la lectura y la escritura.

Afirmamos esto con toda convicción y contra la insistente idea de que a los jóvenes no les interesa leer ni escribir. El autor de “Polvo y ceniza” compartía con nosotros estas reflexiones. Pocos textos como este de Bukowsky para expresar la necesidad imperiosa de escribir, la escritura como una manera de vivir, un modo de estar en el mundo:

Me preguntaba a mí mismo, Bukowsky, si tú estuvieras en una isla desierta, tú solo, y nunca serías encontrado excepto por pájaros y gusanos, ¿tomarías una vara y rascarías palabras sobre la arena? Yo tenía que decir no. Y sabes, pienso que era

que la sangre había abandonado mi cerebro, o algo, y yo decía sí, sí, yo tomaría una vara y rascaría palabras sobre la arena.

Escribir es una necesidad muy poderosa. Pero leer lo es aún mayor. Dejar de escribir puede ser irracional, pero dejar de leer es la muerte instantánea, es un mundo sin oxígeno. Los escritores son en primer lugar lectores, lectores que además escriben. Tanto la lectura como la escritura son actos de reafirmación de la vida, extraordinarios actos de esperanza frente a la oscuridad.

Por otro lado, no controlamos lo que nos sucede, pero sí controlamos la respuesta a lo que nos sucede. De otra forma, no podemos evitar las desgracias, pero sí podemos elegir cómo vivirlas. Precisamente, la primera actividad que organizamos con Eliécer en plena adversidad sanitaria fue “Expresiones en tiempos de crisis”. Titulé mi trabajo “Es hora de hacernos preguntas”. Ojalá la post-pandemia sea una realidad, pero incluso así todavía permanecen en pie algunas preguntas.

¿La pérdida de lazos afectivos por la urgencia del confinamiento es una situación que se prolongará excesivamente? ¿Cuántos vínculos afectivos, estables y duraderos hemos sido capaces de generar en todo este tiempo de vida reducida? La economía se puede recuperar, las vidas y los afectos no. ¿Las adversidades y dificultades vividas servirán de aprendizaje de vida? ¿Será superable el egoísmo desatado en estos tiempos de pandemia? ¿Acaso la vacuna lo logrará?

La dimensión ética atraviesa las mejores páginas de nuestro autor. Desde “Hoy, al general”, su primera obra, hasta “Diario de Hermes”, su última novela. Ojalá la despertada sensación de la brevedad y la fragilidad de la

existencia ayude a establecer otras prioridades vitales y sociales. Somos seres sociales, pero ahora el otro es, todavía, un peligro, un riesgo inminente. Recelo, sospecha e incertidumbre rigen nuestras vidas, nadie sabe durante cuánto tiempo. Quizás la sensibilidad social y la solidaridad lleguen a ser parte un día no muy lejano de un aprendizaje de vida.

Precisamente, Francisco Olmedo en su artículo “Enseñar el oficio de vivir”, publicado en el anterior número de nuestra revista, asegura que “el sistema educativo enseña muchos oficios o profesiones, pero ¿enseña acaso el oficio más importante y difícil de todos, el oficio de vivir?”. De lo contrario, nos sigue diciendo, estas frases del ensayista Montaigne (“se nos enseña a vivir cuando ha pasado la vida”) y del escritor Luis Aragon (“cuando has aprendido a vivir, ya es demasiado tarde”).

Añadimos, por nuestra parte: aprender a vivir pasa por la palabra. “La palabra nos hace”. La palabra nos humaniza. Así, la obra literaria de Eliécer Cárdenas Espinoza. La gente necesita hoy esta clase de escritores, para poder ver la luz entre las tinieblas y seguir teniendo esperanza.

Eliécer Cárdenas, un escritor capaz de escribir desde el más crudo compromiso social hasta la más conmovedora ternura. Leamos estas palabras de “Polvo y ceniza”, poco antes de morir Naún Briones, y habiendo ya abandonado a Dolores Jaramillo, su compañera, para proseguir su lucha social, una decisión que le dejará profundas cicatrices en el alma:

Puedo pensar en la Dolores, en los ojos de la Dolores que ahora se llenarán de lágrimas, presintiendo que mis manos jamás han de volver a tocar la dureza de sus senos, que mis pasos ya nunca han de sonar cerca ni lejos y que mi voz, mi oscura voz de fugitivo, no se alzaré junto a su oído para decirle ya ves, mujer, volví, no me mataron, no pudieron, se asustaron de mi risa y mis disparos.

Necesitamos escritores que relaten lo sucedido y otorguen sentido a la historia. El rescate de la memoria histórica es una obligación moral de nuestra época. En esta línea, se inscribe la mejor narrativa de Eliécer Cárdenas Espinoza.

Con Eliécer, cuánta esperanza hay en el acto de leer. La esperanza de poder entender a otro ser humano. Para escapar del encierro de nuestra individualidad, para eso se lee. Para saber que no estamos solos. “El tiempo para leer libros, al igual que el tiempo para amar, dilata el tiempo de vivir” (Daniel Pennac).

Tendencias narrativas de Eliécer Cárdenas: novela negra, ironía y sarcasmo, cine

Un personaje extraordinario adornado con una lealtad inalterable a la amistad, una pasión vivida hasta el último suspiro por la cultura, una pasión desbordada por la literatura, un compromiso incorruptible con las causas más justas, una lucha infatigable en contra de las desigualdades y a favor de los más débiles, la práctica de una escritura en la que supo “incorporar las palabras al latido del corazón de cada lector”: Eliécer Cárdenas Espinoza.

Nuestro autor, abierto a las más diversas propuestas estéticas y literarias, recorre en sus novelas una gran variedad de tendencias narrativas. Entendemos por “tendencias literarias” las inclinaciones que muestran la expresión literaria y sus autores hacia ciertas formas de escritura. En el caso de Eliécer Cárdenas, nos centraremos en tres de ellas: la novela negra, la ironía y el sarcasmo, el cine o imágenes cinematográficas.

Novela negra

En pleno siglo XXI, tenemos la sensación de que el mundo se está transformando en un lugar densamente oscuro y perverso, y que contamos con un género literario apropiado para expresarlo, para captar la esencia de la

vida y la naturaleza de la violencia social. Ese género es la novela negra, que atraviesa actualmente por su máximo esplendor.

Si presenta algún rasgo propio en América Latina, es el de establecer una mayor conexión con la situación social y política. Además, como asegura el hispano-mexicano Paco Ignacio Taibo, “este género hunde sus anclas en lo cotidiano, también en el lenguaje”.

Por todas esas razones, entre las tendencias literarias por las que navegó la última narrativa de Eliécer Cárdenas, se encuentra, precisamente, la novela negra. Sus obras incluidas en este género logran lo que hoy se exige de esta tendencia: que sean un retrato o una crónica de la sociedad. Y, también, la ficción y la realidad estrechando sus vínculos.

***Cabalgata nocturna,* una novela negra diferente**

Cabalgata nocturna es la segunda obra de una trilogía de “novela negra”, junto a *Las antiguas mañanas* y *Tarde de mar y boleros*. En conjunto, la trilogía es una radiografía de la sociedad actual y sus personajes.

Se narra la inauguración de la hostería y picadero “Río Chico”, antigua casa de hacienda señorial convertida en un hostel de alto nivel, un objeto de lujo restaurado. Como parte central de los actos sociales, se organiza una competencia ecuestre, una cabalgata nocturna, que da título a la obra y durante la cual se cometerá un crimen que involucrará a parte de los participantes, incluidos sus propietarios.

Decadencia y renovación, son los dos ejes en torno a los que se organiza la novela. La antigua hacienda como símbolo de una época que desaparece (la aristocracia terrateniente) y el nacimiento de otra (la de los nuevos ricos). La narración discurre así entre cierta nostalgia del ayer y la crítica social del presente. Una sociedad en decadencia, con sus hipocresías y mentiras, una vida social plagada de imposturas que la demoledora ironía del autor pondrá al descubierto. Esta espléndida y expresiva novela es una mirada irónica sobre el cambio y a la vez inmovilidad de la sociedad. De alguna manera, todo sigue igual. Nos recuerda la célebre frase de Lampedusa en *El Gattopardo*: “Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie”.

No hay duda de que el autor de *Cabalgata nocturna* describe las relaciones sociales con la finalidad de socavar los convencionalismos de estas reuniones. En último término, se trata de cuestionar el optimismo de la “buena sociedad”, de los nuevos ricos. Los personajes siempre desarrollan sus vidas entre comidas y banquetes. Porque la invitación a comer y el adulterio son tal vez los dos factores más relevantes de éxito en las sociedades acomodadas de nuestro siglo. En realidad, es el culto a las apariencias, incapaces sin embargo de ocultar las más diversas miserias morales en que se desenvuelven.

En principio, esta novela del autor de *Polvo y ceniza* se inserta en lo que hoy conocemos como “novela negra”: un comienzo capaz de involucrar al lector, un hábil manejo de la trama, las múltiples posibilidades sobre quién es el verdadero responsable, para lo cual se requiere de una investigación de tipo policíaco y, evidentemente, un sorprendente final. El autor prescinde de episodios de

crueledad gratuita y truculentos efectos llenos de sadismo, ingredientes propios de alguna otra variante de novela negra.

Eliécer Cárdenas apuesta por una novela negra diferente. Desarrolla unos “héroes” y unas situaciones mucho menos espectaculares de lo que nos ofrecen una abundancia de mediocres obras encasilladas en el género de novela negra. Pero reconocemos que las obras de autores como Manuel Vázquez Montalbán y Paco Ignacio Taibo nos han reconciliado con el género. Como ha pasado con *Cabalgata nocturna*, donde la exploración humana y la crítica social superan con mucho los mecanismos efectistas del género.

Al incorporar y entrelazar elementos propios de la novela policíaca, del thriller y de la novela social, Eliécer rompe los esquemas tradicionales del género, ironizando incluso con los propios recursos que maneja y marcando una distancia con los convencionalismos de esa modalidad narrativa: “el motociclista arrancó y decidí seguirlo en mi auto. Pero qué va. Este tipo de persecuciones sólo resultan en las películas: de inmediato el hombre y su motocicleta desaparecieron en el denso tráfico de la avenida que tomó”.

Cabalgata nocturna, la primera novela negra de Eliécer Cárdenas, una crónica de la sociedad, periodismo y literatura juntos. Descripción y cuestionamiento de una sociedad en la que predomina el éxito social, ante todo, incluso a costa de la dignidad humana. Porque eso busca la buena novela negra, profundizar así mismo en la condición humana. La mirada crítica de nuestro autor se vuelca igualmente sobre el mundo de las relaciones afectivas:

Ahora a las gentes, especialmente de las neurociencias, le ha dado por desacreditar la pasión amorosa. Tienen a menospreciar el enamoramiento, la pasión, por ser un riesgo para la plena tranquilidad de las existencias de hoy y ponen en su lugar los desnudos actos fisiológicos que son el combustible del amor, pero no lo reemplazan; caso contrario habrían, se vuelven pornografía.

En pleno siglo XXI, la caducidad parece ser la base del amor, palabra ésta que incluso empieza a molestar. El amor, los afectos, algo prescindible, como tantas cosas desechables en esta época de consumismo incontenible. Varios de los episodios de *Cabalgata nocturna* y a veces las reflexiones del narrador parecen advertirnos que la sociedad que se describe lo ha convertido todo en trivialidad insoportable, lo ha esterilizado todo, hasta el deseo y la pasión.

Añadimos, por nuestra cuenta, que la verdadera pasión amorosa, la romántica, parece haber encontrado fecha de caducidad. Frente a la sensación de que el anhelo de durabilidad afectiva de una pareja pertenece ya al ámbito de la fantasía, tal vez sea el momento de recordar lo que afirmaba Goethe: da más fuerza saberse amado que saberse poderoso, que es lo mismo que decir que la certeza del amor, cuando existe, nos hace invulnerables.

Ironía y sarcasmo en *El Diario de Hermes*:

Duele la sátira porque nos desnuda, nos revela nuestros límites, castiga nuestra pretensión de creernos importantes e intocables. Amenaza al poder porque lo coloca en sus lí-

mites, ya que los que lo detentan sea en el ámbito político, religioso o cultural, pueden resbalar en la tentación de considerarse intocables

(Juan Arias)

Sócrates decía que nos burlamos de quienes se sienten superiores a nosotros sin serlo. De hecho, el humor, la ironía y el sarcasmo implican casi siempre una crítica al poder, la posibilidad de ridiculizarlo.

La última novela publicada de Eliécer Cárdenas, *El Diario de Hermes*, bajo el sello editorial de Casa Tomada, está atravesada por un tono de, en ocasiones delicada y otras veces corrosiva, ironía que envuelve prácticamente la mayor parte de los acontecimientos relatados. Esta última novela es la historia (entre tonalidades dramáticas y humorísticas) del ascenso y caída del abogado Hermes Andramuño, intentando superar el penoso estado económico en la que le ha dejado su ex socio de un bufete de abogados.

Posteriormente, le ofrecen dirigir la operación de evaluación del personal de una importante empresa municipal, con el compromiso del despido de ciento ochenta empleados. Ya en el nuevo cargo, organiza su propia acción fraudulenta: los que desearan evitar ser despedidos deberían ir a la joyería “Esmeralda” y adquirir algunas joyas para su propio beneficio. En esta satírica historia, hay fragmentos que incluso llegan a niveles realmente del más puro sarcasmo:

“Tampoco puedo fiarme de este diminuto conserje. Pero finjo que confío plenamente en él, le hago pequeños obsequios, le paso algún billete a uno de los bolsillos, me

agradece con genuflexiones de su corto pescuezo”. La “viveza criolla”, esa expresión disfrazada de conducta cotidiana, pero que en el fondo encierra una especial forma de orientar la vida: sacar provecho de acciones, vamos a llamar “no tan lícitas”, para su propio beneficio. Pues, es la “viveza criolla” el motor que pone en marcha la intriga novelesca. *El Diario de Hermes*, en el ámbito de esta picaresca, está llamada a ser una de las novelas más representativas en lo que tiene que ver con el manejo de la ironía y del sarcasmo.

Hermes, ese dios griego protector de los mercaderes, tiene su lado oscuro: hábil en el engaño. De la misma forma, el protagonista se desenvuelve en un conjunto de valores y categorías que podríamos caracterizar como de “inteligencia práctica”. Veamos cómo recibe a los ingenuos clientes campesinos que llegan a su oficina en busca de ayuda, cuando en realidad van a ser despojados:

“¡Me cayó un cliente! Ante la atenta y respetuosa mirada del campesino, yo fingía revisar con escrupulosidad profesional, los papeles. Voy ahora mismo al juzgado, anuncié con el tono abogadil ahuecado, que asumo ante mis clientes en determinadas circunstancias (...)”

La ironía sobre la apariencia y falsedad del abogado revelan la verdad del personaje: engaña con una imagen exterior de idoneidad y competencia que oculta sus verdaderas intenciones. Como arquetipo satírico, el abogado, de alguna manera, integra en la novela a toda representación de oficios y profesiones igualados en la picaresca por el afán de lucro. Algo que hoy se propaga como una auténtica epidemia.

Un estilo de vida que intenta ser justificado con la idea de cómo sobrevivir en medio de una sociedad aplastante, abrumadora y desigual. Así mismo, mediante una ironía plena de matices, se muestra la inútil y contradictoria complejidad del sistema legal, la multiplicación de leyes y la proliferación casi kafkiana de procesos y trámites:

Le pedí 130 dólares en calidad de anticipo para los gastos de los primeros trámites, movilización de mi persona y otras diligencias. Luego, le advertí, hablaremos de mis honorarios. Mis honorarios son los más económicos que pueda existir. Otros abogados suelen demorar los juicios para sacar más y más dinero al cliente. Yo soy un jurista honrado y como se dice ahora, transparente.

Eliécer Cárdenas afronta la cuestión de la transparencia, tema importante en el desarrollo de la sociedad contemporánea; pone al descubierto que, en realidad, la llamada “transparencia” se queda casi siempre en un proceso entre el secreto y la información, entre la oscuridad y la claridad, en un mero juego de lenguaje.

La ironía acertadamente manejada, como en *El Diario de Hermes*, permite al lector no solo percibir una visión diferente de la vida, sus aspectos más ridículos y absurdos, sino ensanchar las interpretaciones de los conflictos que se representan. Ante todo -en esta obra de Cárdenas- el dinero, ese nuevo dios de estos tiempos, objeto de la mirada cuestionadora de nuestro autor.

También, en su momento, son corrosivas y ásperas las continuas reflexiones sobre la conducta humana afectiva en tiempos de la posmodernidad:

Lo que ahora llaman con esa horrible palabra, “Química”, como si fuéramos nada más que productos de laboratorio y probetas, abstrayendo lo auténticamente humano que hay dentro de estos sacos de carne, piel y huesos.

La sátira y la parodia se dirigen preferentemente hacia lo estimado como formal y socialmente correcto, hacia lo solemne pero vacío. La ironía, acertadamente manejada, permite al lector percibir aspectos ridículos o absurdos de la realidad, obtener una visión diferente de la vida y ensanchar las interpretaciones de los conflictos que se representan. Su función de crítica social es clara: ir “a la contra”, evidenciar la mentira de lo oficial o de lo tradicionalmente aceptado.

Ciertamente, es el culto a las apariencias, incapaces sin embargo de ocultar la más diversas miserias morales en que se desenvuelven. La obra de Eliécer Cárdenas, una de las mejores muestras del expresivo manejo de la sátira en las letras ecuatorianas.

Imágenes cinematográficas en los relatos de Eliécer Cárdenas

Un apasionado y conocedor profundo del cine entendido como una de las formas culturales y artísticas más importantes del siglo XX, y sus renovaciones en estas últimas décadas, entre ellas sus conexiones con la literatura; en suma, un cinéfilo en su más alta expresión, eso era Eliécer Cárdenas.

Entre las tendencias de la literatura contemporánea de nuestro siglo, están las diversas manifestaciones de lo que podemos llamar “literatura visual”. Esto supone tener presente la cuestión de en qué medida un lenguaje artísti-

co redimensiona el potencial expresivo de otro. En nuestro caso -las novelas de Eliécer Cárdenas- pensar el cine como una de sus formas más extendidas, la narrativa.

Sabemos que desde los primeros tiempos la humanidad relata historias por medio de la palabra. en forma oral o escrita. También conocemos, desde ya hace más de un siglo, que el ser humano cuenta igualmente a través de las imágenes en movimiento. Finalmente, todos tenemos conciencia que en algún momento se mezclaron y fusionaron ambas formas en las imágenes visuales de la literatura o en las imágenes poéticas del cine. Las obras de Eliécer son un auténtico muestrario de esta tendencia.

Una de las primeras obras de Eliécer, *El ejercicio*, incluye un fragmento que nos atreveríamos a calificarlo de antológico en la cuestión de cruces entre el cine y la expresión literaria, por su calidad y originalidad “cinematográfica”. Los alumnos se encuentran sentados en sus escritorios y Emilio, desde su banca, contempla y fija su atención en sus compañeros, que están, como él, atemorizados por la presencia del Hermano Arce; desde la perspectiva subjetiva de Emilio se nos describe, como si fuera hecho por el recorrido de una cámara, el mundo que constituye el núcleo temático del relato:

Desde su banca, Emilio, no demasiado al fondo, más bien hacia la izquierda del aula, pudo admirar, solo por menudos instantes, el grave silencio que inmovilizó a sus compañeros cuando los ojos del Hermano Arce, densos y diminutos, resguardados por el grosor de sus lentes, emergieron como a un rutinario paseo, para auscultar, una a una, las caras que evitaban mirarle. Y los ojos de Emilio, temerosos como los

de los demás, disimulaban yéndose a las nucas delanteras: reconoció el cráneo ovalado, apenas con cabello que le negreara la lisura blanca de la piel, de Díaz.

Está todo relatado a nivel de la mirada, pero no una mirada impersonal como en la novela objetiva, sino una mirada apta para profundizar en una conciencia. La idea de una educación opresiva está potenciada por el uso del lenguaje cinematográfico. Esa mirada, deteniéndose en las nucas delanteras, nos recuerda un punto de vista similar utilizado magistralmente por Pasolini en *El Evangelio según San Mateo*.

De *El ejercicio a Polvo y ceniza*. Se trata de un fragmento, cuando el mayor Deifilio prohíbe fotografiar el cadáver de Naún Briones, y no logrará más que, paradójicamente, convertirlo en leyenda:

“La gente, después de muerto, siguió inventándole rostros, tallaron su figura en madera, la moldearon en barro, la pintaron en paredes, la trazaron a lápiz. La hicieron sobrevivir, a pesar de que el mayor Deifilio cubriera su rostro, intentando abolirlo inútilmente”.

Una superposición de planos cinematográficos de las distintas elaboraciones de la figura de Naún, contribuye poderosamente a la eficacia del texto. En este otro fragmento, con el mismo recurso filmico, pero en este caso a base de primeros planos y acercamientos a detalles poéticamente expresivos como el ojo y el párpado, la boca y la mejilla, la nariz y la barba, el mentón y el pecho:

Los ojos del mayor Deifilio miran en la penumbra de la oscuridad cómo el cuerpo herido se ovilla, y su ojo derecho vuelve a cerrarse. El mayor Deifilio contempla, minucioso, esa boca abierta, esa nariz roma, esas mejillas erizadas por una barba sucia, ese mentón ancho y enérgico, esos ojos opacos, el pecho voluminoso y sangrante.

El resultado: hay fabulación e imaginación, historia y memoria, pero en todos los niveles una sensación de verdad muy poderosa.

Una sentida y emotiva convocatoria a la lectura de las narraciones de Eliécer, una obra que enriquecerá nuestro recorrido existencial y social. Eliécer Cárdenas Espinoza, un imprescindible referente para la literatura nacional en pleno siglo XXI.

04

Relato

**VIGENCIA DEL
HÉROE HOMÉRICO**

“Tras las Huellas de Odiseo”, de Juan Valdano

Las grandes obras clásicas siguen siendo uno de los mejores referentes culturales para entender y reflexionar sobre aspectos fundamentales de la condición humana. Su mejor legado: nos enseñan siempre a hacernos preguntas. El mensaje de los libros clásicos se reinterpreta con el paso de los años, nos abre nuevas perspectivas y forma lectores más imaginativos y, especialmente, más cuestionadores.

Así se inscribe la última obra de Juan Valdano, *Tras las huellas de Odiseo*, a cuyo autor, sin lugar a dudas, lo vemos como uno de los grandes narradores y ensayistas de las letras ecuatorianas, consciente de que el discurso de nuestra contemporaneidad se estructura a la manera de un ensayo, tal vez el género literario del futuro.

Pero los libros que calificamos de “clásicos” no fueron escritos solamente para ser estudiados y admirados, sino, ante todo, para ser leídos, como asegura Bernardinelli en *Leer es un riesgo*. Y también contagioso, si se lee con pasión. Y eso sucede con la relectura que Juan Valdano nos da no solo de Homero con *La Odisea y La Ilíada* (testimonios de toda una cultura y una época), sino también de pensadores como Sócrates (defensor de una ética surgida del interior de la persona), poetas como Píndaro (sus versos, emblemático canto al esfuerzo humano), dra-

maturgos como Sófocles (la incorruptible búsqueda de la verdad). Como nos recuerda nuestro autor, por medio de las palabras de Jaeger: *sin la idea griega de cultura no hubiera existido la idea de “Antigüedad” como unidad histórica ni el mundo de la cultura occidental*. Por eso, el propio Valdano nos asegura: *Grecia nos dejó un legado que pervive en el tiempo y permanecerá para siempre en nuestros pueblos latinoamericanos*.

Tras las huellas de Odiseo, una obra itinerante, un sugerente y narrativo recorrido a través del mundo clásico grecolatino, verdadero pilar de la formación humanista. Podemos visitarlo una y otra vez, pero Juan Valdano nos demuestra que en cada nueva lectura descubriremos renovados y fantásticos mundos, incluidos los más profundos e insospechados abismos. Como escribió Italo Calvino, “un clásico siempre tiene algo más que decir”

De hecho, toda cultura supone una tradición mítica. Y todos los mitos pertenecen a la memoria colectiva, son historias comunitarias. En concreto, la mitología griega (grecolatina, por extensión) nos entrega, como dijimos, una interpretación del mundo, pero transmitida con una visión poética, que es lo que básicamente asegura su pervivencia a través de los siglos. El libro de Juan Valdano se centra en el mito de Odiseo, una de las creaciones de la literatura y cultura griega más fascinantes. Ulises (en su versión latina), como símbolo del ser humano, ejerció en él una poderosa atracción:

Fue muy temprano, en los albores de mi adolescencia, cuando cayó en mis manos La Odisea. Desde entonces, la aventurera vida del héroe homérico, su talento y su figura, gravitaron en mi imaginación literaria, al punto que se con-

virtieron en parte del material narrativo del que están hecho varios relatos míos, entre ellos la novela *El fuego y la sombra*, *Juegos de Proteo* y otros más.

“Un país sin leyendas se moriría de frío, un pueblo sin mitos está muerto”, nos dice expresivamente Georges Dumézil. Odiseo, la presencia y vigencia de un mito universal. Encarna un cierto trasfondo de cada uno de nosotros; de alguna manera, un arquetipo. Como sugiere Marcel Detienne, “los mitos viven en el país de la memoria”. Odiseo, según lo va construyendo Valdano, se sitúa como uno de los mitos centrales de la cultura occidental, con una riquísima diversidad de recreaciones, desde el emblemático peregrinaje humano hasta las más increíbles e insospechadas ambigüedades vitales: *Odiseo el diferente*, *el acosador acosado*, se titula uno de los capítulos de la obra.

Había entonces que ir tras sus huellas: en octubre de 2019, Clarita y yo pudimos, al fin, hacer realidad un proyecto largamente postergado: abordar un crucero en Civitavecchia y surcar el Mediterráneo, navegar por el Egeo, visitar las islas griegas, conocer la intrigante Sicilia, visitar ciudades en las que ya habíamos estado como Roma, Nápoles y Atenas.

Odiseo y el tema del viaje son indisolubles en el contexto de toda una amplísima tradición literaria. Un viaje irremediamente simbólico, con todas las peripecias y encrucijadas a las que el ser humano, de forma inevitable, se enfrenta a lo largo de su travesía existencial. Esta línea de significación es lo que convierte a Odiseo en el más perdurable de los personajes míticos griegos. Es “el gran viajero”, pero que paradójicamente no se siente atraído

por la aventura, simplemente desea volver a su hogar, reencontre con los suyos. El retorno de un auténtico migrante del siglo XXI.

Para el autor de *Tras las huellas de Odiseo*

Viajar es un develamiento de lo que somos y un descubrimiento de lo que son los otros (...) La aventura existencial del que se busca a sí mismo (...) El camino de todo ser humano está marcado por la interminable búsqueda de respuestas a enigmas que trascienden el cerco de sus días. El verdadero viaje nunca es una huida.

Además, pide que el camino sea largo, / lleno de experiencias, / que sean muchas las mañanas de verano, / mas no apresures nunca el viaje, en los versos de Cavafis. Para el poeta griego, lo más importante de un viaje no reside en los lugares, paisajes y ciudades que se recorren, sino en los procesos y transformaciones en el interior de la persona, del viajero. En igual medida, para Juan Valdano ese acompañante mítico nos irá dando pistas sobre nuestro propio camino. El viaje, a otro nivel, nos mostrará nuevas dimensiones: el peregrinaje a las raíces de la cultura, a la grandeza de la antigua civilización griega.

La aventura de Odiseo finaliza cuando regresa a Ítaca, esa pequeña isla griega vinculada con el regreso al hogar, uno de los temas centrales del poema de Homero. Así lo narra Juan Valdano:

Ver como antes y desde lejos, el humo del hogar que se eleva desde el techo de su casa; llegar a ella y acogerse, cual ave fatigada, a la sombra del alero doméstico. Sentarse en su

silla preferida y mirar, alrededor de la mesa, a su esposa y a ese hijo suyo nacido en ausencia, a Telémaco y a quien no conocía todavía. Mirar sin pausa ni apremio alguno ese mar azul de Ítaca, la isla largamente añorada, esa patria de pasadores, esa Ítaca pobre, esa tierra humilde; humilde y pobre sí, pero suya.

“El humo del hogar”, “alrededor de la mesa, su esposa y el hijo nacido en su ausencia”, “contemplar el mar azul de Ítaca”. Son frases que expresan líricamente el mundo sensible de los sentimientos como el destino último de la aventura de Odiseo. En momentos en que se percibe la desvinculación de los afectos y el eclipse de la familia -intensificados estos aspectos por la migración- siempre habrá alguien que luchará a toda costa por reconstruir ese mundo. La narración de Odiseo, una historia sostenida por los detalles más íntimos y personales. El sociólogo Bauman, al hablar de la pérdida de esos aspectos, se refiere a la sociedad “líquida”, frente a lo “sólido” o estable de la afectividad como contrapartida. La metáfora intenta expresar la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y sin responsabilidades hacia el otro.

En los mitos y leyendas, a menudo, la muerte del héroe queda sin considerar y no se cuenta, solo se narran las hazañas. Así sucede con Odiseo. En la obra de Homero nada se nos informa sobre su muerte. Joseph Campbell, en su “Mitología primitiva” habla del “profundo pozo del pasado”, elementos del conocimiento que han quedado inconclusos, prácticamente inacabados.

Sin embargo, en la perspectiva mitológica, sabemos que Odiseo, Ulises muere atravesado -a manos de un hijo de Circe al que ni siquiera conocía-. por una especie de

lanza marina (con una espina de raya como punta). Así se cumple fatalmente la profecía de que la muerte de Ulises le vendría del mar. Circe, esa diosa hechicera que se enamoró del héroe homérico. Como también Calipso, una diosa del mar que retuvo a Odiseo a su lado durante años. Este episodio permite a nuestro autor establecer una serie de relaciones entre sexualidad, erotismo y amor. Cita a Octavio Paz: “el sexo es la raíz, el erotismo es el tallo y el amor la flor. ¿Y el fruto? Los frutos del amor son intangibles. Este es uno de sus enigmas” (*La doble llama*).

El pensamiento clásico griego está rodeado de determinado pesimismo frente al destino final del ser humano. Para el estoicismo, la finitud temporal era una verdad que regía el orden de las cosas. Siglos más tarde, Cavafis se referirá a “la obra oscura de la muerte” que nos devolverá “al gran seno de la Nada”. Claro que para Cavafis, la brevedad de la existencia no disminuye lo más mínimo su valor: “Corta fue la hermosa vida. / Pero qué poderosos los perfumes...”.

El autor de la obra que comentamos nos recuerda que “en aquellas primeras lecturas de *La Odisea* me llamó la atención la decisión de Odiseo de renunciar a la inmortalidad divina ofrecida por su amante, la ninfa Calipso”. Que el héroe prefiera afrontar el dolor y la muerte misma, sabe que ningún mortal podrá eludir su destino. Prefiere volver a los brazos de Penélope. “Qué poderosos los perfumes...”.

Además de mitos y leyendas, dioses y héroes, en “Tras las huellas de Odiseo”, Juan Valdano se detiene también en pensadores y filósofos de la Antigüedad grecolatina. Sabemos que, desde muy temprano, Atenas se convirtió

en la capital cultural de Grecia. Y fue justamente Sócrates el pensador ateniense que más ha influido en la historia de la civilización. Leemos en la obra de Valdano:

Desde mi adolescencia y cuando mi mente se abría a las claridades de la filosofía, la ciudad de Atenas fue para mí la ciudad de Sócrates, el filósofo que rodeado de un selecto grupo de discípulos enseñaba una nueva doctrina en el gimnasio y en las plazas de la urbe. Han transcurrido veinticinco siglos desde entonces y el mundo no ha olvidado a Sócrates ni su perenne magisterio.

La filosofía de Sócrates es la búsqueda constante de la verdad como el principio esencial de su conducta. No dejó nada por escrito, pero su legado fue haber instaurado el diálogo y el debate, la discusión y el cuestionamiento como la mejor herramienta para acceder al conocimiento. Platón fue uno de sus discípulos. Sócrates representa mejor que nadie la fuerza de la palabra hablada y la rectitud como regulador de su existencia. Hoy diríamos que luchó permanentemente por lograr una conciencia social.

Podemos preguntarnos: ¿qué puede aportarnos Sócrates, en medio de una concepción tan materialista de la existencia y un desmesurado culto al ego? Su mirada irónica se centraba sobre aquellos que se sienten superiores a nosotros sin serlo. O, como diría, Séneca años después: “no tengamos envidia de los que están encaramados, porque lo que parece altura es despeñadero”. Dicho de otra manera, Sócrates es una de las grandes aportaciones para una ética de la responsabilidad. El propio Valdano lo precisa de esta manera:

Para Sócrates la cuestión fundamental de la filosofía es saber cómo debemos vivir. La respuesta no la darían los dioses, ni las costumbres, ni el estado tampoco. La respuesta está en el interior de nosotros mismos, y a ella se accede a través del pensamiento racional (...) Y casi al finalizar la obra, esta frase con la que concluye el cuento titulado La cicatriz del héroe:

Viaja al centro de ti mismo y en este conocimiento sabrás qué es lo que buscas. El mundo no te será revelado si es que antes no te conoces. El hombre es la pesa y la medida de todo lo existente.

Una amplia e intensa lección de profundo y sensible humanismo, de raíces clásicas grecolatinas, es lo que rezuma por la totalidad de sus páginas al concluir la lectura de “Tras las huellas de Odiseo”. Un libro que recrea, entre la narración y el ensayo, las huellas que la tradición humanística ha dejado en la cultura occidental, un libro que representa la aportación de Grecia a la humanidad.

“Entendemos por *humanismo* la tradición de una vieja sabiduría que tiene sus orígenes en la cultura grecolatina y cuyo propósito no es otro que la visión del ser humano en sus dimensiones ética y estética, existencial y espiritual”, nos plantea Javier García Gibert en su volumen “Sobre el viejo humanismo”. Juan Valdano, por su parte, apuntala afirmando que “la postura humanista sigue siendo válida tanto para los europeos como para los americanos, herederos por igual del rico legado grecolatino”.

Tras las huellas de Odiseo, ficción y pensamiento, novela-ensayo, el híbrido de nuestro siglo XXI. Pero, ante todo, un recorrido por una subyugante diversidad de autores y una multiplicidad de textos literarios y filosóficos

que suponen, en conjunto, una defensa implacable de la tradición humanista y sus vinculaciones con la más viva actualidad, una de las irrenunciables líneas en los trabajos de Juan Valdano.

**UN MANIFIESTO ANTIRRACISTA,
POÉTICO, DOLOROSO**

“Fuego Cruzado: Relatos de Jazz y Blues”, de Iván Petroff Rojas

La música comunica emociones, sensaciones, y, sobre todo, especialmente en esta ocasión, transmite historias, relatos, y conecta a los seres humanos. “Pensar con los oídos”, diría Adorno. Ahora bien, la música no solamente se escucha; llena todo nuestro cuerpo de sensaciones. Ya Marcel Proust nos enseñó que la música es inseparable de la vida y que tiene esa capacidad de hacer de receptáculo de los recuerdos a través del tiempo.

En este sentido, la vida se construye como una partitura musical: los temas tratados se exponen, regresan y se fusionan; además, se transforman. La música es, entonces, tiempo. La vida es tiempo. La literatura es, igualmente, tiempo. Por lo tanto, música y literatura como mediaciones y reflexiones sobre la existencia humana. Fuego cruzado, apropiándonos del título del volumen, entre música y literatura. Como dijo Nina Simone –una vida contra la discriminación racial-, “el jazz no es solo música; es una forma de vida, una forma de ser, una forma de pensar”.

Así está construido el último libro de Iván Petroff, *Fuego cruzado: relatos de jazz y blues*. Es una obra bilingüe:

Una metáfora de antagonismos de la sociedad, desarrollada a través de las biografías de músicos cuyo arte encarna

la protesta por la marginación social, la condición étnica, el esclavismo. En doce cuentos sobre los pioneros de jazz y blues, como Louis Armstrong, Bob Dylan, Elvis Presley, Nina Simone, el autor relata historias de arte, amor y libertad, eternamente vinculados, como nos dice Bojan Kovacevic en el prólogo de la obra.

Jazz y blues en comprometido y expresivo diálogo con la literatura afroamericana. Este inusual diálogo es la propuesta que hace al lector Iván Petroff, autor del libro. Los comienzos del Siglo XX se caracterizaron por movimientos artísticos y sociales de ruptura, que es donde se ubica el desarrollo de la narrativa de la obra.

Así, nos cuenta nuestro autor, que las letras de las canciones de Bob Dylan se convirtieron en “himnos para los inconformes, para los marginados, para los ciegos que cansados de ver lo mismo formaban extensas comunidades para el gozo de la percusión y el sentido del tacto” (“La poética Dylan”).

La historia del jazz y del blues se sitúa en los esfuerzos a favor de la dignidad humana. Sus ritmos y su diversidad reforzaron la lucha contra todas las formas de discriminación.

Justamente, jazz y blues inician su recorrido cuando la esclavitud y el racismo tenían caracteres epidémicos en el sur de Estados Unidos. La música como una manera de luchar contra la más dura marginación. Jazz y blues -esenciales para la identidad afroamericana- como la hibridación de ritmos africanos, americanos e incluso europeos.

El lector encontrará en “La emperatriz y la ginebra”, uno de los mejores cuentos del volumen. Trata sobre Bessie Smith, conocida como la “Emperatriz del Blues”, la cantante más popular de los años 20 y 30, la más influyente en los cantantes que vinieron después. En la narración de Iván Petroff:

Bessie, ignorando el escenario, baila envuelta en una matizada luz de encajes con sus amigos de barrio, al amparo de una carpa de circo, (...) arremetiendo con la fuerza de sus cuerdas vocales, la herencia de su negritud forjada con exilios, esclavitud, fute, y el patrimonio de sus abuelos en la inteligencia de la intérprete.

En la madrugada de un día cualquiera, en Mississippi, su automóvil se estrelló contra un camión; su cuerpo quedó destrozado, con el brazo derecho prácticamente desgajado.

El accidente se describe así en este relato:

Látigos que vienen con algo de sus chasquidos y que mortifican la carne de su brazo desmembrado. Tiene los ojos vacíos de muñeca de basurero. Una sirena confundida llega en medio de la combinación de tambores sagrados y trombones atorados por la dureza de la saliva. Agua que viene en bocanadas de cascada y precipitación. Timbales sueltos y clarinetes que afinan independientes el metal de sus gemidos. Mientras los recuerdos vuelven al zaguán donde una noche saboreó el primer beso de esos labios abultados y vehemente que nunca pudieron ser sustituidos.

La escritura de Iván modela el sonido, logra construir campos de resonancia. En cierta forma sigue un ritmo poético a través de la fragmentación y la continuidad, de la tensión y la pausa: *tiene los ojos de muñeca de basurero*. Es decir, crea una trama sonora paralela al encadenamiento de los hechos. Los efectos sonoros están potenciados poéticamente: *“la combinación de tambores sagrados y trombones atorados”, timbales sueltos y clarinetes*”, literalmente al lado del horror del accidente: *“una sirena confundida”, “el metal de sus gemidos”*, en contrapunto sobrecogedor con la tragedia.

Otro relato sobresaliente, de los que tanto abundan en esta obra, es “Strange fruits”. Recoge el dramático suceso de la noche en que se produjo un linchamiento en el que fueron colgados de árboles dos negros. Ese día, Billie Holiday, considerada como una de las voces femeninas más representativas del jazz, salió al escenario a cantar la mundialmente conocida canción de jazz “Strange fruits”. El relato de Iván Petroff nos ofrece su letra:

De los árboles del sur cuelga una fruta extraña, sangre en las hojas y sangre en la raíz, cuerpos negros balanceándose en la brisa del sur, extraña fruta que cuelga de álamos. Aquí está la fruta para que la arranquen los cuervos, para que la lluvia la tome, para que el viento la aspire, para que el sol la pudra, para que los árboles la suelten, esta es una extraña y amarga cosecha.

Seguimos la marcha del relato de Iván:

(...) muchos años después, Billie recorre una marginada calle de Nueva York, cuando descubierta por un admirador de su arte le pregunta por su estado y ella responderá:

“Yo bien, ¿si me ves? Aún sigo siendo una negra”. Se han gastado sus 44 años (una cirrosis sin salida) y ahora solo hay una tumba sin nombre que permanece en la sombra de cipreses acabados de cortar.

Tal vez Billie Holiday perdió la batalla contra Estados Unidos, pero ahí forjó su leyenda. Su vida, marcada por la tragedia, fue tan terrible como breve. Billie convirtió su infelicidad en canciones que hacen sentirse felices al resto de los mortales.

Junto a Billie Holiday, otra voz femenina: Ella Fitzgerald, la “Reina del jazz”, la “Primera dama de la canción”, tal vez la más importante e influyente de las voces del jazz. En el cuento de “Fuego cruzado”: *siempre he sido muy tímida y he tenido miedo a equivocarme, al decir algo fuera de lugar, por eso siempre preferí cantar*. Pasó por una dura infancia, en situación de pobreza permanente. Diabética, sufrió la amputación de las dos piernas.

Entre la evocación poética y la indignación, incluida la letra de una de sus canciones, la recuperan las páginas de “Fuego cruzado”:

sus vestidos más cristalinos y satinados guardan el cuerpo de su memoria y las joyas son solo un vano instrumental, que finalmente rechazó a favor de su raza como una última vendetta para con los rosados, los blancos y los rubios que la contemplaron con desprecio.

al final, igualmente debes regresar
a donde nadie es menos
donde nadie tiene más
después de tanto soñar con las estrellas
al fin estarás con ellas

Si el blues es la interacción entre voz y guitarra, personajes con el corazón y los sueños rotos, nadie mejor que Arthur Blake para representarlo, un cantante y guitarrista, ciego de nacimiento. El arte lírico-narrativo de Iván Petroff le introduce en una atmósfera de ensueño en el relato “Voces”:

Arthur Blake, con su máscara de ancestros africanos, tiene el extraño presentimiento, desde aquella tarde en que afinaba su guitarra, de que sería el primigenio provocador del blues en la escena descontinuada de los cabarets. Sus mandíbulas se contraen, sobre todo por el recuerdo de aquel lejano amanecer, cuando comprobó que estaba solo en el mundo, sin más que su guitarra generosa y su técnica vocal devuelta a los orígenes de la palabra. Cuando murió, quedó congelado en sus negríssimos ojos de capulí.

(...) *“en la escena descontinuada de los cabarets”* es una expresión que nos lleva a la parte última de nuestro comentario. Al final de la aventura del recorrido fascinante, entre jazz y blues, en medio de la cultura afroamericana, que nos ha regalado Iván Petroff con su deslumbrante obra, nos preguntamos:

¿Cuál es la verdad de la existencia humana, la integración o la desintegración? ¿El orden o el caos? ¿La unidad o la fragmentación? En principio, la creatividad artística se posiciona contra toda integración, contra toda ilusión de unidad, contra todo sentimiento de totalidad y armonía de lo múltiple.

Salvo pocos ejemplos, como Joyce, Salinger o Cortázar, que desarrollan un discurso literario entrecortado y desintegrado, la mayoría de los escritores (pensemos en Kundera o Carpentier que privilegian la forma sonata en su literatura) se vuelcan hacia la música, no en busca del paradigma de ruptura y fragmentación, sino del mundo clásico y romántico de unidad, de totalidad, de coherencia y de integración del discurso.

Sin tratar de responder a la pregunta, que queda para cada uno de los lectores, las interacciones entre la música y la literatura del siglo XX y lo que llevamos del XXI, son sorprendentemente reveladoras. En nuestro caso, intenso fuego cruzado de color, paradójicamente entre blanco y negro, porque esa es la historia social del jazz y del blues, en medio de una atmósfera racista insoportable. Hay que recurrir a la historia, también la del cine de aquellos mismos años: los músicos negros entraban por la puerta de atrás; e incluso en la primera película sonora, 'El cantor de jazz', el actor Al Jolson interpretaba a un cantante pintándose la cara de negro.

Como se nos dice en la nota preliminar del libro, el fuego es el resultado de un enfrentamiento; tiene la esencia de una protesta, pero también es metáfora de la intensidad poética. Por nuestra parte, no dejar de acudir a la memoria: hubo un tiempo en que el jazz y el blues permitían soñar. El jazz y el blues no solo son música, son una

forma de vida, una forma de ser, una forma de pensar. “La invisibilidad de la piel negra” (nadie parece querer verla).

Desde que tuvo siete años, Nina Simone supo que su vida no sería fácil, por ser negra. Durante un recital de piano, enviaron a sus padres a la última fila por su color de piel. Ella fue rechazada por conservatorios de música por la misma razón y muchas de sus canciones fueron censuradas por la indignación con la que narraba la sangre derramada de su pueblo.

Jazz y blues, sonidos de resistencia. El blues y el jazz fueron la lengua universal contra el racismo, que, cien años después, aún crepita indignamente en la sociedad actual. Más allá de la fascinación musical, jazz y blues, frente a la discriminación y a la opresión. Un doloroso y extraordinario manifiesto antirracista.

“Los Hijos del Bosque”, de Sonia Moreno Ortiz

Por supuesto que, afortunadamente, ya están lejanas aquellas épocas de escritoras que trabajaban sus obras casi clandestinamente, a ocultas no solo de la sociedad sino incluso de sus propios familiares; obras publicadas con seudónimo o con nombre masculino, de escritor, por muy insólito que hoy nos parezca.

Ha llovido mucho desde entonces. Sin embargo, actualmente todavía estamos muy lejos de la verdadera equidad de género en el ámbito de la literatura. Que tomemos conciencia del reconocimiento de las aportaciones femeninas -justamente en el punto más alto de la reivindicación de la mujer en lo que va del siglo XXI- es algo sumamente significativo, porque incluso hoy las mujeres no tienen la suficiente visibilidad social y artística.

Escritoras ecuatorianas las hay, todavía, desconocidas o poco reconocidas. Por ello, hay que volver a ellas, leer y releer su producción literaria, darles un lugar, el que les pertenece. Justamente, la de Sonia Moreno es una de esas voces femeninas de la literatura cuencana de valor insospechado. Uno de los cuentos de Los hijos del bosque -el volumen que hoy nos ofrece- titulado a su vez “Hojas sueltas”, se refiere al dramático caso del escritor sin lectores:

No tiene a quien hablar de sus hojas sueltas, de sus poemas no publicados, ni léidos ante ningún auditorio (...) Ha salido a caminar sin rumbo. La ansiedad febril por sus poemas recientes, no estrenados aún, le hacen recorrer las calles repitiendo en su mente sus versos, su cadencia, una música de palabras le palpita en las sienes, en los oídos. Cerca de él ve a una mujer de edad incierta. Ha encontrado una oyente singular que lo escucha sin preguntar. Solo le mira extrañada.

Verdaderamente, un libro no existe sin escritor, pero tampoco sin lector. La persona que se ha convertido en lector habitual seguramente será alguien con mejores condiciones para la reflexión y la expresión del pensamiento. Podemos preguntarnos, con Sonia Moreno, si hay algo mejor que la ficción narrativa para el aprendizaje de la vida.

Múltiples visiones sobre la realidad

Sus cuentos se mueven entre visiones del mundo y la proyección de estados interiores de los personajes sobre los sucesos exteriores que les rodean, lo que se resuelve en una nueva dimensión de la realidad. A partir de ahí, *Los hijos del bosque* busca al lector a través de múltiples y diversas miradas sobre las realidades que representa.

Existencialismo y canto a la vida (“Viola”), ternura y conocimiento (“El niño”), vida cotidiana y fantasía (“Espejismo”), el mundo de la infancia y la familia (“Una tarde diáfana”), educación y valores humanos (“Preceptos”), desamparo y crítica social (“La dama de los ojos vendados”). En cuanto a la escritura: prosa poética y coloquialismo (“*Arcón de su infancia*”), sensaciones oníricas y

ensueño (“*Cuando todavía podías leer*”), imaginación y descripción de realidades (“*Amigos*”).

Todos estos elementos, entre otros, conforman su cosmovisión. Constituyen además un espacio literario en libertad y, por ello, los cuentos mencionados son intercambiables en relación con las tendencias señaladas. Lo importante es que el lector podrá acceder a una mayor luminosidad sobre el conocimiento humano. Una sorprendente producción literaria que navega en profundidad por los más acuciantes problemas de nuestro mundo contemporáneo.

Entre la señalada diversidad de rasgos de la obra literaria de Sonia Moreno, nos centraremos en dos de los más significativos, según nuestro criterio. Dos vertientes de estos cuentos: la existencialista y la estilización de los elementos realistas, representada por las primeras secciones de los libros (“*Contares*” e “*Instantes*”), y la superación del existencialismo inicial, lo que podemos calificar como una escritura de la esperanza y la madurez del lenguaje literario (“*Los hijos del bosque*”, “*Imágenes oníricas*”).

Ambas tendencias, atravesadas por un lenguaje poético sensible y expresivo, común a toda su trayectoria creativa. La riqueza de la narrativa contemporánea radica en la pluralidad de lenguajes literarios que la integran. En el caso de la obra presentada, narración y lirismo se fusionan eficaz y permanentemente, hasta el punto de constituirse en rasgo característico de la escritura de Sonia Moreno:

La palabra adiós se pinta en el horizonte y desapareces niña
lejana. Tu risa y tu voz posan dormidas en algún recoveco
del tiempo.

(“Espejismo”)

El lenguaje poético es lo que conecta la escritura del autor con la sensibilidad del lector, con sus vivencias personales, no la distancia crítica (útil, eso sí, en muchas otras propuestas estéticas). Además, poner en juego fundamentalmente la emoción y la expresión del “yo” lírico, no implica que desaparezca la vinculación con el mundo: *las palabras iban hacia todas las direcciones, explicando la época de ese entonces. (“Dolores”).*

Algunas cuestiones existenciales

Las narraciones sobre las grandes preguntas de la vida son una constante en “*Contares*”, editado en 1992 y ahora en una selección revisada y ampliada. Un conjunto de relatos -entre el contar y el cantar- a la búsqueda del sentido de nuestras vidas, aspecto que resume inquietudes como el ciclo de la vida y la muerte, la temporalidad, la soledad y el aislamiento. Pero igualmente cuestiones sociales e históricas altamente significativas, como vemos en los tres primeros relatos: “*Dolores*”, “*Perecer sin retorno*”, “*Viola*”.

La narrativa de Sonia Moreno, en el marco de su visión existencial, desarrolla un tema profundamente humano de nuestro tiempo: la soledad y la incomunicación del individuo. Personajes que transmiten la sensación de estar atrapados sin salida, como en “*Filomena*”, donde la historia de la protagonista es una aventura absolutamente solitaria en su interior y desdibujada para los demás:

¿Cómo fue de joven? Nunca se supo. ¿Amó alguna vez, fue amada? ¿Soñó, añoró, deseó? En contadas ocasiones se la veía por el barrio. Mirada fija, media sonrisa, pausado caminar viniendo por la acera o detrás de los cristales observando la calle, alguna vez regando los geranios, mirando al cielo (...) Ahora me cuentan que ha muerto hoy por la tarde. ¿Acaso vivió alguna vez?

(“Filomena”)

El tema de la soledad adquiere una profunda dimensión dramática en cuentos como “Dolores”. Justamente, el ansia de establecer espacios de comunicación se convertirá en el centro de la tragedia:

La ciudad era una estrecha aldea aplastante. (...) Ahora veo su solitaria imagen recorriendo angostas veredas, antiguas callejas (...) Bajo extraño suelo, la Parca bebió su vida. Sus restos los llevaron indígenas pagados para tal acción, se la enterró junto a réprobos y condenados a muerte, solo un poeta afuereño acompañó el féretro.

(“Dolores”)

Ya lo dijo Albert Camus: si el mundo fuese claro, no existiría el arte. La sensación de que algo en el mundo no funciona bien, de que no está hecho con coherencia, como si fuese irracional, absurdo. Varios de los relatos de “Cuentos” se desarrollan en medio de una angustiada búsqueda de razones que justifiquen existencias carcomidas por la rutina intrascendente y cotidiana:

Vístete pronto, arréglate. Pon la mesa. ¿Cuántas personas son? Cuenta veintiún platos, tazas, cucharas, servilletas. Las sillas no alcanzan, no alces la voz, anda con sigilo, vienen las visitas. (...) El momento de la parlería llega. (...) Quiero más té, pásame el azúcar, me falta el limón, a mí dame agüita de viejas.

Y el visiteo pegado a las sillas, mueven las manos a la vez, abren las bocas y bisbisean: desde lejos escuchas aquí y allí risas, voces, sonidos de tazas, más tarde del agua caer sobre toda esa vajilla sigues oyendo voces, voces, voces y más voces que casi te sepultan bajo ese aguacero de sonidos.

(“Irrupción”)

Un personaje femenino en la historia

Unos versos de Dolores Veintimilla son el epígrafe del cuento “Dolores” con que Sonia Moreno inicia este, su primer volumen de relatos: y cruzaré solitaria / los desiertos de mi vida. Dolores es uno de los muchos personajes femeninos asediados por la soledad y el olvido que cruzan la obra literaria de nuestra autora:

Ahora veo su solitaria imagen recorriendo angostas veredas, antiguas callejas, altiva su mirada, el corazón llagado, soportando miles de ojos tras de las ventanas y esquinas, acechando su paso, vigilándola, martirizándola en su abandono, hojas anónimas golpeando su alma (...) El peso de lo mezquino asfixiando toda esperanza.

Dolores Veintimilla fue una de las mujeres más destacadas de la literatura ecuatoriana del siglo XIX. Tal vez no sea inexacto afirmar que fue ella, una mujer, quien inauguró el Romanticismo en el Ecuador, y con ello un

cierto pensamiento social que, además -con motivo de la ejecución de un indígena- de su lucha contra la pena de muerte, defendió también los derechos de la mujer y de los indígenas.

El peso de la atmósfera religiosa de aquella época y la violenta reacción de Fray Vicente Solano, lanzando contra ella un insoportable ambiente de desprestigio moral, afectó profundamente a la escritora: *-que se dedique a la rueca y no a los libros, que es cosa de hombres-*, leemos en el cuento. El ambiente, desde ese punto de vista, era realmente asfixiante y opresivo, expresado así -con vigor, dramatismo y sutileza- en el relato:

No había bachillerato para la mujer, quien solo podía leer manuales morales o contadas obra, ¡ay de aquellos libros románticos que envenenan el alma! Hacen que las mujeres se enfrasquen en mundos de ensueño y olviden sus faenas domésticas para las que están destinadas. La ciudad era una estrecha aldea aplastante.

“El que una mujer poetizara no demoró en ser juzgado pernicioso y contrario a la doctrina de la Iglesia por los cuidadores de la conducta social; el escándalo sobrevino cuando la joven se atrevió a opinar y aún refutar públicamente a los censores de la moral acerca de la pena de muerte. La reacción de los clérigos fue fulminante, incluso después de su muerte” (Marco Tello). Su desilusión sentimental seguramente no es suficiente para explicar el fatal desenlace de la poeta, también la idea de que un intenso espíritu romántico no podía sobrevivir sin libertad: *vibra el sonido de su voz en el desierto demandando el derecho a la vida.*

El valor del instante

La desazón que genera la finitud de la vida humana impulsa igualmente a nuestra autora a proseguir esa vertiente existencial en su segunda obra, en “Instantes”, cuyos cuentos encuentran su centro de interés en el hombre y la mujer concretos, en lo inmediato. Como en el desolador relato de “La dama de los ojos vendados”, sobre el caso del niño chileno de cinco años acusado cruel e injustamente de robar unos juguetes; solo pequeños instantes como relámpagos alumbran la narración de su intenso drama social, la mano de la madre sosteniendo la del niño: la madre con los ojos bajos apretaba su desvalida mano, sentía su calor reconfortante (...) *Los sueños, estrellas inalcanzables solo eran realidades para otros niños.*”

“*Instantes*”, selección revisada y ampliada del libro editado en 1995. Escribió Jorge Luis Borges: Cada día consta de instantes que son lo único real. Cada uno tendrá su peculiar sabor de melancolía, de alegría, de tedio o de pasión. Así, desde el mismo título de esta segunda obra de Sonia Moreno, la valoración vital del instante. Siempre hay algo que requiere concentrarse totalmente, que no debe postergarse, que merece la pena vivirlo intensamente, con una entrega absoluta, como una fuga hacia la eternidad:

Era feliz a su manera sencilla de vivir el instante con sus juegos imaginarios, su cabello en desorden, los zapatos sin cordones, inocentemente dichoso deambula por la casa con su música inventada por él. Lejos de él, las penas, las preocupaciones, el mundo de los grandes y su ceño de desencanto.

(“El niño”)

No obstante, algo inquietante se intuye en esta entrega al “hoy”, al “ahora”. Tal vez la falta de proyección, de futuro. Sin embargo, por contrapartida, ese poder se diluye en instantes irrepetibles. La valoración del instante ofrece enormes posibilidades de libertad, de autonomía. Para decirlo nuevamente con las palabras de Borges: *por si no lo saben, de eso está hecha la vida, solo de momentos, no te pierdas el ahora*. Instantes, capaces de llenar una vida, como lo poetiza Sonia Moreno: *él quería salir, zafarse de allí, correr, brincar por las aceras, el viento en la cara, las vitrinas luminosas...*

Una escritura cada vez más madura, como verificamos en la narración en la que brota la poética figura de César Dávila Andrade: el rostro del faquir desde el césped observa con sus enormes ojos adormilados la soledad de los días y de los tréboles que se mueven cadenciosos en la luz naranja del atardecer, mientras el niño se agazapa risueño entre los árboles. (“El niño”). Este es uno de los cuentos más artísticamente construido. Ya lo advertía Felipe Aguilar, “la prolijidad, no exenta de cierta audacia, con la que se enfrenta a las cuestiones del lenguaje; **una nueva voz en el contexto de la literatura femenina**”. La de Sonia Moreno, una nueva narrativa, una prosa poética expresivamente elaborada, decimos nosotros.

Una escritura de la esperanza

En las dos últimas secciones del libro, los relatos de nuestra autora abandonan la atmósfera existencialista que había predominado insistentemente, y su escritura se dirige a una nueva dimensión abierta a la esperanza. Porque, en la línea de Cortázar, “la esperanza pertenece a la vida, es la misma vida defendiéndose”. Nosotros pensamos que la autora toma conciencia de que el solo hecho de escribir es un acto de esperanza.

Los anteriores valores que sostenían su producción literaria parecen haber entrado en cuestionamiento. El vínculo con la realidad aparenta estar extraviado, y se inicia, después de varios años, una búsqueda en la que comenzar de nuevo parece posible: *Otra vez iniciar sus vidas en una incierta tierra, nuevas cosas por adquirir, (...) pero no costaría tanto si los cuatro estaban bajo un mismo techo.* (“*Marcela*”). También el cuento “*Los hijos del bosque*” se integra perfectamente en esta perspectiva: la vida como un bosque, como un camino, se trata de encontrar ese camino, que a veces está claro, pero muy difuso otras.

Algunos aseguran que la religión es el discurso de la esperanza, y ciertamente una resonancia religiosa subyace en las últimas obras de Sonia Moreno. De hecho, encontramos referencias a la Biblia. Pensamos que la creencia, la esperanza es de por sí una actitud, un modo de situarnos en el mundo. Lo vemos en el cuento *Interminable espera*: que trata de un carpintero que un día se fue y ya no volvió; nunca se supo por qué, la esposa quedó a la espera:

Se prendía la esperanza en sus ojos cuando suponían imaginarios horizontes, senderos, montañas. Quizás un día lo vieses volver (...) Cuántas semana, meses y años que no se escucha su voz (...) ¿Por qué no vuelve? (...) Empecinada la madre no deja de creer en el día que lo verá asomarse por la puerta pronunciando a viva voz sus nombres.

(“*Interminable espera*”)

Una forma de estar en el mundo. Efectivamente, la esperanza no es la certeza de que las cosas saldrán bien, sino la convicción de que algo finalmente tiene sentido, sin importar el resultado final. Incluso puede ser un sueño:

Fueron horas de lucidez y frescura de confianzas entre los dos hermanos, de regocijo en sus cansados corazones en esa tarde del soleado mayo. Pero (...) solo fueron imágenes, de un sueño, pareciera que fuese real... ¿acaso olvidas que los dos duermen en la muerte? Descansan circundados de semillas que brotan en cada amanecida.

(“Una tarde diáfana”)

Solo fueron imágenes de un sueño

La última sección del libro *Imágenes oníricas* de 1998 es una emotiva y poética evocación del padre, del escritor, de Eugenio Moreno Heredia.

La ensoñación, un tema y un clima espiritual recurrentes en los cuentos de Sonia Moreno: *solo fueron imágenes de un sueño, pareciera que fuese real*, en el texto anterior evocando la figura del padre. El sueño como camino para la exploración del mundo interior de la autora, una especial visión de la vida y la memoria paterna:

En sueños borrosos, vi padre, como tu brazo era tierra.
¡Cómo te buscaba y hasta preguntaba al viento por tu rostro!

(“Todos van al mismo lugar”)

La presencia del padre una y otra vez en medio de fragmentos narrativos de carácter onírico, la creación literaria y el sueño fuertemente vinculados: justamente, las anteriores son imágenes a la manera surrealista de elementos de la naturaleza fusionados con la figura humana (“tu brazo era tierra”, “preguntaba al viento por tu rostro”), como de pesadilla. Y esto es relevante: la prosa poética de Sonia

Moreno y los versos de Eugenio Moreno Heredia, ambos bañados por una atmósfera onírica. El mundo de la memoria y el recuerdo, una de las claves en ambos autores para viajar a lo más profundo de nuestra psique:

Siempre estoy como despidiéndome, / como diciendo adiós
/ a este sueño; / a este vuelo de pájaro, / de brizna, / de adiós...

(“Teoría del sueño”, 1974, Eugenio Moreno Heredia)

En Sonia Moreno, con insistencia, el soñar para la expresión de la melancolía y la nostalgia:

Una sola imagen ha quedado rondando en mi memoria... la puerta entreabierta, sus hijos jugando, ella mientras oye sus voces, suspira con la mirada fija en el tumbado, soñando, esperando una carta suya.

(“Marcela”)

Decía Álvaro Mutis, «el sueño hay que vigilarlo, es la tercera parte de tu vida, eres tú mismo”.

“Las personas mayores / ¿a qué hora volverán?”

Es uno de los varios epígrafes del libro, el que abre el cuento “*Una tarde diáfana*”. Son versos de un poema de César Vallejo. En ellos, el hablante lírico es la voz de un adulto que rememora el antiguo temor infantil ante la ausencia de los mayores de la familia, que proporcionaban

protección, seguridad y calor hogareño en aquellos lejanos años. En el cuento de Sonia Moreno, leemos:

Eugenio, vamos a visitarle a tu hermana Lucía-. (...) Fueron horas de lucidez y frescura, de confidencias entre los dos hermanos, de regocijo en sus cansados corazones, en esa tarde del soleado mayo. Pero (...) solo fueron imágenes de un sueño, pareciera que fuese real (...) ¿acaso olvidas que los dos duermen en la muerte?

Las vinculaciones entre la autora y el padre marcan el punto central de la última sección de la obra, la tristeza sentimental ante la ausencia de quien era el centro de cohesión de la familia. Una evocación melancólica en contraste con un pasado feliz. Ahora, un tiempo presente lleno de desolación y triste constatación: *¿acaso olvidas que los dos duermen en la muerte?*

La angustia por el padre perdido y la representación idealizada de la familia, desembocan literariamente en la dolorosa ternura de esos instantes, por ello la infancia es “hermosa” y “terrible” a la vez. La construcción de una familia como la mejor etapa del ser humano. En uno de los relatos de Sonia, desaparece el padre y todo se desmorona:

Llamaban a la puerta, venían gentes a consolarnos con la Biblia en la mano. Yo miraba por la ventana su aniquilación, sin poder hacer ni detener nada. Se perdía al padre, se acababa la casa.

(“La casa se derrumba”)

El lento y angustioso avance de la enfermedad del padre intensifica el lenguaje poético, que alcanza el nivel más alto a lo largo del volumen:

Es verdad que la víspera nos observó con sus ojos inundados de ternura, de alivio, esa mirada verde de padre, de poeta, duerme hoy en el recuerdo vivo de la memoria, bajo la tierra negra y silenciosa.

(“Los pañuelos”)

La certeza de la finitud del hombre (“bajo la tierra negra y silenciosa”) no impide, a la luz de la nueva perspectiva religiosa de nuestra autora, el regocijo íntimo de la familia: *todos alrededor de su lecho, juntos los hijos, mirándole gozosos ... en “¿Por qué lloras Rosalía?”*, o en estas frases de “*Tarde diáfana*” abiertas a la esperanzadora huella dejada por Eugenio Moreno Heredia: *descansan circundados de semillas que brotan en cada amanecida*.

Es justamente en el relato que cierra este libro de Sonia Moreno, donde nos deja con la imagen definitiva y reconfortante, también fructífera, por la trayectoria vital y poética del padre, de Eugenio Moreno, una vida presidida por la dimensión ética y literaria, generosamente entregada a los otros a través de la cultura y el compromiso:

Padre, ¿serás solo un recuerdo que se mueve entre tus libros, en nosotros, en el viento? ¿Será solo tu voz un eco que se pierde en los ángulos de la casa? ¡No! Tu voz la escucho para siempre dilatada en tus versos.

(“Detrás de un tronco del bosque”)

Finalmente, una obra sugerente, muy de nuestro tiempo, de múltiples rostros de la escritura; una narrativa en la que siempre vislumbramos al poeta en busca de expresiones que funcionen como puente con las realidades diversas. Unos cuentos que se estructuran en torno a la emoción y sensibilidad del lector. Así como un poema se puede percibir como la narración de una historia, los relatos de Sonia Moreno pueden sentirse como un auténtico poema.

Aseguraba Julio Cortázar que en nuestro tiempo se concibe la obra literaria como una manifestación poética total. Este fragmento es de su emblemática novela “Rauela”: “toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabiera, hago nacer cada vez la boca que deseo, la boca que mi mano elige y te dibuja en la cara, una boca elegida entre todas.”

Justamente, los cuentos de Sonia Moreno, muchos de ellos, se caracterizan por comienzos y finales poéticos. Una narrativa, la suya, que recorre muchos caminos literarios a base de lenguaje, de palabras y prosa poética que construyen historias y sus escenarios, que desarrollan personajes entre la ficción y la realidad. En fin, “Los hijos del bosque”, para el lector, un amplio espacio imaginativo de búsquedas y encuentros entre la afectividad y la solidez narrativa.

**ESE FRÁGIL MUNDO DE
LAS APARIENCIAS**

“In-Discreciones”, de Ernesto Arias

Si nuestro conocimiento de la realidad comienza con los relatos, si nuestra naturaleza es narrativa, si el ser humano necesita de los recursos narrativos para construir su representación del mundo, entonces la utilización del lenguaje para contar historias es una de las claves para acercarse a los acontecimientos representados en *In-Discreciones*, última novela del escritor cuencano Ernesto Arias, que ahora se confirma como uno de los principales referentes de la narrativa ecuatoriana.

La ficción es posiblemente una de las mejores maneras de penetrar en nuestras realidades. Y así sucede con el episodio central de *In-Discreciones*, la historia del esplendor del hotel “El Álamo” (en otro contexto, emblemático lugar de conocidas resonancias históricas) y su posterior declinación, incluido el allanamiento del hotel por fuerzas militares. Entre los años 60 y 70, y en una ciudad de la serranía ecuatoriana, fácilmente identificable para el lector, se desenvuelve a la vez la sorprendente y fascinante historia de una familia, que regenta el hotel y representada por el padre inolvidable del narrador (su hijo) y la madre, personaje que encarna lo que hoy llamaríamos resiliencia.

Uno de los mayores aciertos del autor es la configuración del hotel como un microuniverso y, también, como un escenario donde desfila un amplísimo y variadísimo

conjunto de huéspedes. Algunos de ellos se verán implicados en un crimen, núcleo de la perfectamente estructurada trama de la obra. Para Bertolt Brecht, habitar en un hotel era concebir la vida como una novela. Y eso es lo que hace brillantemente Ernesto Arias en “In–Discreciones”

Intelectuales y artistas, emprendedores y negociantes, vividores y oportunistas, buscadores de amoríos y voyeristas, toda una gama de extraños y sospechosos personajes transitan por “El Álamo”: *pude concluir luego que Luque utilizaba su estilo de seductor como una máscara que ocultaba su verdadero yo.*

El hotel siempre fue un escenario ideal para imaginar todo tipo de conflicto dentro de la conducta humana. Esta dimensión, es, justamente, uno de los grandes atractivos de la novela de Ernesto Arias. En *In–Discreciones*, además, se constituye un lugar, en cierto modo, fuera del tiempo (el lector no encontrará indicaciones precisas sobre la época) y donde siempre sucederá lo inesperado. Con personajes “en tránsito”, el hotel es parte imprescindible de un viaje o de un itinerario. “El Álamo”, para el regocijo del lector, está muy lejos de ser un espacio para el reposo; más bien, al contrario, un ámbito lleno de dinamismo para acoger una historia afectiva y sentimental, la profunda relación padre-hijo, e incisivas observaciones de crítica social, siempre presentes en toda la novelística de Ernesto Arias.

En principio, *In–Discreciones* fluctúa entre el relato policíaco y lo que hoy conocemos como novela negra, cuyos límites son siempre difusos. De hecho, la narración de Ernesto Arias incluye los elementos esenciales del género: un arranque que atrapa e involucra al lector, un hábil manejo de la trama y de la intriga, un crimen extremadamen-

te violento, las múltiples posibilidades sobre quién es el culpable, la investigación consiguiente de tipo policíaco y, por supuesto, el sorprendente desenlace, en cierto modo previsible para un lector muy atento. Narración policíaca o novela negra, donde quedan fueran terminantemente el uso de la crueldad gratuita, el sadismo o lo monstruoso impactante.

Ernesto Arias apuesta por una novela negra diferente, que sirva no sólo como artificio narrativo, sino como herramienta de construcción de personajes y de conocimiento de determinadas realidades sociales. La exploración humana y la crítica social superan con mucho los mecanismos efectistas del género:

Y contaban los asiduos del “Miramar” que el coronel Ampudia aprendió en la frontera a contrabandear mercadería comprada en Perú para venderla en Huaquillas, que en contubernio con la policía aduanera pasaba por la frontera grandes bultos de cobijas, calzado, juguetes, confites y licores, que acopiaba en un galpón cerca de Machala.

Por otro lado, de la lectura de *In-Discreciones* queda claro que “cualquier crimen lanza interrogantes que nos interpelan de un modo muy profundo a nivel humano y también colectivo, porque es inseparable del contexto histórico y social en el que se produce” (Lozano). Y entonces entran en juego las desigualdades económicas, las injusticias, los abusos. El asesinato de Paola Fuentes es, indudablemente, un ingrediente de la novela negra.

Esta novela de Ernesto Arias se transforma, a medida que avanza su desarrollo, en la crónica de la sociedad de una época, realidad social y literatura perfectamente

entrelazados. Decía Sergio Ramírez que la novela negra es un espejo de la sociedad latinoamericana. Porque eso busca Ernesto Arias: “arañar el alma del lector”. Y no sólo en lo social, también en lo que tiene que ver con la condición humana.

Durante los últimos años, varias obras narrativas de importantes escritores se han centrado en el vínculo paterno-filial, como *El olvido que seremos*, del colombiano Héctor Abad Faciolince, por mencionar un referente. En el caso de *In-Discreciones*, esas relaciones padre-hijo atraviesan, a la manera de un eje central, una buena parte de sus páginas, hasta que la ausencia final dejará al narrador en la más absoluta condensación del dolor.

Así pues, la novela discurre, además de las percepciones críticas antes señaladas, por la memoria familiar y episodios intensos en el plano afectivo, estrechamente conectados. De esta forma, el vínculo paterno-filial impregna de sentimientos la historia contada, en un afán por redescubrir la figura del padre. Este es el excelente y expresivo inicio de la obra:

Recuerdo aquel día de mayo. También la hora. Eran las seis de la tarde y el sol se agachaba, al igual que la vida de mi padre. Al día siguiente el sol volvió a salir, a diferencia de mi papá. Él tenía los ojos cerrados para siempre. Entonces yo tenía doce años y, aunque era solo un niño, tenía suficiente consciencia para saber lo que estaba sucediendo. Llevaba puesto un pantalón embolsado y sujeto por tirantes.

Son frases escritas desde el recuerdo de la infancia, que evocan un rostro, una figura cercana, un retrato perdurable de una relación convertida en leyenda en su mun-

do interior; todo ello en un tiempo tan particular como universal (los dos, hijo y padre, narrador y personaje, carecen de nombre en la novela, como recurso narrativo intencional).

La discreción o el arte de desaparecer es un ensayo de Pierre Zaoui: “Hay muchas maneras indiscretas de mostrarse discreto: por miedo a la opinión pública, por sumisión a las reglas comunes de la buena educación, por prudencia, por astucia y cálculo, para realzar la propia imagen social, por refinamiento de su narcisismo”. También recordamos, en el cine, *El discreto encanto de la burguesía*, de Buñuel, y *La ventana indiscreta*, de Alfred Hitchcock.

En *In-Discreciones*, leemos: por su condición de militar en servicio activo, el coronel Ampudia se mantuvo discreto y distante a cualquier indagación directa sobre su hija Paola Fuentes. Ese “discreto” encanto continúa hoy asentado sobre un conjunto de hipocresías y apariencias. Ese mundo de formas ordenadas no escapa a la ironía crítica de nuestro autor, que se complace en mostrar su reverso. La intención es evidente: el ámbito de las apariencias es frágil y se deteriora fácilmente, lo esteriliza todo, hasta la pasión. Resulta claro en la novela: bajo el culto a las apariencias, se ocultan las más diversas miserias morales.

Al final de esta excelente novela, vuelta al padre, con el brillo de un sensible y deslumbrante lenguaje poético: Siento en mi rostro la brisa que entra por la ventana de mi cuarto cargado de recuerdos y objetos que me transportan a aquellos tiempos cuando veía a mi padre. Sus sueños se iban apagando al ritmo del dolor de su ya cansado cuerpo.

**EL DESARRAIGO, UNA HERIDA
QUE NO CICATRIZA**

“El Retorno”, de Aquiles Jimbo Córdova

Despertó y entonces se incorporó para continuar el camino. José Alfredo se aferró a las piedras calcinadas y siguió por el camino polvoriento hacia casa. Llegó por fin a la hacienda La Esperanza. Su casa yacía muerta entre escombros podridos sobre el suelo y no había nada más, solo el sol arrugado de las tardes, los gallinazos expectantes y el viejo ceibo fiel. Hasta la brisa fresca se había perdido.

Corren los años sesenta del siglo pasado, en Zapotillo, provincia de Loja, cerca de la zona fronteriza con Perú. Una catastrófica sequía asola la región y obliga a la población a dispersarse por distintos sectores del país y del exterior. Los vecinos de Zapotillo, en su mayoría, se desplazaron a la región costanera, a la provincia de El Oro. José Alfredo Sánchez y su familia, “los Sánchez”, abandonando la hacienda “La Esperanza”, decidieron viajar hacia la ciudad de Loja. El fragmento anteriormente leído relata expresivamente el retorno a su antigua hacienda.

El fenómeno de la migración forma parte sustancial de la mitología universal y, por supuesto, ecuatoriana. Ha provocado una larga y casi interminable lista de estudios sociológicos y antropológicos, además de expresiones artísticas de diversa naturaleza. Pero siempre habrá una mirada distinta y ángulos de perspectiva insospechados que

aportarán nuevos elementos. Justamente, este es el caso de la novela de Aquiles Jimbo, *El Retorno*, con un enfoque novedoso y sugerente de la migración interna.

José Alfredo regresa solo y ciego. Ha perdido la vista como consecuencia de una golpiza en la cárcel, apresado injustamente. Su mujer y sus dos hijos han fallecido durante la larga travesía migratoria. A punto de morir, sus últimos pensamientos son para su mujer y sus dos hijos, su familia:

El ciego quería llorar, pero sus fibras secas no respondieron. Pensó en Vilma y en sus dos hijos. Se arrastró hacia el ceibo, se incorporó entre las grietas de sus raíces mudas. Finalmente, miró sus campos con los ojos del alma. Pensó en Vilma y sonrió con amargura.

Culturalmente, nuestro tiempo es el de la “modernidad líquida”, como categoría sociológica. La metáfora de la liquidez –propuesta por Bauman– se refiere a lo precario de los vínculos humanos en una sociedad individualista, marcada por el carácter transitorio y fugaz de sus relaciones. Incluso el amor se hace flotante, inestable, sin responsabilidad hacia el otro, “líquido” como opuesto a lo sólido o lo estable.

Efectivamente, el “amor líquido” es la manifestación de la independencia personal y para ello es necesario que el amor sea “descartable”, que se pueda prescindir de él en cualquier circunstancia, sin complicaciones. Los afectos son una mercancía que hay como comprar, usar y descartar.

Pero no siempre es así. En el contexto migratorio de la novela de Aquiles Jimbo, están aquellos para quienes su

aventura fue siempre una constante lucha por construir un mundo sólido centrado en los afectos y en la reconstrucción del entorno familiar. *El Retorno* desarrolla unos personajes y una historia de esta naturaleza:

Vilma, el gran amor de José Alfredo y la dama de la casa, parece tener acero en los huesos, resortes en los pies, el mar en los ojos y el cielo en la sonrisa.

Justamente esta dimensión es la que permite proyectar la historia de Aquiles Jimbo hacia nuestra época: familias enteras son actualmente migrantes obligados por las condiciones económicas y sociales de sus países originarios, e impulsados por “mejores” condiciones de vida en otros lugares.

El desarraigo, una herida que no cicatriza

El libro se desarrolla a partir de la desasosegante realidad de los que tuvieron que dejar sus tierras y hogares, ante una sequía causada por la descontrolada tala de bosques. Y con ello, el desarraigo, esa herida que jamás cicatriza:

Llegó el día de la partida. Sobre los lomos esqueléticos de un burro que pudo resistir la sequía, colocaron los espaldares de una cama de hierro forjado –herencia patriarcal de la familia-, varias cobijas, dos ollas de aluminio, una sartén y un balde. Así partieron en la madrugada del día más largo, más amargo y más triste que se puede recordar. Sin mirar hacia atrás, porque en latidos deshechos, el corazón se treparía a los ojos y tendrían que llorar gotas de polvo.

Porque eso es el desarraigo: la pérdida de las raíces sociales, culturales y familiares, lo que afecta profundamente la identidad personal, ahora revestida con un sentimiento de extrañamiento. Un desarraigo que repercute, a veces intensamente, en la vida emocional de las personas y los grupos sociales. La novela lo resume expresivamente así: nadie se atrevió a mirar hacia atrás, el corazón ya estaba seco y duro. Pero el desarraigo es un desgarrón, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y nunca se abre. El retorno, con lo que concluye la historia de José Alfredo, por su parte, es descubrir que el tiempo no ha pasado impunemente, y que tanto si se vuelve como si no se vuelve, jamás dejará de sentir el desarraigo.

Una mirada social

Alrededor de la historia central de “los Sánchez” se organizan multiplicidad de temas representados desde la óptica de crítica social que caracteriza toda la obra de Aquiles Jimbo.

El capataz de la hacienda Valle Hermoso, en Cangonamá a donde llega la familia del protagonista en busca de ayuda, se dirige a José Alfredo en estos términos:

Desde este momento te haces cargo del ganado y de los potreros; recibirás dos sueres de sueldo; si en un mes no veo resultados alentadores, te mandaré a arar la tierra y por cada cabeza que se pierda o se muera, serás descontado de tu sueldo y si el patrón lo decide, irás al cepo a recibir tu merecido; eso para que aprendas a ser hombre honrado y responsable.

El sistema educativo también recibe la mirada crítica de nuestro autor:

La hacienda Valle Hermoso no tenía escuela, mucho menos un profesor. El señor de la hacienda decía que las gentes no debían perder el tiempo acudiendo a las aulas, porque si aprenden a leer, les llegaría el bicho de la insubordinación, se tornarían insolentes y reclamarían derechos; por ello, tan solo deberían permanecer en los campos haciendo producir la tierra y obedeciendo las órdenes del patrón.

Aquiles Jimbo, a través de sus personajes, alza su voz contra la educación represiva. En ello está implícita la idea de recuperar el sentido de una educación del ser humano en lo humano. Es decir, una educación humanista.

El mensaje ecológico asimismo está presente

Dice el abuelo: Nos estamos acabando, a la montaña la están rozando y prendiendo fuego, todo se hace ceniza, las faldas de la cordillera se están quedando peladas; el bosque ya no es bosque, el cerro ya no es cerro, a los peces del río los matan con barbasco. Nos estamos suicidando y por eso me duele el alma. Estamos confundidos, la ignorancia nos cargará al infierno.

No hay mejor manera de expresar una ética ambiental. Para nuestro autor, la educación ecológica relaciona al hombre con su entorno y busca un cambio de actitud, una toma de conciencia sobre la importancia de conservar la naturaleza para el futuro y para mejorar la calidad de vida.

Una conciencia solidaria

Nos queda, al final, a través del espacio narrativo recorrido por José Alfredo Sánchez, su mujer y sus hijos, la revalorización de la categoría de “migrante” como una construcción sensible y afectiva. La obra de Aquiles Jimbo cuenta con un contenido profundamente dramático que llega a conmovernos por su humanismo, por esa lucha incansable que realizan los protagonistas.

Justamente, uno de los valores que se desprende de esta narración es la urgente necesidad de que las nuevas generaciones sean educadas en una conciencia solidaria. La persona solidaria sabe que la propia satisfacción no puede construirse de espaldas al bienestar colectivo.

“Aguajes y sequías”, de Silvia Pérez Loose

1. Desde los orígenes, el relato

No resulta exagerado afirmar que nuestro mundo y su historia va construyéndose a modo de relato. Los narradores han contribuido significativamente a base de contar historias -reales o de ficción- para la constitución y desarrollo de las culturas.

Pero resulta que la tarea de relatar no es sólo asunto de la literatura. También el periodismo, especialmente a través del reportaje, maneja excelentemente el arte de contar historias. Novela como reportaje o reportaje como novela, el caso más representativo es, sin lugar a dudas Truman Capote con su emblemática “A sangre fría”, estructurada como si fuera un reportaje periodístico.

Justamente, Isabel Pérez Loose, de quien presentamos hoy su volumen de relatos *Aguajes y sequías*, es nieta de Ismael Pérez Pazmiño, fundador de “El Universo”. Y aunque ella no haya orientado su trayectoria profesional íntegramente por los caminos del periodismo (pero sí articulista en periódicos y revistas), no hay duda que en sus genes se encuentra esa huella, y por tanto, en las narraciones del libro que nos ocupa.

2. Las contradicciones de la vida

El título suele ser la primera puerta de entrada para la aproximación a una obra literaria. Así que vamos con *Aguajes y sequías*. “Aguajes”: corriente impetuosa de las aguas del mar, subida fuerte de la marea; pero también vocablo que encierra una amenaza, un peligro. “Sequía”: falta de agua o lluvia durante un largo período; pero igualmente sensación de vacío y de espera, hasta otro aguaje. Así pues, *Aguajes y sequías* es una expresión contradictoria y metafórica, aunque en cierto modo explícita: las contradicciones de la vida. Será porque la misma vida es así. Por tiempos se desborda, por otros se vuelve adusta, como dice la autora en su introducción. En el relato “La casa que está junto al mar”, leemos:

Desde el segundo piso escucho las olas furiosas de esa puntilla que es la antítesis del mar que tengo a mis espaldas: resignado a la calma, generoso con los bañistas. El mar de Chipipe es el temperamento afable de Poseidón, el otro, por el contrario, refleja la furia y el deseo de venganza que sigue sintiendo Ulises. La bruma me acerca por ambos extremos: el mal calmo y el mar bravo.

Silvia Pérez proyecta esta expresión metafórica sobre su propio país y reconoce que tal vez la geografía ecuatoriana (sierra y costa) podría simbolizar las dicotomías que a veces lo caracterizan, y que dividen y unen simultáneamente las vidas de los ecuatorianos. Hay tiempo del aguaje y tiempo del desborde. Un país, en suma, entre el aguaje y la sequía.

Es la dimensión social de las contradicciones entre las que se desenvuelven nuestras vidas. Karl Popper llegó a decir que vivimos en el mejor mundo posible. Tal vez

sea cierto, pero lo cuestionable de esa afirmación es que puede transformarse en una ofensa para las víctimas de las crueldades humanas de nuestro tiempo. Fernando Savater ha hablado de estas cosas al referirse a la idea de progreso. Según el filósofo español, hay realidades tan espeluznantes que no nos atrevemos a utilizar la palabra “progreso”.

Pero los agujajes y las sequías en la narrativa de Silvia Pérez se proyectan preferentemente sobre cuestiones existenciales, hacia la parte más íntima y cotidiana de los seres humanos. En “Sordera emocional”:

De un tiempo para acá tengo fobia al sonido del teléfono convencional, al del celular e incluso al del golpe de la puerta. Al primer timbrado del teléfono me pongo tensa y los nervios que se concentran en la boca del estómago se alteran de inmediato. Nunca se sabe qué te dirán en la llamada, quién estará tras la puerta. Qué tipo de mensajero y mensaje, es una expectativa pavorosa. No estoy segura si es el sonido en sí o la incertidumbre lo que me perturba.

Son las contradicciones en el terreno de la comunicación actual. Pese al desarrollo en este punto, nuestro mundo y nuestras vidas comienzan a ser verdaderamente inquietantes. En otro fragmento del mismo relato:

Luego pienso que si es algo importante llamarán al celular, y tendré que resistir ese sonido, el cual, pese a ser diferente al otro, me causa el mismo malestar.

Como veremos más adelante, los celulares se convierten en una amenaza, y de hecho cada vez uno está más solo, como la protagonista. Los progresos técnicos siempre están acompañados de temor. El progreso ya no es

una esperanza para el ser humano, es un hábito desgastado por el uso.

3. Una mirada a la vida cotidiana

La mirada narrativa de Silvia Pérez es, de hecho, una mirada sobre la vida cotidiana, lo que incluye experiencias personales y la elección de determinadas parcelas de la realidad. Contemplado en su conjunto, *Aguajes y sequías* es una reflexión sobre la existencia del día a día:

Me encanta mirar a los vendedores de pescado, la destreza con el cuchillo, como un cirujano manejando el bisturí. Luego están los puestos de fruta, apilados. Un universo de colores y sabores. Las rebajas, la yapa, fingir que no te interesa para que el vendedor te llame de vuelta y empezar a negociar nuevamente. (“Siempre me han fascinado los mercados”)

Los mercados como el espacio más apropiado para reflejar la vida espontánea y auténtica, liberada de todos los convencionalismos que a veces acosan al narrador angustiosamente:

Quien sea el que esté llamando. ¿Quién tiene el derecho a sacarme de un estado de muerte pasajera, como es el sueño, a una realidad que la vivo más por obligación ineludible que por elección?

Son aproximaciones a la vida y su cotidianidad con las que Silvia Pérez construye su propia visión de la realidad. Narrar a partir de la conciencia de la vida diaria. Por eso, este volumen puede entenderse como una especie de archivo diario en el que se registran sucesos sin ningún tipo de espectacularidad, lo pequeño, lo aparentemente insignificante:

En la chulla ventana de mi oficina me asomo de cuando en cuando y el paisaje que se ve es un cordel de ropa tendida. Mi jefa me busca para que revise sus escritos y ponga el punto y coma donde debería ir. (“Ficciones cotidianas”)

Pero a poco que se profundice la lectura, se verá que el texto trasciende la anécdota. La individualidad es sólo aparente, enseguida un lector atento descubrirá el “nosotros”, la dimensión social de su narrativa en esa diversidad de fragmentos de vida. Porque Silvia sabe que narrar la vida es algo que nos compete a todos. *Aguajes y sequías*, de alguna forma, nos invita a intercambiar experiencias y reconocernos mutuamente. Justamente, este espacio de intercambio es el conjunto de estos relatos, definitivamente un lugar creador de vínculos:

Por primera vez iba a Nueva York. El tren iba abarrotado y me preocupaba no encontrar un lugar apropiado en el que se pose mi mirada. Las mujeres ejecutivas clavaban sus ojos en sus teléfonos inteligentes, los niños miraban al vacío y los mendigos dormían con la boca entreabierta. En una de las estaciones se embarcaron tres otavaleños, y tocaban esa triste música andina, me emocioné un poco, quise sacarles una foto, pero luego me dio un poco de vergüenza (“Por primera vez”).

4. Las redes sociales y los sentimientos

Incuestionablemente, vivimos tiempos de tecnologías y redes sociales. Están presente a todas horas, en todos los lugares e invaden la intimidad de la mayoría de los seres humanos. Listas interminables de amigos, pero, realmente, en muchísimos casos, enmascaran problemas de soledad y anonimato de nuestra sociedad actual. Se nos infor-

ma sobre un proyecto actual que incluye las capturas de pantallas de infinidad de contactos (desde amigos de toda la vida, hasta personas desconocidas y agregadas al azar). Son como retratos anónimos, casi como fotos de archivo. Alguien ha utilizado este proyecto como una parodia de las relaciones actuales a través de las redes sociales.

De toda esta situación se hace eco Silvia Pérez: dentro del nivel cotidiano, son constantes las referencias, a lo largo de todo el libro, a las nuevas tecnologías de comunicación y, en especial, a celulares y redes sociales. Una de ellas, en el último de los relatos de *Aguajes y sequía*:

Desde que mi hermana me regaló esa Tablet, fue como un juguete nuevo, sensación que no experimentaba hace mucho tiempo, no dejaba de manipularla. Todas las mañanas desde mi cama, tomando un café revisaba mis correos, ojeaba el Facebook, algunas cosas estúpidas, obvias y trilladas, mirar amigas o conocidas fatuas que pasando un día o dos cambiaban sus fotos de perfil en poses supuestamente extravagantes (un poco triste para mujeres que rodeamos los 50). Pero igual seguía revisándolo día a día pensando a la vez que no quería intoxicarme con él.

Sin embargo, la cuestión va más allá de la soledad y la sensación de anonimato. ¿Realmente es posible que la influencia de las redes sociales esté modificando sensiblemente las relaciones interpersonales? Para algunos no hay duda alguna de que Facebook o Twitter están transformado los afectos y los sentimientos. Como se ha dicho, “Facebook es algo esquizoide como la realidad social del momento. Creo, que por un lado intenta mantener y proyectar una imagen de alto nivel de privacidad, pero por otro pretende que les ofrezcas todo lo tuyo sin condiciones”. En otro relato de Silvia Pérez:

Hoy es miércoles, mañana no me excusaré del karaoke, ya sé que voy a cantar y ya tengo preparado el comentario ácido sobre las últimas noticias. Comeré unos patacones y seguiré subiendo fotos de mis amigos al Facebook, así quedará públicamente expuesto que mi vida social no es tan patética aún, que todavía pertenezco a una “horda” civilizada incluso en tiempos caóticos (“Darwin y el karaoke”).

Ante la lectura de este fragmento y de otros similares a lo largo del volumen, nos preguntamos: ¿se concede más atención a esa especie de comunidad virtual (y en consecuencia, efímera e incorpórea), que circula actualmente por las redes sociales, que a cualquier cuestión verdaderamente real de la vida? Esa acumulación de “me gusta” de Facebook, esa necesidad de ser visto o vista a cada instante, es abrumadoramente inquietante. Es como si la autora se preguntase a sí misma: ¿ese mundo virtual nos hace sentir más seguros o, por el contrario, pone al descubierto nuestra insoportable soledad y nuestro aislamiento casi inhumano? Momentos interminables, casi infinitos, haciendo clic. Como dice Olivia Laing, “pensando con los dedos”.

5. Búsqueda de la felicidad

Leemos, prácticamente en la primera página del libro:

Aristóteles decía que el centro de la felicidad es el Equilibrio. Así que estamos muy lejos de ese concepto de felicidad porque entre el aguaje y la sequía no hay punto medio, no hay tregua. Tenemos que inventar un concepto de felicidad que surja desde esos dos extremos.

El tema de la búsqueda de la felicidad atraviesa los relatos de la obra de Silvia Pérez, y ante la imposibilidad de encontrarla en la idea aristotélica de “equilibrio”, sus personajes –la autora- permanecen a la espera de un gran acontecimiento que nunca llega. Leemos en *Mi mejor amiga*:

“Claro que no era feliz, pero no por ser gay sino porque era un ser humano como yo, que tampoco podía decir que era feliz, como mi marido que tampoco sería capaz de decir que era feliz”.

La felicidad, parece que nuestra modernidad la caracteriza como inalcanzable. Mientras que los antiguos tenían a Epicuro, para quien la felicidad podía encontrarse a la vuelta de la esquina, en las pequeñas cosas la vida diaria. Y no solamente en el placer como frecuentemente se ha interpretado el pensamiento filosófico de Epicuro. Leamos, si no, sus propias palabras: “estoy dispuesto, si dispongo de un poco de agua y un poco de pan, a rivalizar en felicidad con el mismo Zeus”.

Claro que no todos tienen las mismas miradas sobre la importancia de los pequeños placeres que nos ofrece la existencia. Así, estas irónicas palabras de Groucho Marx: “Hijo mío, la felicidad está hecha de pequeñas cosas: un pequeño yate, una pequeña fortuna...”.

“La idea de felicidad como algo que llega sin más es incorrecta”, nos dice Hervás. Implica tener metas importantes, y esfuerzo. Esos aspectos trascendentes no faltan en los personajes de Silvia Pérez:

Cuando regresé a Nueva York, asistí a una exposición temporal de Frida Kahlo, muy cerca de mi hotelito de piso de madera. A la entrada no pude evitar observar una foto de Frida y leer la siguiente cita: “Tan absurdo y fugaz es nuestro paso por el mundo, que solo me deja tranquila el saber que he sido auténtica, que he logrado ser lo más parecido a mí misma que he podido”.

El arte, la cultura, los libros y la literatura, acompañan constantemente las mejores reflexiones a lo largo de todo el volumen. A propósito, en una ocasión, le preguntaron a Bertrand Russell: “Si le dieran a escoger entre saber más o ser feliz, ¿qué preferiría?”. Y Russell respondió: “Es extraño, pero preferiría seguir aprendiendo”.

Savater anota que, por muy atractiva que parezca la idea, no deja de ser terriblemente inquietante, porque ¿quién de nosotros, para evitar el sufrimiento (el que puede ocasionar el mismo hecho de existir), aceptaría vivir anestesiado? (en este caso, refugiado tras el saber). Silvia Pérez no se oculta, leemos en “Maquillajes y etcétera”: “hoy no sé qué ponerme en los ojos para maquillar mi soledad”.

Insondable cuestión lo de la búsqueda de la felicidad. Nuestra autora lo plantea, finalmente, en estos términos:

Los seres humanos de hoy debemos librar batallas complejas, emocionales, existenciales, económicas, sociales. El saber discernir en qué momento dejarse llevar por la corriente y en qué momento nadar contra ella, puede que en esta elección encontremos nuestra propia respuesta a nuestra propia pregunta: ¿Qué es la felicidad?

Aprende a flotar

En la narrativa de este volumen de cuentos encontramos la madurez expresiva de quien, sin embargo, no tiene aún una dilatada trayectoria literaria. Sus próximas publicaciones deben confirmarlo.

Madurez también en su posición existencial. Para Silvia Pérez ni la sequía ni el aguaje son buenos o malos, perversos o bondadosos, son las situaciones. Nos asegura que durante el aguaje hay que aprender a flotar, a resistir; durante la sequía nos sostiene la certeza de que nada es para siempre. Para encontrar el sentido de la felicidad, tal vez sirva saber dejarse llevar por la corriente en ocasiones y en otras nadar contra corriente. Pero ¿cómo hacerlo? La autora se limita a plantear caminos, que sea el lector quien lo resuelva.

Pensamos que, efectivamente, el escritor no es un especialista para ofrecer soluciones ni simplificar los problemas; su expresión literaria debe aspirar a representar lo que aparentemente está oculto, lo que pasa por debajo de la realidad. “Nos muestra la realidad en su irregularidad, nos revela las contradicciones y oposiciones de cada ser humano consigo mismo y con el mundo que le rodea”, en palabras de Octavio Paz.

En último término, un libro abierto a la esperanza: Pero como dije antes ya no podía llorar, me había vuelto como uno de esos inviernos secos (...) No quería desgastarme peleando con la vida (...). Si fuera posible intentaría que se produzca un interno fenómeno del niño.

¿Y si concluimos con el epígrafe con que Silvia Pérez inicia su libro? La cita es de Saint-Exupéry:

Lo que embellece el desierto es que en alguna parte
esconde un pozo de agua.

ENRIQUE DÁVILA - COBOS
RELATOS

La reconstrucción de la propia vida

Relatos sobre la vida del propio autor, con elementos importantes de su existencia: el nacimiento y su entorno familiar, experiencias personales significativas o de una época, viajes y personajes relevantes de la infancia o del pasado. En conjunto, prevalece la figura del “yo”, como el auténtico protagonista de la historia que se relata. Es decir, una plena autobiografía. En palabras de Pola Mingon, ensayista francesa, quien escribe el prólogo del libro:

comparte anécdotas muy fuertes, el desgarrador relato de la muerte de su esposa, los días felices de las muestras de arte, y las tertulias con grandes maestros, como el artista Oswaldo Guayasamín. Era como el inicio de un sueño. Una fuga, mediante la literatura, hacia un pasado colmado de arte, observaciones e imaginación profusa.

La lectura del libro de Dávila-Cobos nos deja la impresión de la dificultad de atreverse a contar la reconstrucción de la vida propia, porque tal aventura implica seleccionar, tomar decisiones sobre qué episodios biográficos representar y cuáles de los recordados suprimir.

Esto, a su vez, supone distinguir qué acontecimientos han sido más decisivos en nuestra existencia. Así, su en-

cuentro con París, lugar emblemático de sus experiencias artísticas y culturales:

En el Barrio Latino y en Montmartre la persistencia de aquellos espacios ha hecho de París una ciudad de contrastes, única y magnífica, repleta de leyendas, detenida en el tiempo y muy contemporánea a la vez

El texto recorre de 2019 a 1955, en un extenso flashback, hasta su nacimiento y su infancia; en retrospectiva, un extenso conjunto de experiencias archivadas en su memoria. Todos los relatos están contruidos desde las experiencias personales (sean biográficas, esotéricas, artísticas o culturales) del personaje Enrique:

Carmen expiró en los brazos de su hijo Bernardo, quien hubiera dado en ese instante su vida por la de ella. Enrique presenció la terrible escena sintiendo que el mediodía se hundía en la noche más oscura...

Fragmentos esencialmente personales, biográficos que, sin embargo, se fusionan en la narración con otros de clara atmósfera irreal:

la niebla, en las noches, cerca del Sena suele ser muy densa, pero su espesura esta vez era particularmente intensa y fantasmal. Asombrados, apenas alcanzaban a distinguir tenues siluetas de lo que podrían ser carrozas haladas por caballos, flotando entre la niebla...

Entramos de lleno entonces en uno de los problemas centrales de la autobiografía: establecer el límite entre la

verdad y la ficción de lo que se nos cuenta. En una obra de excelente nivel literario, como la que comentamos, no hay límites precisos entre realidad y ficción, entre lo onírico y la vigilia:

Los lugareños son personas de mirada sagaz y desconfiada; vestidos de líquenes, lana y musgo; montañeses de existencia frugal que, en las noches en sus chocitas, acurrucados alrededor de un fuego, han escuchado a sus ancianos, desde siempre, contar mitos e historias de soledad, ambientadas entre senderos lodosos, ventisca y pajonal.

“La última oportunidad de volver a ganar lo que se ha perdido”

Se pueden adoptar diferentes modos de escribir la autobiografía, según la intención o finalidad. El texto recorre más de sesenta años, en retroceso, un extenso conjunto de experiencias archivadas en la memoria del personaje-autor. Solo este recurso narrativo, que el relato comience en París y finalice en Cuenca, pone de relieve el nivel ficcional de la obra, ya que, por el contrario, la vida transcurre linealmente, hacia adelante.

El lector esperaría una narración en primera persona, puesto que se trata de una autobiografía. Pues no, se cuenta en tercera persona, es otro personaje el que nos relata la vida de Enrique Dávila-Cobos, como comprobaremos al final:

jamás se le ocurrió suponer que yo, Baltazar, su querido amigo de esa infancia fantasiosa y tan lejana, era quien cada noche despertaba en su inconsciente y tomaba las vivencias de su memoria, y le dictaba cada párrafo que él soñaba escribir o escribía soñando.

Narrar su propia vida en tercera persona parece ser un recordatorio de que aquello que se vivió ya no nos pertenece. Puede ser el pasado de otro, y aparentemente lo es, pero todo sucede en su mundo interior. Como si fuese la

última oportunidad de recuperar lo perdido a través de la escritura. Nuestro autor no hace un recuento del pasado, él lo vive nuevamente, los sufrimientos y las alegrías, las revive en carne propia:

La larga agonía de Carmen, el dolor, la angustia y hasta algunos recuerdos sombríos habían hecho de las lágrimas polvo y ese polvo seco de aflicción volaba fácilmente con cualquier ventisca traicionera que, con ladinos alardes, en ese momento anunciaba lo más sombrío de la existencia, su amarga levedad.

Además, está el lector. Afirmaba Joseph Conrad: “La mitad del libro es cosa mía. La otra mitad, del lector”. La voz narrativa, entonces, no es Enrique pero está dentro de él, todo se narra desde sus ojos y su conciencia o inconsciente. Esto permite una especie de desdoblamiento y, en consecuencia, cierto distanciamiento a pesar del nivel autobiográfico: *frente a sus ojos se había apagado la vida de su esposa.*

El desdoblamiento está presente en el libro de Enrique, entendido como la capacidad de separar el alma o espíritu del cuerpo físico. Pese a ese distanciamiento, en otros párrafos la madre será recuperada por la sensibilidad infantil:

En las noches, después de que su madre lo acostaba, Enrique, gozaba de momentos profundamente mágicos cuando la realidad, por la oscuridad, se transformaba y los objetos pasaban a ser entidades irreconocibles y fabulosas.

El mundo esotérico, un camino interior

Autobiografía y esoterismo. La otra línea que atraviesa desde la primera a la última línea del libro de Enrique Dávila-Cobos. Posiblemente desde el éxito del libro de Dan Brown *El Código Da Vinci*, se registra un creciente interés por La Cábala, la astrología, la numerología, el ocultismo, es decir, por el esoterismo. Ahora bien, ¿qué entendemos exactamente bajo este término tan genérico y cuál es el origen de esta palabra en sí misma un tanto enigmática?

La palabra *esoterismo* es de hecho una palabra que cubre cosas similares y también dispares. Debemos comenzar por distinguir el adjetivo “esotérico” del sustantivo “esoterismo”. El adjetivo es anterior y proviene del griego “esôtirokos”, que significa “ir hacia adentro”. En sentido etimológico, podemos decir que es una especie de camino interior. Mientras que “esoterismo” podemos entenderlo como una corriente de pensamiento que surge aproximadamente en el siglo XIX.

En Dávila-Cobos, además igualmente podemos hablar del esoterismo como una “mirada” más que como una doctrina. En su libro es el lugar central de la imaginación como mediación entre el hombre y el mundo, es a través de una expresión simbólica como se esfuerza por profundizar en la realidad:

En las ciencias ocultas, donde quizás podría esperar alguna guía para entender esos viejos misterios que desde hace más de sesenta años lo inquietan, o en algún texto cifrado entre las piedras talladas de las plazas.

No deja de ser sorprendente la amplia influencia que doctrinas como la teosofía, la alquimia, la cábala o el ocultismo han ejercido sobre muchos artistas plásticos del siglo XX, con teorías y conceptos que han repercutido en sus obras. Sin embargo, la relación entre arte y esoterismo ha sido un asunto marginado durante largo tiempo en las letras nacionales, e incluso, aunque en menor escala, en las expresiones artísticas. *Dávila-Cobos Relatos* viene a cubrir, en cierto modo, este vacío con cuadros muy personales y llenos de originalidad: así, “Bodegón con pies”, 1999, su primer dibujo de automatismo.

Y en lo que se refiere a la narrativa esotérica, la propia escritura está asociada desde sus orígenes a un poder mágico increíble, el poder ritual de la palabra, nombrar, como en el chamanismo. La literatura es capaz de regresar la condición esotérica de la letra, la obsesión por lo inexplicable del lenguaje. En uno de los relatos de Enrique leemos:

saberes herméticos y milenarios. bálsamos de procedencia alquímica para inducir estados de calma y clarividencia, y brindar fortaleza ante las calamidades. Aquellos místicos le habían asegurado que esos bálsamos eran fórmulas mágicas antiguísimas elaboradas en templos que, aunque ocultos por la niebla, se los podría hallar en las altas montañas del Himalaya o en las selvas de la lejana India.

Es la atracción de nuestro autor por lo inexplicable y lo desconocido, presente prácticamente en los nueve relatos del volumen; incluso, cuando reconstruye su memoria, con episodios y atmósferas muy cercanas al realismo mágico. Como cuando relata y describe ese pueblito costane-

ro llamado Pasaje, donde su familia se instaló por largas temporadas acompañando a su padre que era director de un hospital militar:

Aguaceros torrenciales que duraban varios meses. Los caminos y las veredas desaparecían. Podía verse peces nadando por esas calles anegadas; cangrejos arremolinados alrededor de las pilastras de las casas y miles de descomunales insectos invadiendo las viviendas. Sapos y ranas saltaban desde los rincones menos esperados.

La conexión con García Márquez y Macondo la señala el propio autor, esa visión fantástica y mítica de los elementos más cotidianos y comunes:

Pasaje en mil novecientos cincuenta y siete no era diferente del Macondo de García Márquez: una minúscula locomotora a vapor atravesaba el poblado halando trabajosamente cinco pequeños vagones rebosantes de banano y otras frutas cosechadas en las plantaciones del «Rico Encalada». Asomaba un minúsculo y fascinante autito italiano, rojo, de tres ruedas, dos asientos y cubierto por una burbuja de cristal.

Figuraciones como surgidas de los parajes más oscuros de nuestra mente las encontramos constantemente en la obra de Enrique:

En medio de esa selva de palmeras y arbustos, algunos de hojas enormes, se podía divisar una casita de caña y palma en la que habitaba una anciana corpulenta, negra y bonachona. Ella decía llamarse, María de la Santísima

Señora del Mar. Sus cuentos eran narrados en un dialecto que parecía ser una mezcla de un mal español y un antiguo bantú, heredado de sus antepasados africanos.

Hay una poderosa raíz irracionalista en la cultura moderna, cuyo sentido es el de cierta resistencia al realismo. Con la mítica y poderosa fuerza de la palabra, *las cenizas volverán a ser en espacios distantes polvo de estrellas, buscando antiguas huellas en algún apartado pajonal...*

La Cábala y el ocultismo

No son escasos los autores cuyas obras en parte se orientan como instrumentos de conexión con otros niveles cognitivos, con realidades paralelas o con formas de conocimiento escasamente transitadas. Artistas que profundizan en esa fascinación por lo oculto, una apertura a lo enigmático y las imágenes simbólicas. Dávila-Cobos es uno de ellos:

Ha intentado entender y develar el mundo de lo desconocido, así como sus significaciones y simbolismos profundos. Buscando en el ocultismo lo más hermético de la magia y de esos rituales encriptados desde tiempos remotos por sacerdotes de religiones y dioses olvidados.

Libros, artes plásticas, formatos audiovisuales demuestran que la búsqueda de una cierta trascendencia está en plena vigencia en nuestra cultura. La Cábala y el ocultismo en el foco de este empeño por sublimar el poder de la mente. Dávila-Cobos se considera no como un creyente, en rigor del término, pero sí un estudioso y artista de esa dimensión del conocimiento. Así, desde el primer

relato, nos presenta a París como el centro del mundo del ocultismo:

Ciudad magnífica e impredecible, repleta de gárgolas, gitanas, magos, adivinas. Museos parisinos con exposiciones de arte, literatura mística, mitología, brujería y chamanismo, que terminaron siendo inesperados acercamientos al ocultismo.

La Cábala no tiene ese único sentido esotérico o de ciencias ocultas que se le ha dado con el paso de los años. Además, para algunos escritores como Jacques Derrida creen que es una ayuda para interpretar la poesía y la misma narración: la técnica de la cábala es “reunir la tradición, recoger historias de ella y volverlas a contar y agregar nuevas, como una cadena que viene desde el siglo XIII hasta nuestros días”. “Cábala” en hebreo significa “tradición”.

Los relatos del libro se aproximan a esta estructura narrativa. Leemos en el libro de Enrique:

La Cábala, la Biblia y muchos otros libros místicos de diferentes culturas, han reconocido la existencia de las profecías que nunca fueron más que el conocimiento de los recuerdos del porvenir.

Y el personaje se pregunta: *¿Por qué no creer que las partículas del universo guardan valiosísima información grabada en sus estructuras? Y, ¿por qué no aceptar que la mente humana puede acceder a esos códigos mediante procesos intuitivos profundos?*

Según esto, más allá de las tendencias esotéricas, La Cábala es una forma de pensamiento que abre muchas posibilidades: expande, amplía el mundo. En época de crisis, se asegura, ofrece una visión consoladora, la de decir “hay una luz al final del túnel”. La Cábala se estudia en algunas universidades en la teoría de la recepción, que destaca el valor de la interpretación de cada lector.

Si volvemos a los relatos, el primero, en París, abre la puerta al misterio y al enigma en todos los demás. Aparece ya enigmático el cofre, centro de la trama narrativa y que no será abierto hasta en el último de esos relatos. Así se nos cuenta el inicio:

Surgía de entre la neblina una gitana pequeña y anciana de cabellos cenizos, evocaba a la célebre Esmeralda, gitana y parisina, de una novela de Víctor Hugo.. De uno de los enormes bolsillos de su vestido, extrajo un pequeño cofre muy antiguo de madera de palo santo, grabado con frases en sánscrito y símbolos hinduistas.

No está demás señalar que pensadores como Foucault, en *El Péndulo*, han representado el mundo esotérico. Por tanto, podemos ver el regreso (o más bien la permanencia) del esoterismo en nuestras sociedades modernas -según el filósofo- como un signo de la necesidad de la magia y lo irracional.

La recuperación de la infancia

Nos encontramos en el último relato, el noveno, con el epígrafe de “Un amigo imaginario y una maraña de colores” y, por lo tanto, el primer viaje: Pasaje, El Oro, año 1958. Los primeros años de la vida de Enrique, la infancia.

En una buena parte de ocasiones, “la infancia, con el paso del tiempo, se vuelve un período oscuro de nuestra vida. Nuestro principal aliado para llegar a ella, la memoria, nos suele fallar”.

Así era la mirada infantil de Enrique, el personaje:

Enrique Dávila-Cobos, desde los dos hasta los seis años, pasó la mayor parte del tiempo en un pueblito de la Costa, aunque intermitentemente regresaba a Cuenca con su familia. Esos cambios de paisaje y ambiente, y aquello de contrastar constantemente las enormes diferencias que existían entre Cuenca y Pasaje, quizás fue lo que hizo de él un refinado observador desde muy niño. A esa edad ya le gustaba mirar a los ojos de las personas y fijarse en el color de los iris de cada uno y los imaginaba de chocolate, de agua de mar, de hojas de palma o de medianoche, según sus matices.

Parece a simple vista que lo que podemos decir realmente de nuestra propia infancia es poco. Sin embargo, incluso con esas dificultades, como hace Dávila-Cobos, afrontamos nuestro pasado una y otra vez, vivimos en una permanente relación con nuestros recuerdos. Y, además, sean o no difusos, también como hace Enrique, luchamos por conservarlos al precio que sea, y lo hacemos de diversas maneras.

Surge, entonces, la pregunta acerca de quién es realmente el autor de la autobiografía que presentamos, si es el niño que vivió aquellos episodios en Pasaje. O si, por el contrario, tales experiencias traídas al presente no son más que los recuerdos de un adulto cuyos sentimientos por lo narrado han pasado por el filtro del tiempo, que modifica y da nuevas sensaciones y sentidos a la infancia:

Los gallos, la selva, las mujeres voluptuosas y esa desnudez de la gente se grabaron para siempre en su memoria.

Ya cerca del final de la trama, al lector se le hace necesario una vuelta al esoterismo, al ocultismo, para intentar descifrar el enigma del cofre del primer relato:

Enrique recordaría entre lágrimas toda su vida confundiendo sueños y realidades que, justo unos días antes de morir, su dulcísima abuela le había mostrado aquel cofre, ese que había soñado muchas noches durante toda su existencia. Ella ese día lo sostuvo entre sus manos mientras le decía:

«—Después de algo más de sesenta años este pequeño cofre te será entregado por una mujer ataviada con retazos de telas de cada una de sus mil vidas y en sus ojos verás los míos. Ahora recién, puedo abrirlo puesto que tengo la mirada transparente, mis manos han envejecido dando caricias y mi corazón te ama intensamente».

Y una vuelta, igualmente, a la autobiografía que se nos ofrece, situada más allá de la verdad o de la ficción, ya que se presenta más cercana a una obra de arte que a una investigación histórica. Por ello, al final del libro han aumentado las preguntas, no las respuestas. En una autobiografía siempre será posible preguntarse cuánto de lo escrito es verdad y cuánto es producto de la imaginación:

Jamás se le ocurrió suponer que yo, Baltazar, su querido amigo de esa infancia fantástica y tan lejana, era quien cada noche despertaba en su inconsciente y tomaba las vivencias de su memoria.

Un viaje simbólico

Desde la visión de un amigo imaginario de la infancia, en nueve apasionantes viajes en retrospectiva, se ofrece al lector un recorrido por la vida creativa del autor que abarca, aproximadamente, medio siglo.

No hay duda, el viaje es un símbolo fundamental a lo largo de todo el texto, cubre los nueve relatos. Viajes narrados desde una concepción espiritual, esotérica y artística de la realidad, narrando las etapas que nuestro protagonista debe cumplir: París, Budapest, New York, Toronto, Quito, Cuenca, Pasaje. Estos viajes son igualmente una búsqueda, un viaje interior.

“Viaje” viene del latín, “viaticum”. Un trayecto hacia el sentido de la existencia. En el lenguaje simbólico significa, que va de lo desconocido al descubrimiento y al conocimiento. Este tipo de viajes suele ser de naturaleza iniciática, representan los esfuerzos y los obstáculos con que tropieza el ser humano, y que deberán ser superados para lograr sus aspiraciones. Así se inicia el primer viaje, situado al final de la narración:

Hugo Enrique Dávila Cobos vio la luz el diecinueve de mayo de mil novecientos cincuenta y cinco a las diecinueve horas en la ciudad de Cuenca. Sus padres fueron Hugo e Inés. Al nacer miró dos ojos que lo observaban con una ternura tan inmensa que nunca pudo olvidarlos, eran los ojos de la madre de su madre: su abuela Adelina.

Viajes que le han permitido a nuestro autor situarse detrás de la realidad cotidiana, en otra realidad onírica e

imaginativa. Un viaje por distintas dimensiones espaciales y temporales:

Así y aquí, debería concluir este relato y yo, Baltazar, el amigo imaginado debería volver a hibernar en esas estancias eternas e inmateriales del reino de las ideas y de las utopías. Claro que quizás un día le cuente cómo se escribieron estos nueve relatos, pero eso será en una fecha muy distante, cuando él vuelva a imaginar mi existencia.

Con intenso tono poético finaliza la obra de Enrique Dávila-Cobos. Hago mías las palabras de Pola Migñon: “Él, en el texto, ni se etiqueta ni se muestra como el protagonista absoluto de lo narrado, aunque lo es”; “devela un inmenso amor por su familia, por sus amigos cercanos, por la humanidad toda y por el planeta”; “habiéndolo conocido, diría que Dávila-Cobos es un soñador incorregible”, “en Dávila-Cobos hay mucho de talento de poeta y de pintor”. Leamos el final de la obra:

Cae una pertinaz llovizna en Cuenca y cuentan los noticieros que llueve en París. Él tiene la extraña sensación de estar caminando en las dos ciudades al mismo tiempo, protegido por un paraguas marrón y una gabardina beige, bajo el brazo lleva dos libros y un antiguo disco de vinilo, son: Los trece relatos de Dávila Andrade; La casa tomada de Cortázar y el disco viene con la canción de Facundo Cabral No soy de aquí ni soy de allá. Entonando esta, Enrique Dávila-Cobos, no vislumbra un final, convencido de que las narraciones nunca comienzan ni terminan solo transcurren en los círculos del tiempo y regresan como ellas mismas o como parte de otras historias y de otros autores, a un lugar cualquiera y en cualquier época...

**RELATOS, INCONSCIENTE
Y PESADILLAS**

Hoy que estamos en una época editorial caracterizada por la publicación de series y trilogías, justamente es una trilogía de valores lo que define la vida del autor de quien presentamos una obra narrativa –Alejandro Izquierdo López y su volumen “Relatos, Inconsciente y Pesadillas”–, elementos tan trascendentes como educación, cultura y literatura. A ellos Alejandro ha entregado la mayor parte de su existencia.

Ante todo, Alejandro Izquierdo como educador. Porque la educación es sin duda el más humano y humanizador de todos los esfuerzos del hombre. Educar es creer que los hombres podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento.

Pese a ello, nuestra sociedad actual se empeña, por el deterioro sensible de la imagen y falta de estimación social hacia el educador, en situar a la actividad educativa en un plano casi de heroísmo. Por eso hay que recordar, cuantas veces sea necesario, que entre los elementos básicos que pueden señalarse para medir el desarrollo humanista de una sociedad, el primero, a mi juicio, es el trato y la consideración que se brinda a los educadores.

La educación, una mirada dirigida a los demás, a los otros. En los versos de un poeta de nuestro tiempo:

*Vive la vida. Vívela en la calle.
Y en el silencio de tu biblioteca.
Vívela con los demás, que son las únicas
pistas que tienes para conocerte.*

Justamente, en la docencia, la experiencia que le marcó definitivamente fue la relación con los estudiantes, la capacidad transformativa de la educación. Y como educador se muestra a lo largo de todo este volumen que ahora presentamos, tal vez el principal eje transversal de sus narraciones. En este sentido, de alguna manera, “Relatos, Inconsciente y Pesadillas” puede leerse como un auténtico y sentido homenaje a los maestros y educadores del país. Hay una frase que cierra el magnífico estudio introductorio de Jaime Idrovo Urigüen, y que nosotros la hemos utilizado justamente para el inicio de nuestro comentario: “crear escuelas es cerrar cárceles”.

Además y estrechamente fusionado con lo educativo, otros dos pilares sustentan los doce relatos que conforman este volumen: la vida social que sostiene al autor, y la visión cultural de las aportaciones de Freud, y especialmente Lacan, en torno a lo consciente y lo inconsciente en el campo del psicoanálisis.

Pero antes de referirnos a estos dos aspectos, siguiendo los bloques temáticos señalados acertadamente por Jaime Idrovo, ofrecemos un panorama de las narraciones.

En un primer grupo de relatos el lector encontrará los vínculos de afectividad que contribuyeron poderosamente a establecer la personalidad más íntima de nuestro autor. Entre ellos, “Luto en Gualaceo”, “El Niño es el Padre del Hombre” y “Llamarada”, plagados de evocaciones familiares. De una manera especial, resalta la imagen del padre en una doble dirección: el padre como proyección de ideales y el inexorable paso del tiempo sobre los seres queridos que nos son arrebatados irremediabilmente.

Un segundo grupo de narraciones constituidas por hechos y personajes de la segunda mitad del siglo XX (“Crónica de un linchamiento”, “La ruleta rusa en Bellavista”, “La metamorfosis del cuentero de Muisne”). Son textos literarios cuestionadores del mundo social en un trasfondo de hechos reales. El primero de los mencionados se desarrolla en Santa Ana, un villorrio muy cercano a la ciudad de Cuenca, y lo que ocurrió en la provincia del Azuay se repitió en otras comunidades del callejón interandino. Estos y otros relatos muestran claramente la capacidad investigativa de Alejandro Izquierdo.

Finaliza el volumen con el relato titulado “El túnel”, con una referencia a la obra del mismo título de Ernesto Sábato. La trama de la obra de Alejandro Izquierdo se conecta con el alcantarillado utilizado por la delincuencia en el suburbio guayaquileño, en un contexto de evidente aunque metafórica crítica social.

Un gesto de crítica social

El relato final del volumen nos permite conectarnos con uno de los dos pilares en que se apoya la esencia de la obra que comentamos: las visiones y reflexiones sociales. La literatura, a la luz de este libro, no es para Alejandro Izquierdo “un mero y solitario pasatiempo para los que escriben y para los que leen, sino ante todo un modo de influir en la realidad y de transformarla con las ficciones de la imaginación que en la realidad se inspiran” (Augusto Roa Bastos). Esas convicciones posicionan su trabajo literario como irrenunciable gesto de crítica social, y a nuestro autor como insobornable en la línea de escritor comprometido. Aunque la literatura actual transite, a veces, por tendencias y caminos totalmente distintos. Leemos en “Luto en Gualaceo”:

¿Por qué en el mundo existe la opulencia que se alimenta de la necesidad y la indigencia?

He pensado muchas veces, si a lo largo de una existencia entregada a la educación, a la docencia, a la literatura no nos habremos planteado una cuestión fundamental formulada en estos términos: si al escritor le es dada la capacidad para observar la realidad y hacerlo de manera diferente a los demás, resulta entonces innegable la responsabilidad, más allá de su propia estética, de dejar constancia con su expresión artística o literaria de su posición y de su mirada ante la realidad que observa.

La respuesta categóricamente es afirmativa en la escritura de Alejandro Izquierdo; basta con leer, por ejemplo, en “Crónicas de un linchamiento”, fragmentos así:

Los prejuicios, la xenofobia, la discriminación, la violencia, el femicidio, el odio, la corrupción de los gobiernos son flagelos de la humanidad.

En ese mismo relato, donde narra y analiza acontecimientos históricos de la década de los 60, concluye con esta frase de Trotsky: “*No hay que olvidar la historia porque hay el riesgo de repetirla*”.

Literatura y psicoanálisis

Y vamos con la otra vertiente de la narrativa de Alejandro Izquierdo: la psicoanalítica. En este punto, este volumen de relatos resulta ser un verdadero aporte en una dimensión poco atendida en las letras ecuatoriana, la re-

lación entre literatura y psicoanálisis. Como se nos dice en la contratapa del volumen:

los relatos reflejan la vida cotidiana inconsciente de algunos de sus personajes, los abismos de la personalidad humana que condicionan nuestra vida: olvidos, sueños, neurosis y obsesiones están regidos por oscuras regiones que se activan cuando se abren las compuertas de esos abismos y se muestran desnudos en nuestros sueños y pesadillas.

Freud, el gran explorador del lado más oscuro del ser humano, intentó descifrar cómo inscribimos en nuestro inconsciente, en nuestra subjetividad, la herencia de las ideas de la cultura. También el deseo como inherente a la condición humana más allá de la satisfacción de las necesidades. Incluso la cuestión de la identificación, tan propia del psicoanálisis, como observamos en “El niño es el padre del hombre”:

El niño se identifica, imaginariamente, con su padre, imagen ejemplar e íntegra de su yo que deviene en un yo ideal, que nunca es algo acabado, cristalizado: está construyéndose.

Pero en lo que tiene que ver con la obra de Alejandro Izquierdo, recomendamos, específicamente, la lectura del relato “El extraño caso de Clara”, que se abre con una cita de Jung, como epígrafe: *hasta que el inconsciente se haga consciente, el subconsciente seguirá dirigiendo tu vida, y tú lo llamarás destino.*

Realmente, la literatura no sólo consiste en el oficio de escribir o de leer, también encierra un componente de

deseos insatisfechos. En la misma obra leamos este fragmento sobre el amor:

El amor se edifica con mucha temeridad. En las faldas de los volcanes no es recomendable construir casas para el hortelano, porque las erupciones arrasan lo que es producto del quehacer humano. Nietzsche resume nuestras últimas líneas cuando sostiene que “hasta la mujer más dulce tiene un sabor amargo”.

En la marcha narrativa del relato nos encontramos con transiciones temporales a la manera de imágenes cinematográficas superpuestas, la sobreimpresión: *la noche deviene en día, la luz en sombras, el niño se transforma en hombre.*

Nos encontramos con elementos propios del lenguaje cinematográfico y resulta que el cine es el mejor instrumento para expresar el mundo de los sueños, de las emociones, del instinto. Lacan, por su parte, sostiene que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Así, el cine parece haber sido inventado expresamente para traducir la vida del subconsciente, para expresar las oscuras relaciones entre las cosas y los hombres, el amor y la sexualidad en su dimensión pasional.

Es totalmente lícito afirmar que el cine está modelado sobre el funcionamiento del proceso psíquico, como transcurren algunos relatos de la obra que comentamos. El inconsciente como parte de la visión integral del ser humano. Como si las imágenes liberadoras del inconsciente representasen la aspiración de alcanzar la realidad total, incluidos los sueños, la imaginación, el inconsciente.

Una estética para el paisaje comarcal

Brevemente, entre otros valores de la obra de Alejandro Izquierdo, sobresale la dimensión poética del paisaje y la naturaleza comarcal, aunque no faltan fragmentos de un paisaje desfigurado en nombre de un progreso que no siempre avanza hacia adelante. Con todo, se pone de relieve la dimensión lírica del lenguaje de nuestro escritor:

Bellavista es un paradisíaco girón andino tapizado con extensos cañaverales que surgen de su tierra. Frutales cuelgan de las verdes ramas, como ofrenda de un suelo generoso y fértil. Picachos que enmarcan este pintoresco pueblo que vive en el orden y la igualdad aparentes

(“La ruleta rusa en Bellavista”)

Inconformistas con las palabras

“Si nos acostumbramos a ser inconformistas con las palabras, acabaremos siendo inconformistas con los hechos”, asegura Emilio Lledó. “Ambas actitudes son formas de libertad. Y la libertad no admite conformismo alguno. Vivir, para los humanos, sobre todo en nuestros tiempos, ha sido siempre una sucesión de conformidades, de aceptaciones y de sumisiones”.

La pregunta brota espontánea: ¿cómo resistir en un mundo así? Pues no hay mejor respuesta que esfuerzos creativos y comprometidos con nuestras realidades, como los de Alejandro Izquierdo, quien se nos ofrece como escritor involucrado con su tiempo.

Ir más allá de la propia vida, estar en las otras vidas. Ahí es donde entra el escritor: “Debe darse cuenta de la realidad y hacer que se dé cuenta el lector. Es el texto que se vuelve grito sin olvidarse del acto creativo. Comunicar el malestar (Bianchi)”. El lector es su cómplice y al interrogante de cómo conectar con él, puede asegurarse que “no cayendo en la evasión, sino hablando de lo que nos afecta a todos, de lo que nos duele”, tal es el sentido de los relatos de Alejandro Izquierdo.

Más expresivo, si concluimos con unas palabras de nuestro escritor perteneciente al primero de los relatos, “Luto en Gualaceo”:

El agua y el tiempo son un caudal que marchan incesantemente en cascada inexorable.

La paradoja, la incertidumbre en el universo, en la sociedad, en el individuo. El hombre desguarnecido. La cultura, un dispositivo precario ante el huracán de lo telúrico. La trágica muerte de un familiar, Carlos Alberto, en el entorno de un fastuoso paisaje de su terruño. Brota en los escondrijos de mi memoria este añejo y vívido recuerdo. Un cielo preñado de lluvias activa una torrencial tempestad, baña la madre tierra al final del funeral.

El dolor es el núcleo de la vida. La felicidad es accidental y momentánea (...) Y las aguas, las flores y el tiempo siguen su inexorable curso.

Este relato, un canto a la familia. Finaliza con una cita de Marcel Proust, el célebre autor francés de “En busca del tiempo perdido”:

Todos los amores y todas las cosas evolucionan rápidamente hacia el adiós.

Sin embargo, por encima de esta cita, queremos destacar que en esta obra de Alejandro Izquierdo López, los relatos están sustentados en valores y conceptos sobre la dignidad humana, y que su trasfondo histórico nos demuestra que la historia nos obliga a permanecer siempre con los ojos abiertos.

05

Poesía

**EUGENIO MORENO HEREDIA,
REFERENTE POÉTICO PARA
LA LÍRICA CUENCANA**

La voz de Eugenio Moreno Heredia, su voz de camino dolido

La voz de Eugenio, su voz de camino dolido, o de humano dolor integral, tiene los temblores de la verdad. La poesía es otra manera, la más diáfana y transparente de la verdad. Qué clara y verdadera esta de Eugenio. “Seguro (...) el camino poético, íntimo y humano, de Eugenio Moreno Heredia: desde su mismo camino, hacia el camino de la humanidad (...)

(Rigoberto Cordero y León, 1962)

Llevaba poco tiempo en Cuenca, cuando conocí a Eugenio Moreno Heredia, entregado por completo a la poesía, y como uno de los más importantes integrantes del Grupo Elan, ese siempre vivo grupo generacional de la poesía cuencana. Las primeras lecturas de sus versos me dejaron la sensación de estar ante un poeta que trabajaba esforzadamente el lenguaje y que, a partir de ahí, construía una poesía capaz de fusionar el intimismo, lo personal y la sensibilidad social: *un humo gris dolido de fogón que agoniza / sube ahora de América Latina estremecida* (Hambre, 1989)

Hijo del gran poeta modernista Alfonso Moreno Mora, Eugenio, no solamente es el poeta de la ternura y el entorno natural, sino que la suya es una poesía -especialmente- reflexiva y meditativa, en la que se plantea el mundo

como problema social y algunos aspectos existenciales de la condición humana: *¿encontraste la “Tierra Prometida” / luego de la sequía y el desierto?* (Cuatro variaciones en torno a una calavera, 1972)

Pero esta admiración por el poeta no ocultó ni desvió en mi atención el descubrimiento paulatino de una personalidad humana no menos digna de admirar y reconocer. Una personalidad que partía de la sencillez, pese a la seriedad de su apariencia y de su gesto, y en la que podía advertirse una grandeza humana fundamentada en lo esencial. Realmente, Eugenio era uno de esos significativos intelectuales sin las poses narcisistas tan frecuentes actualmente de los escritores consagrados.

De Eugenio Moreno habría que decir que para él era más importante ser hombre que ser escritor, y fue poeta en la medida en que fue hombre. Resulta así un ejemplo perfecto de lo que yo entiendo por conjunción total de obra y ser humano. Ya lo dijo Antonio Machado: *por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre.*

Poeta, jurista, educador, tres dimensiones de su trayectoria fusionadas en su diario trabajo. Nació en Cuenca en 1926. Profesor de la Universidad de Cuenca, además se desempeñó como ministro de la Corte Superior de Justicia. Obtuvo la Condecoración Nacional al Mérito Educativo, Premio Fray Vicente Solano.

Y, sin embargo, “amigo declarado de los actos simples de la vida”, como lo calificó Alberto Ordóñez Ortiz, y como corroboran estos versos del propio Eugenio Moreno:

Quiero este amanecer, amar todas las cosas / que amanecen conmigo / y que mis manos toquen / la hierba que ha nacido esta mañana.

Sus obras han sido traducidas al francés, checo, ruso, polaco, rumano y kichwa. Obtuvo el Segundo Premio Mundial de poesía (Praga, 1952) con *Poemas de la Paz*. Unos años antes, se había iniciado con *Caravana de la noche* (1948), con tan solo 20 años y no obstante publicado por la Casa de la Cultura. “*Amo más a los rebaños / al rubio maíz de agosto, al hombre diáfano / que habita el trigo de la cordillera. Quiero vigilar la casa humilde / construida con barro de centurias / por las manos morenas de mis padres*”, dirá en *Poemas de la Paz*, 1953.

Después vinieron sus obras de madurez, entre ellas: *Baltra* (1960), *Poemas para niños* (1964), que lo transformó en uno de los escritores ecuatorianos de poesía infantil más destacados del siglo XX. *Ecuador Padre Nuestro* (1967), con inquietudes que distinguirán siempre su poesía:

indio de piedra triste, / rostros de piedra y hambre, / husmean entre la cordillera, / con quipas en la noche, / con hogueras, / con eclipses de luna; / lo buscan, / en dónde está el General.

(Eloy Alfaro, 1968)

En conjunto, la obra de Eugenio Moreno Heredia, supone una mirada poética que abarca toda la complejidad del alma humana, y en la que se conjugan el humanismo más entrañable y la visión crítica más incisiva: *te hablo*

como hombre / como testigo dolido de mi siglo. Y en otros versos: el rostro de ceniza y ese idéntico / olor de la pobreza que no engaña. Lo social y lo existencial, indisolubles. Una poesía que conjuga lo individual y lo colectivo, los sueños de su mundo interior y el encuentro fraternal con los otros:

Yo volveré venciendo la noche de mi muerte, / me hallarás
en tu voz, en tu tacto, en tu aire, / en el agua que bebas y en
el sol que te abraza.

(Balada por mi retorno, 1948)

Eugenio Moreno Heredia conquistó un lugar definitivo en la literatura cuencana y nacional con una poesía personalísima y caracterizada por una densidad humana pocas veces registrada en las letras ecuatorianas. La Cuenca de hoy está hecha también de las palabras que durante años han pronunciado sus escritores. Aprendamos a escucharlas, porque sus autores constituyen el legado y los valores que se transmitirán a generaciones futuras.

Y antes de intentar concluir, cedemos la palabra -a través de la nuestra- a su familia, concretamente a su hija Sonia Moreno Ortiz:

Ahora desde la distancia marcada por su ausencia, cuando no puedo escuchar su voz física ni sus pasos, cuando no hay más llamadas ni esperas, ni conversaciones tuyas sobre sus versos, pienso, sin embargo, que siempre estará aquí (...) La voz del poeta no muere, esa voz resuena sin tiempo ni espacio, está allí rondando en nuestro oído interior.

(Moreno, S. 1998)

Y finalmente, con las propias palabras de Eugenio Moreno Heredia, de uno de los últimos y poco conocidos poemas suyos:

No tan aprisa vida / no quiero acelerar la despedida. No tan aprisa vida, dadme aliento / para poder seguir este desierto, / dadme agua fresca, dadme sombra y viento / para decir que aún estoy despierto.

Yo quiero demorarme en la caricia / y en el vaso de vino en la honda noche. Demorarme en el día, y en los placeres. / Y en el mar y en los aconteceres, / alargando las formas de la vida.

(No tan aprisa vida, 1989)

“No hay reposo”, de Susana Moreno Ortiz

Un mundo cambiante, donde todo fluye, en perpetuo cambio. *No hay reposo*, es el título del primer poema que da nombre a la última obra de Susana Moreno Ortiz, uno de los referentes ecuatorianos más significativos en la literatura infantil y juvenil. Ahora nos ofrece un poemario para otro tipo de lectores, un conjunto de versos caracterizados por un lenguaje poético penetrante, sensorial y visual, lleno de resonancias de la cultura y pensamiento oriental, abierto a profundos valores humanos.

No hay reposo / en el tiempo, nos dice en dos versos breves, casi aforísticos y sentenciosos. Inevitable contextualizar la lectura del sugerente libro de Susana Moreno Ortiz en el marco de nuestra acelerada época, además de que sus propios poemas están revestidos de muchísimas proyecciones sobre nuestra contemporaneidad. Efectivamente, sentimos que el siglo XXI sigue avanzando vertiginosamente en medio de un panorama asediado por nuevos e inquietantes acontecimientos, una nueva mirada sobre la naturaleza y la condición humana, la gran diversidad de culturas, nuevas direcciones de los fenómenos migratorios, el desarrollo incontenible de cambios en las tecnologías, otros rostros del racismo y la xenofobia. En suma, un mundo desasosegante, complejo, difícil.

Por contrapartida, frente al “No hay reposo”, brota líricamente el anhelo de la autora contenido en el evocativo poema “Yanuncay”: *Recuerdo / en tardes pretéritas / caminar por tus piedras sombrías, / sin la noción del tiempo y la prisa*. Pero ya nos había advertido Heráclito que la estabilidad de las cosas, su permanencia, era mera apariencia, que en realidad es que todo se encuentra en movimiento, en continuo fluir, como en estos otros versos:

Ya
nunca,

¡ay!,

el hechizo de tu agua.

No hay reposo...

Nos lo recuerda una y otra vez Susana Moreno Ortiz, como en los versos finales del poema “Será otro mañana”: *El tiempo son infinitas mañanas / sin reposo*. Todo se mueve y nada permanece, la celebrada reflexión según la cual nunca nos bañamos dos veces en el mismo río, pues sus mismas aguas, en tanto que fluyen sin descanso, son siempre diferentes. A propósito, aunque vaya por otro camino, inevitable para nosotros no recordar ahora esos irónicos versos del poeta Ángel González: “Excepto los pobres, realmente nadie se baña dos veces en el mismo río”.

Releemos los versos de nuestra autora: *No hay reposo / en el tiempo / y el agua / me dice...* El agua, la gran metáfora de la idea del continuo fluir, la imagen clásica de la temporalidad, la conciencia del tiempo. Elemento

luminoso, sensitivo y recurrente en el poemario de Susana Moreno Ortiz, el origen de la vida, nacimiento y regeneración. Con frecuencia, el hablante lírico en interacción creativa con el agua. Justamente, uno de las mejores composiciones del libro, “El agua me habla”, va en esta dirección:

El agua me habla...
clama una voz antigua
de profeta.
El agua me habla...
no distingo si es música,
lamento o susurro.
Su voz y sus pasos
anidan en mis oídos,
(...)

Una mirada al mundo natural

El lector está ante una escritura en que una de las ideas centrales radica en la trascendencia de los espacios naturales y, a la vez, la influencia decisiva de esos ambientes en el lenguaje poético. En esta línea, los versos de “Yanuncay” son paradigma expresivo de una poesía natural y esencial, muy sensible a los sentimientos y al entorno, testimonios líricos del amor e íntima identificación con la naturaleza:

Recuerdo

sumergirme en la opacidad de tu agua,

hechizada en la negra espuma

de tu orilla.

Es oportuno advertir al lector que, en ningún instante, debe entenderse esa estrofa como una visión amenazante de la naturaleza. Los que conocen el río Yanuncay saben del color de las piedras que oscurece las aguas del río. El adjetivo “hechizada” lo evidencia y el mismo vocablo “yana” lo constata. Es una brillante, casi mágica y plástica mirada de nuestra poeta.

Pero está claro que Susana Moreno Ortiz no se aproxima a la naturaleza como una especie de contemplador distante que se recrea en lo estético; todo lo contrario, se siente parte de ella, como algo vivo, la identificación de su mundo interior con la naturaleza. Por ello, el paisaje en la poesía de nuestra autora es algo más que paisaje. En el pensamiento oriental, toda una concepción de la vida. Precisamente, uno de los poemas del volumen se titula “Me siento hermana de los árboles”: *Mi cabellera de hojas / va regando en los caminos / el viento rojizo del otoño*. “Cabellera de hojas”, una metáfora cargada de la fuerza vital de la naturaleza; también de idealismo y trascendencia, una atmósfera lírica hacia arriba.

En los versos del libro que comentamos, subyace la sensación de que, en medio de tanta tecnología y desarrollo industrial, es imperioso volver la mirada a las cosas naturales. La naturaleza como contrapartida a un mundo sofisticado y excesivamente elaborado. Y es que el paisaje

puede ser la imagen cultural de un pueblo, la naturaleza como componente esencial de la identidad cultural.

Susana Moreno Ortiz parece querer aferrarse a la seguridad visual de la naturaleza, nos ofrece versos que son un despliegue de fascinantes elementos visuales. Así, en el bellissimo poema “Vitales de agua”:

Campanas de hojas
cuelgan de las nubes.
Vitales de agua y ramas
emergen de las catedrales
del río.

Las hojas del lugar, como formando una bóveda, el escenario natural sentido visual e interiormente como una catedral, fusión de lo sagrado y lo natural. En expresiones líricas como “caminar por tus piedras sombrías” y “sumergirme en la opacidad de tu agua”, es el hablante lírico escuchando las voces que brotan de las piedras y las aguas. De hecho, el paisaje natural puede ser comunicado porque lleva la marca de la experiencia humana.

Ahora bien, esta propuesta de unificación del hombre con la naturaleza desemboca ciertamente en una especie de innegable panteísmo, manifiesto en varias de sus composiciones: *Camino a tu vera, / siento el sonido del agua, / son las pisadas de Dios / que se arriman a mi alma*. Los seres humanos en armonía con las leyes naturales: Así recuperamos / nuestro lugar / en la Creación. Es una pers-

pectiva de panteísmo orientada a la elevación ideal del ser humano y fundamentada en su sólida conexión con la naturaleza. Todo lo que existe forma una unidad, a la que puede llamarse “Dios”. Dicho de otra forma, Dios y la Naturaleza son una misma cosa.

La armonía de los opuestos

No solo en el pensamiento budista, también el mundo convencional es necesariamente un mundo hecho de contrarios: la vida implica muerte, el orden no tiene sentido sin el desorden, la luz no es concebible sin oscuridad, no hay música sin silencio, ni placer sin dolor, ni silencio sin sonido, no hay arriba sin abajo. La armonía frente al desasosiego.

No obstante, la existencia humana no está poetizada en blanco y negro, tampoco el poemario de Susana Moreno Ortiz, rechazando así una perspectiva más propia de la visión occidental. La fusión de los contrarios es finalmente la base de la cosmovisión oriental. Justamente, el equilibrio entre los opuestos (día y noche, juventud y vejez) explica la unidad del universo, todo forma parte de un único proceso cíclico, no evolucionista: *la vida trae muerte / la muerte trae vida*, leemos en uno de los poemas de este volumen. Los pares opuestos en tensión constante. Reitera nuestra autora: *de gaviotas y golondrinas marinas, / de vida y muerte*.

Todo está en estado de transformación constante: el día se transforma en noche, que más tarde, a su vez, se cambiará en día. En otro poema de “No hay reposo”, el decir se transforma en silencio y este en expresión: *Las nubes nos dicen cosas asombrosas, / viajan, / silenciosas, / hasta ser entendidas*. Juego de opuestos también

entre distintos poemas: “No llueve” y “Ahora llueve”, es el movimiento cíclico del proceso, el dinamismo de la vida, de la sequía (*solo hilillos de agua recorrían tus grietas*) a la inundación (*bramaba bajo los puentes*):

No llueve

Pregunté por tu agua.

¿Adónde huyó tu susurro

ese golpear incesante

del agua y la piedra?

Ahora llueve

Llueve día y noche,

decía la gente, y su angustia

flotaba en el río

que bramaba

bajo los puentes;

Solo hilillos de agua

recorrían tus grietas.

las piedras golpeaban con furia.

Nos bañamos y no nos bañamos en el mismo río. A partir del instante en que se entra en un río, el agua que nos rodea es siempre distinta, pero el río se nos presenta

como algo fijo e inmutable. Todos los opuestos son polares y, por tanto, unidos, “el camino hacia arriba y el camino hacia abajo son uno y el mismo”. Pero esto supondría plantearse la cuestión de las posibilidades y límites del conocimiento humano, la capacidad para conocer una realidad en perpetua transformación. Pensadores como Edgard Morin creen “ciertamente” que hay que esperar lo inesperado o, al menos, lo improbable. En los versos de Susana: *pregunté por tu agua / ¿A dónde huyó tu susurro? ¿El conocimiento renovará la vida de los hombres?*

La visión budista de Susana Moreno Ortiz también incluye la idea de la transmigración. Dos de los poemas son una prueba inobjetable: “Mi alma transmigra” y “Tus aguas transmigran”. En este último leemos:

*Mis pasos se renuevan
a tus orillas,
tus aguas transmigran,
las que pasaron ayer
hoy son nube o brisa.*

Parecería que la vida humana individual es muy breve, en la mayor parte de los casos. Esta brevedad se considera, inevitablemente, a partir de nuestra propia experiencia, y dado que la muerte por sí sola nada explica definitivamente, se impone la necesidad de una serie de vidas sucesivas: *las aguas que pasaron ayer, / hoy son nube o brisa*. “Busco la ciudad de Nirvana”, nos dirá en la otra composición. En el pensamiento filosófico correspondiente, la transmigración

implica una especie de peregrinación espiritual, el alma viaja de un cuerpo a otra materia. Y Nirvana es el estado de liberación del ciclo de renacimientos alcanzado por el ser humano al finalizar esa búsqueda espiritual, el ciclo de vida y de muerte finaliza. aguas transmigran”. En este último leemos:

Transparencia de la palabra poética

Pero este poemario no es, por supuesto, simplemente la expresión lírica del budismo. Es a través del lenguaje poético como se nos transmite ese pensamiento y esa cultura, además de otros muchos aspectos sobre la vida humana y sus valores. sirviéndose de simbolismos y expresiones metafóricas de innegable valor estético. El lector capta el esfuerzo de Susana Moreno Ortiz para ofrecer al lector, ante todo, un lenguaje de auténtica calidad literaria, de ahí su lucha por encontrar la expresión precisa, la transparencia de la palabra poética. Dice en “Sal muera de las palabras”:

Grano a grano,
limpian las palabras
de imperfecciones,
depuran la poesía
en el mar salobre
de mi ser.

Un conjunto de logradas y originales metáforas, y el apoyo de determinados elementos culturales nos llevan

artísticamente hacia la concepción de lo que nuestra autora entiende por poesía:

Qué es la poesía

Un resquicio de luz en una puerta cerrada,

*una ventana que se abre a un campo de flores,
un mar turqués que se amansa a tus pies,*

unas manos que se juntan para saludarte,

una flor de loto en un estanque sin edad,

Tres poemas sobre tiempos de adversidad

El volumen se cierra con tres poemas escritos durante los adversos días de una pandemia que dolorosamente se resiste a retirarse: “El silencio”, “Encierro” y “Esa hora, día, mes y año”. Vacío y aislamiento, y, en consecuencia, a no poder compartir el dolor con nadie:

El silencio inmenso, manso

se apodera de cada hoja,

gota de agua, brizna y nube.

Pérdida de lazos afectivos por la urgencia del confinamiento, una avalancha de sufrimiento emocional invisibilizado. Pese a lo que nos digan una y otra vez, la economía se puede recuperar, las vidas y los afectos no. Mientras

no podamos despedirnos de nuestros seres queridos y amigos, de nuestros mayores y ancianos, con un abrazo emocionado o sosteniéndoles intensa y afectivamente la mano, no habrá forma de superar esa pérdida. Solo nos quedará, como expresa la autora en el poema “Encierro”:

*Pesadillas zurcidas a mi almohada,
glorifican la fragilidad de la vida.
Los cielos son más claros,
pero el dolor entra por cada resquicio.*

Ojalá la conciencia de la brevedad y la fragilidad de la vida incite a la gente a establecer otras prioridades. A distinguir lo esencial y lo secundario, llegar a comprender que la solidaridad, y no la utilidad o el beneficio económico, es valor mucho máspreciado. De no ser así, tanto creyentes y no creyentes sentiremos empequeñecer nuestro futuro y sus posibilidades:

Esa hora, día, mes y año

*Los creyentes esperaban
como un ciego
mira con ansias el crepúsculo.
Los videntes sabían que Venía un tiempo preñado de muerte.*

El lector capta un anhelo de totalidad e integración que predomina en estas composiciones poéticas. Una poesía trascendente e idealista. Los de Susana Moreno, unos versos que cantan a la armonía natural y a la vida, fusionados estos aspectos hasta lo más íntimo. En muchos de sus poemas está presente esta integración con profundas y sensibles sensaciones y el siempre permanente tema de la añoranza de un mundo natural. Hay en la autora una necesidad vital de aproximarse e identificarse con fundamentos del pensamiento oriental, buscar allí las claves de la existencia que no pudo encontrar en otros espacios.

Todo ello expresado, insistimos, en un lenguaje que nos atrevemos a definir como “transparencia de la palabra poética”. Porque el lenguaje estereotipado, con su contribución al empobrecimiento del pensamiento, dificulta realmente la esperanza de superación de las dificultades acuciantes del siglo XXI. Uno de los esfuerzos de Susana Moreno Ortiz parece ser revitalizar el lenguaje, lo cual supondría renovar igualmente el pensamiento. Verdaderamente, sus versos quedan iluminados por un lenguaje poético, que en última instancia va en busca de la valoración del mundo natural y la armonía del pensamiento:

Este es mi templo,
mi oración y mi embeleso,
he sido una gota
de gozo,

un halo de luz
en este y otros ríos.

(“Vitales de agua”)

Cuenca, noviembre, 2020.

Acercamiento a la obra poética, de Susana Moreno Ortiz

Edmundo Maldonado, en una de sus reseñas en El Mercurio, comentaba con acierto que Susana Moreno conjuga la poesía con el relato. El ritmo de sus cuentos infantiles está ligado siempre con frases en donde se advierte la clara fuente de la poesía. De la misma forma, nosotros advertimos en sus poemas una cierta narrativa. Así comprobamos en *Juguemos con las nubes* de 1995, que incluye poemas y cuentos infantiles.

Poco antes, en 1992, había escrito otro poemario, *Planeta perdido* –no ya poesía infantil– sobre el cual Felipe Aguilar advertía que nuestra autora tiende a comprometerse vitalmente con su entorno. *Planeta perdido* son textos que abordan temas como la defensa del ambiente, la solidaridad humana, la soledad en medio de las multitudes, la valoración de héroes auténticos. Y lo hace desde una dimensión estética.

Y Sonia Moreno, en el prólogo de la obra señala: “he aquí este libro de palabras, un planeta que se pierde entre la contaminación, aguas ennegrecidas, caballos desbocados, fosas comunes de niños, auroras de cenizas, cemento más cemento y una inmensa soledad”.

El libro se cierra con varios poemas alusivos al enigma del ser existencial, de ese hombre cotidiano, desolado y

mítico: ... contra qué muro / de eternidad / podrás arrimar / tu sombra... El uso del lenguaje poético le proporciona el sello de la originalidad: ... Hombre de tierra animada / te crecieron árboles en los pies / de tanto caminar... Es decir, hombres creando vida.

¡Ya en este siglo, en 2016, nos encontramos con el volumen *Poiesis*: ¡Término griego en el sentido de “hacer”, “crear”! La sonoridad de su lírica -como lo quería el viejo Borges- conmueve y toca los más recónditos entresijos del ser, expresa Alberto Ordóñez Ortiz en su comentario. Nos encontramos con versos como estos:

Mi voz se sacude estremecida, / tiembla como una magnolia, / en tardes de muerte...

A dónde irá / el canto de los pájaros, / el temblor de las hojas, / que rozan la piel de los niños, / y acarician el viento...

No hay reposo: Un poemario recientemente presentado al lector en el 2021, caracterizado por un lenguaje poético penetrante, sensorial y visual, lleno de resonancias de la cultura y pensamiento oriental, abierto a profundos valores humanos. Vivimos un mundo cambiante, donde todo fluye, en perpetuo cambio. Pues, “No hay reposo” es el título del primer poema que da nombre a la última obra de Susana Moreno Ortiz, con versos y poemas revestidos de muchísimas proyecciones sobre nuestra contemporaneidad.

Ya nos había advertido Heráclito (filósofo griego del siglo V a.C.), que la estabilidad de las cosas, su permanencia, era mera apariencia, que en realidad es que todo se encuentra en movimiento, en continuo fluir, como en

estos versos del volumen: Ya / nunca / ¡ay! / el hechizo de tu agua, / No hay reposo... Todo se mueve y nada permanece, la celebrada reflexión según la cual nunca nos bañamos dos veces en el mismo río, pues sus mismas aguas, en tanto que fluyen sin descanso, son siempre diferentes.

Cuenca, 2020.

**LA POESÍA, RESISTENCIA ANTE
LAS ADVERSIDADES**

“Cautiverio”, de Aquiles Jimbo

Acompañé los trabajos literarios de Aquiles Jimbo desde “Más acá de la frontera” y “La certeza del imaginario”, obras narrativas que parecen querer demostrar que los seres humanos nacemos programados -desde la infancia- para requerir relatos, historias, leyendas y fábulas.

Así pues, uno de los caminos de escritor escogido por Aquiles Jimbo fue la ficción narrativa, aunque fusionada con la crónica y el reportaje para contar la historia humana. En sus relatos, fabulación e imaginación, pero también una sensación de verdad muy poderosa.

Y ahora, la poesía, en la cual ya se había iniciado con *Destellos de intimidad* (1995), y *La piel de los caminos* (2009). Su último libro, *Cautiverio*, una afirmación contundente de vocación poética: ¡Yo soy! / el que siembra los versos en la arena dispersa (...) Llenaremos de letras la copa vacía

Cautiverio. El título se refiere al ya superado período de confinamiento obligatorio en plena pandemia. Confinados, cautivos en la pandemia: arrancar los barrotes agoreros / porque el lento gemir del cautiverio / tiene rostro y dolor de cementerio.

El poemario es un conjunto de reflexiones líricas sobre el escenario de nuestro confinamiento; es decir, cautivos en la propia casa. Porque estar en el hogar es el perfecto reverso de estar de viaje. Estar adentro, estar afuera. Lo primero, la casa como refugio, seguridad. Lo segundo, justamente lo contrario: buscarse obstáculos, dificultades.

Pese a todo, nos preguntamos si el recelo, la sospecha y la desconfianza ante los otros, por eso del contagio que presidió ese período, seguirán prologándose todavía en muchas formas. Ante esta situación, nuestro autor nos da su respuesta solidaria: gracias / por compartir el horno / y el pan que no se quema

También en estos dos versos: para cuando regrese y si quieres buscarme / en el centro del bosque... pan y abrigo.

El poemario está estructurado en dos partes. En la primera, en el encierro, se valora la libertad, aunque obligadamente hay que permanecer confinado, porque afuera está “La dama fría”, la muerte. ¿Acaso, entonces, a cambio de cerrar el espacio social? Por la libertad se debe aventurar la vida, nos decía el utópico e inolvidable personaje de Cervantes.

En la segunda parte, cómo vamos a enfrentar la nueva vida, con los deseos de reencontrarse con la naturaleza, los amigos, la familia: para cuando regrese, volveremos al mar / para lavar el viejo dolor / con agua blanca y tierra renovada, / para llenar espacios en la arena. Es el mundo de los afectos: abrazando el oficio de quererte.

Inevitablemente, durante la pandemia, a veces sentíamos el constante empequeñecer del futuro y de sus posibilidades. Porque, si algo positivo ha dejado este cauti-

verio, posiblemente sea la sensación de vulnerabilidad y fragilidad del ser humano.

Esa sensación está presente en las páginas de Aquiles Jimbo: la carne que emigró de los huesos / hace doler los clavos de la angustia. A este tipo de poesía, Sonia Manzano, autora del prólogo, la denomina expresivamente “poesía orgánica, biológica, escrita con huesos, sangre y carne”.

Tal vez, sentir la cercanía de la muerte y el hecho de haber escapado a ella constituyan una especie de sacudida. Ojalá la conciencia de la brevedad y la fragilidad de la vida nos incite a establecer otras prioridades que no sean las del utilitarismo y el pragmatismo.

Está claro en la obra de Aquiles Jimbo: el confinamiento vino a interrumpir de forma brutal nuestras exigencias de libertad individual, siempre en conflicto frente a las responsabilidades ante los otros. Lo cierto es que el encierro nos ha dado una lección de humildad y nos ha recordado nuestra fragilidad: los pulmones del tiempo están podridos.

Precisamente, el tiempo en tiempos de pandemia, uno de los temas de esta obra de Aquiles: estoy moliendo el tiempo / en un molino eterno, / con dos piedras que aplastan / los necios desafíos. Ahora bien, fuera de lo existencial, nos preguntamos: ¿esperar o actuar?

La respuesta de Aquiles a los conflictos del confinamiento es la reconciliación, un reencuentro con la vida: reencontrarse consigo mismo, con los amigos, la familia, el mundo natural, su pequeño pueblo, los antiguos espacios: aquí me amaron y crecen las raíces / y la estirpe frugal de los abuelos.

La infancia es, en esta línea, otro de los temas esenciales para la superación de la adversidad: aquellos años como la edad esplendorosa que se anhela y a la que, sin embargo, no podemos volver, imposibilidad que se acepta con nostalgia evocativa. En el poemario de Aquiles, se extiende una atmósfera de sosiego y añoranzas entrañables en versos que hablan de su infancia y de su lugar natal: regresar a la piola del trompo de la infancia, / a la alfombra de musgos y al café maternal.

Son aproximaciones poéticas a la vida y su cotidianidad con las que el autor construye su propia visión de la realidad. Poetizar a partir de la conciencia de la vida diaria: ¡Silencio amigo! / eres como la tierra / que me trae en taza de arcilla / la niñez de cafetal.

Igualmente, la dimensión ideal y espiritual de nuestros primeros años: por las calles se inflaman / los pechos de la infancia / amamantando el alma / con caudal de utopías.

Sin embargo, tal vez no convendría olvidar que muchas vidas de la niñez y de la adolescencia se grabaron dolorosamente durante el confinamiento. Después, seguimos sintiendo la necesidad de reivindicar sus deseos de un futuro más justo.

La poesía, un acto de resistencia ante las desigualdades y dificultades más adversas. Para convertir la herida en luz. Justamente, para concluir, la obra de Aquiles Jimbo se cierra con La carta del abuelo, una identificación de nuestro autor con todas las realidades, sentirse inmerso en el mundo, acercar la poesía a la vida. Este texto incluye, además, su último y esperanzador mensaje: el frenético

paso de los años y las arrugas precursoras no desdibujaron jamás la sonrisa dulzona del abuelo.

Esto es “Cautiverio”, llenar con letras la esperanza.

**RESPLANDORES DE LA
EXISTENCIA**

“Fragmentos”, de Eugenio Crespo Reyes

En un tiempo tan crítico como estas décadas iniciales del siglo XXI, sentimos más necesidad que nunca de la experiencia poética que nos impulse a establecer una relación significativa con el mundo actual, que nos permita vivir con intensidad y coherencia, con perspectiva en nuestras relaciones humanas.

Y ahora nos llega el último poemario de Eugenio Crespo Reyes, “Fragmentos”, que nos ayudará a intentar responder a esa insistente pregunta de estos días: ¿para qué la poesía en el siglo XXI? Tal vez sea esta una de las cuestiones esenciales cuando hablamos de poesía, al menos para los que la expresión literaria forma parte indisoluble de nuestra vida cotidiana, como es el caso de Eugenio. Pues para responder de alguna manera: con el propósito de impulsar nuevas formas de pensar y de sentir, otros modos de actuar en el nuevo horizonte humano que se nos aparece.

“Que anclaste tu pequeño y frágil costillaje / a orillas del naufragio”, leemos en “Fragmentos”. Porque “está la poesía que te da calambres y la que no es poesía” (Julio Llamazares). Un libro de alguna manera traspasado por la tragedia del coronavirus. Varios poemas fueron escritos o pulidos durante la pandemia, y suponemos que algo de esa realidad terrible, casi apocalíptica, estará subyacente

en ellos. No explícitamente, pero sí en el tono, en el clima que se va creando conforme se avanza en la lectura: y con este miedo que no se disuelve, expresará en otro poema: No es posible un mundo sin poesía, porque el día que esta desapareciera significaría que el ser humano es otra cosa que humano.

Fragmentos, último poemario de Eugenio Crespo. Fragmentos, instantes de vida, resplandores de la existencia. Cuando la realidad se empecina en abismarse y el presente aprieta, para el poeta centrarse en el momento puede ser una salida. Es entonces cuando puede exclamar: *“¡Me pertenezco, soy libre y sin relevo!”*. La existencia puede ser una completa e irremediable incertidumbre, pero los días, uno a uno, son algo fulgurante. Nuestro autor siempre defendió el brillo de la existencia. Cada instante de emoción contenida y de expresión estética lograda son momentos de plenitud. Cada fragmento entendido así es luz que ilumina el mundo *“por los pliegues del inevitable e incesante hoy”*.

Ahora bien, el instante no es solo plenitud. Desde otro punto de vista, “la sociedad urbana contemporánea ha fragmentado y roto de tal modo nuestra identidad que no somos más que trozos, fragmentos que necesitan reconocerse en una historia y en su tiempo” (Andrés Trapiello).

Un discurso fragmentado. ¿No es, acaso, el fragmento el único modo posible de hablar de la propia autobiografía?: *“un hombre enajenado / revolotea y cae”*. Hoy se habla de la tendencia estética del fragmento.

Pero el pesimismo no es rasgo que caracterice la poesía de Eugenio. Nuestro autor afirma categóricamente que sus versos no suponen la búsqueda del sentido de la

vida. “Soy un optimista de la vida, la vida misma te da los sentidos”. “Hay que estar atentos a lo que la vida te va ofreciendo, la oportunidad de disfrutarlo, vivir el instante para afrontar cualquier dificultad o adversidad”.

Unos versos escritos como prosa y que se mueven entre el vitalismo y la ineludible reflexión existencial. Para Eugenio, la poesía es la más completa y profunda forma de examinar la condición humana y la complejidad del mundo. Versos como estos: “incansable buscador de exóticos espacios”, “sembrador de imaginarios en tu geografía”, “fugitivo de la libertad concedida”. Pero también: “*aquí por esta amplia geografía / donde cada paso es una pregunta / y se han ido menguando los sentidos*”.

Sin embargo, aunque el poeta se sumerge a veces en el mundo de la incertidumbre existencial (“*sobre la mesa / un par de dados con sus números jugados*”), una línea central del poemario es un intenso amor a la vida (“*viejo bebedor de vinos y de sueños*”).

No faltan representaciones inquietantes sobre la temporalidad del ser humano, pero sabernos temporales implica igualmente sabernos “vivos”, justamente por su propia brevedad”. Y en los dos primeros versos de “Al Revés y Derecho”, leemos: *la vida no se suma / se vive*. Esto supone un tema importante en “Fragmentos”, el tema de la caída: “*En la pieza / en el vulnerable espacio / y en medio del desorden de las cosas / un hombre enajenado / revolotea y cae*” (...) “*se fatiga / se arremolina y a caer vuelve*”

Caída y elevación en un solo proceso existencial, hay que recorrerlo, elevarse desde abajo. Conocemos el mito de Ícaro: el vuelo ascendente le llevaría a la libertad, se

acercó demasiado al sol y perdió sus alas; acabó precipitándose en el mar. En los versos de Fragmentos: *que fuiste ascendiendo / sin sustentación sin ensayar la caída.*

La caída, otro motivo poético que atraviesa su obra, especialmente en un anterior poemario, “Al revés y Derecho”, y en el que ahora presentamos. En consecuencia, no se trata solo de ascender en el vuelo de la vida, sino de aprender a caer: izando mi libertad sin la suma del miedo / mientras ensayaba la caída. El único camino de salvarse del abismo es afrontarlo, mirándolo de frente, despeñarse y volver a ascender: *que en la caída y que espero no enredarme / no te sustituiré por nada ni por nadie.*

Y en medio de todo ese proceso existencial, la tregua, un cese temporal de conflictos, una interrupción: una tregua / antes de perderme entre las multitudes. Porque “yo anduve sin tregua en alguna dirección / despojado de cualquier vínculo o cánones”. El ser humano intentando superar ese desierto de existencia árida, ansiando disponer de la decisión necesaria para vivir con intensidad.

Subyace en el texto el vértigo de la soledad, conflictivas situaciones familiares, la necesidad de lograr relaciones estables, dirigirse acuciosamente hacia la ternura. También el temor cuando se llega a cierta edad. De perfil nos recuerda el *carpe diem*. Lejos está el poeta de esos seres que rara vez les urge la necesidad de una tregua, porque se sienten a salvo en la rutina. Además, resonancias religiosas: *Hay un salmo, una única melodía / venida de mis pulsaciones / que me induce a una tregua.*

Leamos ahora: “A los hombres / habría que arrancarles las máscaras / borrar las huellas que estas dejan

*/desabotonarles su geografía / para que viertan la lava
en sus raíces / y cerrarles la voz para que no nos llamen”*

La alusión a las máscaras es un motivo recurrente a lo largo de la poesía de Eugenio Crespo, y en *Fragmentos* adquiere resonancias especiales de ocultamiento: “arrancarles las máscaras”.

La máscara, como sabemos, es una representación cargada de simbolismos, e incluso puede llegar a convertirse en arquetipos, como parte del inconsciente colectivo o individual.

En los versos de Eugenio, permanece implícita la idea de disimular, enmascarar o cubrir artificialmente algo. En alguna ocasión, asimismo direccionado este sentido hacia determinados sectores de la sociedad. Recordemos, al respecto, el uso de la máscara en Pessoa como una crítica a la imposición del sistema, la desaparición del rostro vinculada a la desaparición de la persona.

En el poemario de nuestro autor: “también se podían ver un sinnúmero de máscaras / disímiles que cuelgan y se balancean de un perchero / con el gesto horrible de la fugacidad: son máscaras que anteponía, paradójicamente, a mis expresiones de a diario”. Parecería que el reconocimiento de nuestra auténtica personalidad suele ser diferente a la que mostramos ante la sociedad e, incluso, a nosotros mismos.

Ya decía Oscar Wilde, “una máscara nos dice más que una cara”. La vida como representación. Eugenio Crespo se expresa así: “Aquí, en la pieza, entre la procesión de las sombras, / con cierto vigor y asombro, iba desgonzando

/ el cuerpo y haciendo todos los gestos inimaginables /
como si ensayara para mi representación en esta / come-
dia humana”

Si el hombre pudiera arrancarse todas las máscaras, debajo de ellas se descubriría que no existe nadie. Hay autores que diagnostican una “derrota del rostro” contemporáneo, fruto de la crisis del humanismo y del individualismo ético que dotan de sentido y dignidad a ese rostro. Su más radical profeta es Nietzsche. Para él, la lógica de la máscara lleva al aniquilamiento del rostro: no hay ya una interioridad que esconder. Habla de la multiplicidad de máscaras que llevamos, de modo que el sujeto no sería sino sus máscaras. El reino de la pura apariencia privada de esencia.

Finalmente, nuestro autor jamás renuncia a su íntima perseverancia en la búsqueda de una voz personal. En esta línea, tal vez a la poesía de Eugenio Crespo pueda añadirse la característica de “poesía indignada”, actitud frecuente del autor ante las adversas realidades que le agobian:

viejo obstinado inasible / viejo insociable incorregible / viejo confeso de tu realidad / bufón de está sórdida danza que no cesa. Así mismo, en su volumen “Noche”: bastarda noche que me embiste y muerde con su azufrado silencio.

“Fragmentos”, una obra poética que va de lo puramente humano a lo cotidiano e incluso a lo metafísico, versos a la vez vitalistas y reflexivos. Oscuridad luminosa puede ser una forma de definir la poesía de Eugenio Crespo, y, de hecho, a la vida misma, en el sentido de que esta contraposición es la esencia de la existencia. En “Al Revés y

Derecho” se expresaba así: *siempre que intento / aprehender el día / éste anochece.*

No obstante, como dijimos al comienzo, para Eugenio Crespo Reyes, cada instante de nuestras vidas es luz que ilumina el claroscuro del mundo. Lo reafirman estos dos versos ya citados y con los que nosotros concluimos: *la vida no se suma / se vive.*

“De sombras y luces”, de Magaly Vanegas

Una poesía visionaria caracteriza a *De sombras y luces* de Magaly Vanegas, obra que conforma un conjunto sabiamente estructurado de relatos y poemas, contruidos en la doble y simultánea dirección de la imaginación y la sensibilidad, y que provocan insistentemente en el lector profundas intuiciones. *De sombras y luces* es una lograda y estética expresión de la conciencia poética desgarrada entre sus polos opuestos, el de la luz y el de la noche, aspectos movedizos de un alma que se busca apasionadamente, porque persiguiendo un sueño / extravió el camino de regreso.

Ello impulsa a la autora a mirar hacia adentro de sí para evocar una emoción pasada o para perderse en sus sueños. Magaly se asoma a lo más hondo y misterioso del espíritu humano, el que abarca las luces y las sombras. Algunos elementos de sus textos operan como una auténtica metáfora de la vida humana en esta doble dimensión, casi podríamos decir la “dimensión desconocida”. La autora profundiza en la dualidad de la existencia humana. Lo humano preside estas páginas. Y el amor como el acto humano básico no solo de la vida sino también de la creación poética. Así, el amor y la poesía funcionan como centros de una existencia humana acosada entre el vacío y la pasión, pero sentida y expresada unitariamente en el claroscuro de las formas y las imágenes. Pero nos pregun-

tamos: ¿las fronteras del “yo” se ensamblan finalmente en el amor?, ¿los versos sobre el amor son “germinativos”, capaces de transformar las heridas en geranios.? El lector debe encontrar su propia respuesta a través de ensañaciones y recuerdos, que se hallan como encerrados en un “viejo baúl” repleto de “fantasmas”. De ahí el halo de ensueño e irrealidad que envuelve a estos versos y prosas, esa intensidad lírica donde la memoria y la percepción juegan un papel esencial.

Como en el caso de Marcel Proust, las cosas que viven en la memoria son las únicas verdaderas. Desde esta perspectiva, muchos elementos lingüísticos son símbolos de un pasado luminoso que ya solo vive en la memoria y que debe ser recuperado. La lectura de estos versos y prosas me permite asegurar que, para Magaly Vanégas, la evocación y el recuerdo son como una de las mejores formas de conocimiento de la realidad interior. La autora sabe muy bien que la evocación y el recuerdo son una forma de vida poética. Recordar es conocerse, evocar un recuerdo es depurarlo en la conciencia. Versos que son condensación pura, y relatos que -entre la parábola y el cuento- se caracterizan igualmente por una gran economía narrativa y la expresión aforística. En conjunto, una obra que ejemplifica perfectamente que el hecho de poetizar es dar una nueva expresión (la forma) a las vivencias personales (la materia). Finalmente, firmamos nuestra posición que, con obras como las de Magaly Vanegas, la poesía ecuatoriana va encontrando sus propias voces, renovadas y surgidas de un trabajo poético fundamentado en el acertado uso del lenguaje y en la creatividad sensible.

**LA POESÍA, DE PIE CONTRA
LA MUERTE**

“Canto a la Vida”, de Román Izquierdo

A pesar de todo, hay razones para creer en el ser humano, para no perder la esperanza. No podemos evitar las desgracias, pero sí podemos elegir cómo vivirlas. El poemario que hoy presenta Román Izquierdo es una de las alternativas: cantar a la vida, la alegría de vivir. Leemos en uno de sus poemas:

*Reparar queremos nuestras vidas
rajadas, y aliviar el pensamiento;
hacer de la esperanza un sueño blanco
en la vibración vital del sentimiento.*

El de Román Izquierdo es un Canto a la vida a través de costumbres y tradiciones populares, de la celebración del paisaje y la naturaleza, el mundo inolvidable de la infancia, valores como la amistad y la familia: “El amor a la familia como tejedora de armonía, la necesidad legítima de crear microcosmos de amor domésticos que cierran el paso al caos circundante” (prólogo del libro, de Andrés de Müller).

Nuestro autor, con esta publicación, rinde homenaje a Cuenca con motivo de la celebración del bicentenario de su independencia. Especialmente en la primera de las cinco secciones en que está estructurado el volumen: “De mi Cuenca hermosa”.

Compartimos con Román la admiración por la ciudad, con sus rincones, sus gentes y su paisaje, sus calles y sus tejados. Esos ríos, con sus piedras y sus antiguas lavanderas, hoy totalmente desaparecidas. Todos estos elementos llegan a ser para el lector símbolos de valores y significados ancestrales. Así el poeta canta a Cuenca:

Martillo y yunque de las herrerías

La Cruz del Vado y el Puente Roto (...)

Sus ríos sus puentes sus barrancos

sus iglesias vestidas de blanco.

Más de cuatro siglos de sol y aire

en el glauco Tomebamba del Azuay

Y entre todos esos elementos, el paisaje y el mundo natural. La naturaleza para Román es mucho más que paisaje. En el fondo es un estilo de vida. No se aproxima al paisaje natural como una especie de contemplador distante que se recrea en lo estético; se siente parte de él: *es un placer del morlaco dormir / al murmullo del río y la quebrada.*

El paisaje puede ser comunicado porque lleva la marca de la experiencia humana. Se trata de leer el paisaje actual como un escenario portador de valores:

*De Cuenca la grandeza
es del Cajas el chaparro
el pajonal y su riqueza
el agua limpia sin barro*

“El alma de un pueblo hace falta que se asiente en un lugar, que se armonice con una determinada naturaleza, como diríamos de Las Siete Colinas para Roma, los Alpes y los Pirineos”. Del mundo andino, decimos nosotros. “La historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita”:

*Hundida en sinfonías de pradera
sus cuatro ríos impetuosos
con sus venas, su sangre primera
de llanuras y barrancos frondosos*

Todos esos elementos del entorno exterior también forman parte de la intimidad y espiritualidad de la ciudad: *Turi, balcón para dar el alma*. Subyace en el poemario, entonces, un afán por recuperar la utopía de una ciudad sosegada y cargada de valores entre la tradición y la modernidad:

ollas negras, leña verde
humo blanco, hojas de salvia
con dos tazas de este té
desvanece su nostalgia

Es cierto que Cuenca ya no es más la ciudad de los patios interiores y de huertos frutales. Sin embargo, las huellas del pasado permiten el acercamiento a las raíces, confieren identidad cultural y reafirman el sentido de permanencia.

En la memoria del cuencano permanece una ciudad de ensueño, y la conciencia de que ese valor único de Cuenca debe ser protegido como Patrimonio Cultural de la Humanidad.

De ahí, la importancia de que el colectivo Casa Tomada genere espacios y expresiones que favorezcan, desde el presente, la reflexión crítica y artística sobre la identidad de nuestra ciudad. Textos como el que hoy presentamos, contribuyen al fortalecimiento de la representación poética de Cuenca, tan fecunda y diversa a lo largo de su historia. Así, culminamos con unos versos de “Canto al Herrero”, como el mejor y más expresivo símbolo:

Herrero, limpio de overol raído forja cruces barretas picos... y a rudo golpe, sin molde, moldea.

Artesano, inventor de pies a cabeza,
no deja al hierro dormir su tristeza

Como todo soñador, el herrero no necesitó ni del sol ni la luna para seguir creando e imaginando hasta el final. Porque -enlazando con el título de esta obra de Román Izquierdo- y para concluir, la vida es eso, continuar el viaje, perseguir los sueños, destrabar el tiempo, correr los escombros y destapar el cielo estrellado (Benedetti). Siempre existirá una nueva utopía, incluso en los tiempos más adversos e incomprensibles para el ser humano. Recordamos que el título completo del libro es “Canto a la vida en pandemia”.

Justamente, decía Eduardo Galeano, al referirse a Mario Benedetti, “nunca dejó de ser un hombre que creía en la esperanza de que las cosas de la vida, esas que todos sabemos importantes –amor, justicia, solidaridad, honestidad, rigor, entrega– pueden ser alcanzables”. Y nosotros añadimos a esas cosas, la poesía. En palabras de Juan Gelman, “ahí está la poesía: de pie contra la muerte”.

La obra literaria de Aminta Buenaño

El sociólogo francés Alain Touraine, en *El mundo de las mujeres*, considera a las mujeres como las nuevas protagonistas del siglo XXI, y que, tal vez de forma definitiva, han dejado atrás los referentes masculinos para construir identidades femeninas propias.

En este marco, lo verdaderamente abrumador es que –lo afirmamos con fuerza- no es posible entender una cultura sin mujeres, un arte sin las expresiones femeninas, una literatura sin escritoras. un mundo científico sin las aportaciones innovadoras de la mujer, una educación sin sus vocaciones, esfuerzos y sacrificios. Más aún: ¿acaso podría comprenderse en toda su dimensión la complejidad de la vida cotidiana sin la integración real de la mujer?

Pues, para reafirmar todas estas consideraciones, llega a nuestras manos un libro verdaderamente singular para nuestro tiempo. Nos referimos a “Un blues para Roberto”, de Aminta Buenaño, escritora, periodista y diplomática ecuatoriana. Nace en Santa Lucía, una localidad cercana a Guayaquil en 1958.

Entre los cargos públicos que ha ocupado destaca el de embajadora en España y en Nicaragua, además de vicepresidente de la Asamblea Nacional de Ecuador. Ha sido galardonada con numerosos premios nacionales e inter-

naciones. Algunos de ellos: Segundo Premio en concurso de cuento “Ciudad de San Sebastián”, Premio Internacional de Cuentos Jauja de Valladolid, “Si tú mueres primero”, novela, finalista del Concurso Internacional Ciudad de Badajoz.

Aminta Buenaño es una escritora que sobresale por su contribución en los ámbitos de la expresión poética, del cuento y la novela; asimismo, en numerosos artículos culturales y de opinión, sobre temas relacionados con la educación, la cultura y la literatura, además de reivindicaciones sociales en amplias perspectivas de género e identidad.

Se ha dicho que sus páginas están escritas desde una actitud luchadora ante la dura realidad que viven las mujeres en el Ecuador, donde han sido tradicionalmente discriminadas por una sociedad dirigida por hombres. Justamente, el reconocimiento literario parece haberle llegado con la publicación de *Mujeres divinas*, relato en el que ofrece una mirada de experiencias femeninas, entre ellas la presión social sobre la edad y el cuerpo.

Según lo que cuenta ella misma, fue escuchando a su madre que tuvo la idea de escribir un libro de cuentos con historias propias de su condición de mujer. Pronto supo que algunos de sus miedos eran también los de las otras: temor a envejecer, porque la vejez, indica Buenaño, “es una conspiración social. La mujer envejecida es discriminada, por ese motivo estiramos nuestra juventud, como una forma de protección, no por vanidad”. Este es el inicio del cuento “La gata”:

Ella había cumplido sus años, nunca jamás los decía y se había propuesto no envejecer. Pero en realidad lo que más tenía era miedo a morir. Andaba por su enorme casa con la farmacia entera a cuestas. Muy de mañana tomaba la vitamina C contra la gripe, la E contra la vejez. Tenía ella un tremendo miedo a la indecencia de la decrepitud.

Importante señalar que las historias se relatan, en su mayoría, desde el yo. No son cuentos militantes, aclara Aminta, simplemente tienen la intención de contar la vida misma. En esta dimensión, el duelo es, entre otros muchos, uno de los aspectos de vida diaria que atraviesan las páginas de nuestra escritora, y no solo en la obra que enseguida será comentada, “Un blues para Roberto”.

De hecho, la adversidad sanitaria subyace en sus obras. Como decía un escritor griego (Odysseas Elýtis), ‘yo escribo para que la muerte no tenga la última palabra’. La literatura también es una forma de sobrevivir a la muerte, a la pérdida, a las ausencias y al vacío. “Y no importa si publicas o no, si eres reconocido como escritor o no. Lo importante es escribir, es decir traducir tus emociones”. Eso es la obra literaria de Aminta Buenaño: *el temblor de la vida*.

“Yo escribo sobre la realidad cotidiana, sobre los temas que me tocan y me conmueven” (“El discreto encanto de lo cotidiano”, prosa poética), “me tambaleaba buscando razones para la sinrazón de la muerte”. “Recordaba aquellas frases que había subrayado en el libro Escribir de Marguerite Duras: “Hallarse en un agujero, en el fondo de un agujero, en una soledad casi total y descubrir que solo la literatura te salvará”.

Ante la crueldad de la muerte crear algo que no perezca, con la memoria y la imaginación como forma de resistencia ante el olvido. Decía Van Gogh que el arte es una vacuna que “sirve para consolar a todos los que están rotos por la vida”.

En el proceso de duelo hay un momento en que debemos advertir que nuestra pérdida es también la de muchas otras personas. Como un lector de los textos de Aminta Buenaño que acabe enfrentándose a sus propias pérdidas. Al respecto, nos dice Rosa Montero:

“Creo que uno no se recupera jamás de un duelo. Cuando se te muere alguien esencial, nunca vuelves a ser quien eras; lo que tienes que hacer es reinventarte”, aconseja. Es decir, abrir la vida a la esperanza. La brevedad de la vida no disminuye en lo más mínimo el valor de la existencia: “corta fue la hermosa vida / pero qué poderosos sus perfumes...”

(los conocidos versos de Cavafis)

No solo en la narrativa, también en artículos periodísticos, de opinión, nuestra autora escribió sobre la aparentemente superada pandemia: “El libro que me salvó la vida”, “La pandemia y yo”. Es decir, una escritura desde el coronavirus. En tiempo de crisis sanitaria, como los que hemos estado sumidos largo tiempo, no faltará quien se pregunte para qué leer literatura.

Surge, entonces, inevitablemente, una y otra vez la interrogante en las páginas de Aminta: ¿por qué recurrimos a la expresión literaria cuando pensamos que no tenemos otro marco para interpretar el presente? Seguramente porque esperamos que los escritores tengan las palabras

que nosotros no poseemos para describir lo que sentimos en momentos tan difíciles y tan confusos. (Y por qué no, del mismo modo, un reencuentro con el estoicismo, esa antigua filosofía de vida capaz de afrontar situaciones adversas, críticas).

Los humanos somos una especie de la palabra. Hay algo que se llama “coronavirus” o “covid-19”, un virus, y además de enfrentarlo sanitariamente queremos hacerlo también, como hace nuestra autora, en una relación reflexiva y sensible, que le demos un sentido. Para eso, la palabra, la expresión literaria. La literatura, para intentar darle una razón al momento que vivimos, darle un sentido al sufrimiento, al sinsentido de la adversidad.

Finalmente, las vinculaciones con la más viva actualidad, una de las irrenunciables líneas en los trabajos de Aminta Buenaño. Su obra literaria y sus artículos, una reflexión sobre cuestiones de la vida diaria, narrar a partir de la conciencia de la vida cotidiana. La fuerza de la palabra, el lenguaje como el sistema fundamental para mejorar nuestra existencia. Y la dimensión social de su obra en esa diversidad de fragmentos de vida. Su sentido final: la urgencia de una ética y compromiso para un mundo mejor.

“Memorial”

La literatura no nació el día en que un joven llegó corriendo del valle neandertal gritando ‘el lobo, el lobo’, con un enorme lobo gris pisándole los talones; nació el día en que el joven llegó gritando ‘el lobo, el lobo’, sin que le persiguiera ningún lobo

(Nabokov)

Recordaba estas palabras al leer a Marco Antonio Rodríguez sobre Discurso del amor, el desamor y la fe, conjunto de relatos de Eduardo Crespo Román:

destacado jurista de proverbial formación humanista, que nos sorprende con este texto narrativo, correspondiente a lo que Cortázar llamó «género a caballo entre el cuento y la novela». Espejo de doble rostro, historia y narración. Estas dos vertientes fluyen por sus páginas dejando en los lectores una sensación de rugosa, espléndida sensación de vida.

(Marco Antonio Rodríguez)

Resaltamos: “espejo de doble rostro, historia y narración”. Las palabras de Nabokov son una buena síntesis de la problemática actual de las relaciones entre ficción y realidad. Son expresiones que, hoy, entrada ya la tercera

década del siglo XXI, permanecen vigentes. Esta cuestión es, muy probablemente, la columna vertebral del arte narrativo de Eduardo Crespo. El lector nunca está seguro de en qué momento la ficción literaria invade la realidad, o en qué instante ésta suplanta a aquélla.

En este punto, es el momento más oportuno para agradecer a Eduardo Crespo su importantísima colaboración en el homenaje a Eliécer Cárdenas. Nuestro fundador, frente a la historia oficial, ofrecía al lector el imaginario de la creación colectiva, una lectura diferente basada en las voces no oficiales. En “Polvo y ceniza” el Mayor Deifilio prohíbe fotografiar el cadáver de Naún Briones, pero no logrará más que, paradójicamente, convertirlo en leyenda:

La gente, después de muerto, siguió inventándole rostros, tallaron su figura en madera, la moldearon en barro, la pintaron en paredes, la trazaron lápiz. La hicieron sobrevivir, a pesar de que el mayor Deifilio cubriera su rostro, intentando abolirlo inútilmente.

La realidad no es solamente lo que pasa. También forma parte de ella las causas de lo que pasa. Y, en cierto modo, lo que podría llegar a ocurrir. En este sentido, no soñar es poco realista. Lo sabe muy Eduardo Crespo, leemos un fragmento de su libro de cuentos:

Después, Él sintió cómo todo su cuerpo se cubría con las manos de la mujer que se entrecruzaban sobre sí en un enorme abrazo, la percibió en su interior como si el amor le abrazara con todas sus infinitas manos, sin que nada y ningún sentido suyo no recibiera la intensa caricia de ese abrazo.

Dentro de su actividad como escritor, editorialista y articulista del semanario *El Heraldo*, de Azogues. Su trabajo periodístico es un testimonio y memoria de la vida colectiva y construcción social del Cañar.

La irrenunciable responsabilidad social de Eduardo Crespo se manifiesta esencialmente en su trabajo periodístico, practicado como un compromiso ético y social. Un periodismo entendido así, como una función de servicio y de implicación en las necesidades de la sociedad, es un instrumento, tal vez el más apropiado, para crear esa conciencia necesaria contra la mentira social y el sufrimiento evitable de seres humanos.

De la lectura de las páginas de Eduardo Crespo en *El Heraldo*, y otros medios, frente a lo “políticamente correcto”, fuerte sentido ético de un periodismo social en primer término. Porque hoy podemos asegurar: “corrupción y política, esos amantes”. Relatos, periodismo y ahora, en publicación de 2022, también el verso, “Memorial”, en la trayectoria literaria de Eduardo Crespo.

La palabra memorial, entre otras dimensiones, se refiere a un tipo de documento y de comunicación, en el cual se recopilan hechos históricos redactados principalmente a manera de crónica o reportaje. Su principal función es dejar constancia, hacer memoria de un hecho considerado de importancia trascendental y transcurrido en un tiempo y en un espacio igualmente significativos. Como en las narraciones míticas y bíblicas.

Carlos Vásconez nos aclara que “*el lector se abismará -en esta obra- ante la culpa de Caín y el asombro de Abel*”. Caín y Abel, en la mitología bíblica de Juan Rulfo,

como en su relato “Talpa” (con el tema central de la culpa). Otras perspectivas, en Ricardo Piglia, Roberto Bolaño (“Entre Caín y Abel”, cuento), en Jorge Luis Borges y Vargas Llosa.

Este volumen de Eduardo Crespo, una profunda reflexión sobre nuestra temporalidad. Leemos en *Memorial*:

“Abel, / si te preguntan por la eternidad / dice el viejo escriba: / cuéntales, / con la memoria del corazón, / que no es el amor el que nos lleva / sino la saeta del tiempo / la que hiere el corazón

Y el deseo, en el centro del poemario:

La muerte muerde, / llega y se va / y en el ocaso, / te dirá que te ama y te desea / y no querrá ya dejarte.

Relato, periodismo, versos, y resaltamos ahora a Eduardo Crespo como ex Presidente de la Casa de la Cultura de Cañar y Miembro Fundador del Colectivo Cultural “Cuchara de Palo”. La gestión cultural como un punto de partida hacia el desarrollo integral del Cañar. Los colectivos culturales a la manera de espacios alternativos para favorecer la memoria social y patrimonial, para generar espacios de encuentro y de diálogo.

Compartimos con Eduardo Crespo y su gestión en “Cuchara de Palo” la concepción de las expresiones culturales como necesidad humana que no podemos ignorar. «La cultura siempre ha estado ahí, entre la gente, cumpliendo

un papel relevante, pero esa presencia no lo ha hecho de manera sensible en la percepción social y política». Tal vez convendría recordar estas palabras de Mario Benedetti: *se retrocede con seguridad, pero se avanza a tientas*.

Con el mundo enfrentado a la pandemia, todavía hoy, y la necesidad de reconstruir nuestras sociedades mañana, la cultura debería estar en el centro de la respuesta. Lo está en los esfuerzos de “Cuchara de Palo” y su fundador, Eduardo Crespo.

Sin embargo, no podemos dejar de preguntarnos si era necesario esperar a una pandemia para afrontar la problemática de un sector que nos aporta tantos beneficios. Digamos al finalizar,

necesitamos eso (la cultura) para ver un poco de luz en las tinieblas, para poder seguir siendo nosotros, es una vacuna de esperanza y una manera de luchar contra el coronavirus” “Para resistir y recomponernos tenemos a la cultura. Así que aquí estamos luchando en la resistencia cultural

(Rosa Montero)

06

Ensayos

**“Rostros, saberes y derechos”,
Edith Patiño Sánchez**

**“Turismo y urbanismo”,
Gabriela Astudillo Patiño**

El sociólogo francés Alain Touraine en *El mundo de las mujeres*, considera a las mujeres como las nuevas protagonistas del siglo XXI, y que, tal vez de forma definitiva, han dejado atrás los referentes masculinos para construir identidades femeninas propias.

En este marco, lo verdaderamente abrumador es que –lo afirmamos con fuerza- no es posible entender una cultura sin mujeres, un arte sin las expresiones femeninas, una literatura sin escritoras, un mundo científico sin las aportaciones innovadoras de la mujer, una educación sin sus vocaciones, esfuerzos y sacrificios. Más aún: ¿acaso podría comprenderse en toda su dimensión la complejidad de la vida cotidiana sin la integración real de la mujer?

Pues, para reafirmar todas estas consideraciones, llega a nuestras manos un libro que recoge y sintetiza las innumerables actividades de dos mujeres verdaderamente singulares para nuestro tiempo, por su desinteresada y significativa contribución en todos los órdenes de la educación y la cultura, arquitectura, patrimonio e identidad, y reivindicaciones sociales en amplias perspectivas. Nos referimos a Edith Patiño Sánchez, con *Rostros, saberes y*

derechos, y a su hija Gabriela Astudillo Patiño, con *Turismo y urbanismo*. El volumen es un conjunto de artículos publicados en el “El Observador” a lo largo de varios años, esa importante y alternativa revista dirigida con incuestionable acierto por Jaime Cedillo Feijóo. Ambas obras cuentan con magníficos prólogos de Marysol Patiño Sánchez.

Son textos que marcan toda una trayectoria de vida, una enriquecedora diversidad de temas abordados desde una perspectiva humana y social, con actitud de inquebrantable compromiso con el lector. Problemas educativos y culturales, artísticos y sociales, arquitectónicos y urbanísticos considerados desde una penetrante y solidaria percepción del mundo femenino.

El eje central de *Rostros, saberes y derechos* no está solo en el mismo título, sino en las propias palabras de Edith Patiño, en forma de emotiva dedicatoria: a todos los rostros que han dejado huellas a través de su pensamiento, sentimiento y saberes. *A esa búsqueda ineludible de visibilizar, sensibilizar y reivindicar los derechos.*

Estudios en el *Normal Manuel J. Calle*. Después, 35 años de docencia en el Colegio “César Dávila Andrade”, hasta su jubilación, un desempeño presidido por la convicción de que la educación es el más humano de los esfuerzos de la mujer y del hombre porque, justamente, la educación, una de las mayores preocupaciones de Edith Patiño, atraviesa gran parte de las páginas de su libro.

Está subyacente la idea de una educación realmente postergada. Con Edith hemos considerado en muchas oportunidades que la educación, en una situación más inquietante que nunca, en el eclipse de las humanidades,

parece haberse estancado en estado permanente de crisis. Convencidos de que poco se avanzará en el plano educativo mientras no sea prioritaria la inversión de recursos. Pero, evidentemente, no solo en lo tecnológico.

Es posible que las clases virtuales hayan constituido una forzosa alternativa. Sin embargo, ¿nos dejará una enseñanza a distancia, cada vez más favorecida? Indiscutiblemente, si el discurso de lo digital se instala de forma definitiva en las instituciones educativas, lo habrá hecho “a golpe de virus”. Pero esto jamás ocultará lo absolutamente necesario que es la dimensión humana en el proceso educativo. *“El futuro de la educación pasa por valorar y recuperar aquellas dimensiones de la práctica docente que son estrictamente humanas y que ninguna alternativa virtual puede sustituir”*. Es, justamente, en este terreno donde la educación se juega de verdad su futuro.

Hay especial atención de Edith Patiño para la educación inclusiva. Hay que enseñar desde la diversidad y la identidad, porque la inclusión educativa debe ser una conquista moral y social, nos dice con firmeza. Creemos que si la finalidad última es una educación más equitativa y justa, esto, en la práctica aún no se ha consolidado. Precisamente, el primer artículo del libro se titula “La discapacidad, un tema de actualidad”.

Otro de los ejes que atraviesa el libro de Edith tiene que ver con la cultura y el arte. Como en el caso de la educación, hoy podemos hablar en la misma forma de una cultura desatendida. Sin metáforas ni expresiones simbólicas de ningún tipo: la pandemia apagó la cultura y aceleró las desigualdades.

La pandemia, claro. Pero, nos preguntamos junto con Edith y su obra, ¿y dónde queda nuestra responsabilidad, muchas veces indiferentes a este deplorable estado de la cultura? En cualquier caso, no podemos dejar de interrogarnos si era necesario esperar a una pandemia para afrontar y resolver definitivamente los problemas de un sector que nos aporta tantos beneficios en tiempos de adversidad.

Pese a todo, al poco interés de los políticos por los bienes “no materiales” o “espirituales”, la forma en que se gestionan la mayor parte de las actividades desarrolladas por Edith Patiño viene a ser como un antídoto contra lo irracional de lo útil. Habrá que volver a leer “La utilidad de lo inútil”, ese magnífico libro del italiano Nuccio Ordine, al referirse a las humanidades.

No podemos dejar de resaltar el trabajo de nuestra autora en el colectivo cultural Casa Tomada y “Warmis; este, un programa liderado por la Comisión Cultural de la Coordinadora Política de Mujeres del Azuay (CPMA), que sale al aire todos los lunes en Radio Católica. Para Edith, es un sueño cumplido, según lo vemos nosotros y, además, se desprende del contenido de sus artículos, *“con el mundo enfrentado a la pandemia, hoy, y la necesidad de reconstruir nuestra sociedad, mañana, la cultura debería estar en el centro de la respuesta”*.

Derecho a la cultura, pues vamos con los derechos, otra línea central del libro. El libro traza varios perfiles de mujeres que marcan la ruta de los derechos. Destacamos entre ellas a Raquel Rodas Morales, una mujer admirable y excepcional, con principios y convicciones capaces de abrir tesoneramente nuevos senderos de justicia, libertad y dignidad.

Ahora bien, igualmente, en esta lucha, sobresale el propio perfil de nuestra autora: Infatigable y tenaz Edith. Luchar por los derechos significa, en su caso, mostrar indignación ante lo injusto, solidaridad auténtica por el sufrimiento ajeno. En ella, la defensa de derechos humanos implica una importante dimensión ética y, no menos alta, responsabilidad. Habrá que decirlo una y otra vez, las personas pobres disfrutaban mucho menos de estos derechos que las personas que no lo son. La pobreza propicia la privación sistemática de los derechos humanos.

Los libros nos hablan en silencio con solamente abrirlos. Esta es una frase del fundador de Casa Tomada, y que ha sido recogida por Edith. Son palabras cargadas de amor a la lectura de Eliécer Cárdenas, ese gigante de la lucha por la cultura, que creyó en la importancia de las expresiones artísticas hasta el último suspiro. En la misma línea, el conjunto de escritos de Edith Patiño incluye tendencias y transgresiones artísticas de mujeres. El arte es parte integral del desarrollo del ser humano, tal como se afirma en artículos como *2º años de arte, cultura y sentimiento; Literatura y Arte por la no violencia.*

Imposible ocultar que el grave deterioro que la pandemia ha causado en el terreno de los escenarios artísticos se constituye, en último término, en peligrosas repercusiones para nuestra sociedad. Con Edith, conscientes de la importancia de preservar las manifestaciones artísticas en tiempos de pandemia, seguros de que para resistir y recomponerse, el ser humano, precisamente, dispone de estas herramientas para la vida.

Los humanos somos una especie de la palabra. Hay algo que se llama “coronavirus”, “covid-19”, “omicron”, un virus, y además de enfrentarlo sanitariamente quere-

mos hacerlo también en una relación reflexiva y sensible, que le demos un sentido: por qué ocurre esto, por qué sucede ahora, cuáles serán sus consecuencias. Para eso, la palabra, la expresión literaria. La literatura, para intentar darle una razón al momento que vivimos, darle un sentido al sufrimiento, al sinsentido de la adversidad.

Edith es de las personas que saben que no es posible un mundo sin poesía, porque el día que esta desapareciera significaría que el ser humano es otra cosa que humano. Por ello, además de sus artículos sobre César Dávila Andrade, su acierto al reproducir estos versos de Susana Moreno, excelente escritora e integrante de Casa Tomada:

¿Qué es la poesía? / Un resquicio de luz en una puerta cerrada, / una ventana que se abre a un campo de flores, / un mar turqués que se amansa a tus pies, / unas manos que se juntan para saludarte, / una flor de loto en un estanque sin edad...

Gabriela Astudillo Patiño igualmente hace poesía en sus visiones sobre la arquitectura y el urbanismo. Su libro se escapa absolutamente de mi ámbito de conocimiento, por ello recurriré muy brevemente a alguna reflexión de tipo humanista y social sobre el tema.

Su lectura me ha dejado un aprendizaje sobre la historia de Cuenca, de sus espacios y de quienes los habitan. La arquitectura es así un diálogo o un encuentro entre el ser humano y el arte. Indispensable, nos dice, *la relación arquitectura-medio ambiente; de esta manera se tomaría a la arquitectura como un complemento, más no como una ofensa a la naturaleza y al paisaje urbano (...) Cuenca, Patrimonio Cultural de la Humanidad. Ello significa poseer una identidad basada en un conjunto de creaciones*

de un pueblo a lo largo de la historia. Añadimos nosotros, “la historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita”.

Por otro lado, la arquitectura y el urbanismo deberían construir espacios para sociedades más justas y solidarias. Creemos que los escritos de Gabriela Astudillo suponen implícitamente un rechazo al actual utilitarismo de muchas tendencias actuales del urbanismo. Una arquitectura en donde el ser humano que la habita prevalezca sobre lo meramente decorativo. En consecuencia, hay que visibilizar el trabajo de las mujeres en la transformación del territorio.

Con ello, para concluir, volvemos al inicio de mi exposición. Las mujeres confrontan mayores desigualdades y vulnerabilidades, no por su “naturaleza”, sino por las causas de sus circunstancias y de la cultura patriarcal, son palabras de Ana Falú, reproducidas en el libro; es arquitecta argentina, y activista social por los derechos humanos y por los derechos de las mujeres. Es ineludiblemente en el terreno de la cultura donde se refleja la condición humana, y ¿qué tipo de representación sería sin la intervención femenina? ¿Cómo puede ser excluida la mujer de ese espacio sin afectar seriamente la esencia del ser humano?

¿Corremos, entonces, el riesgo de transmitir una cultura sin la mirada femenina? *Las mujeres son las grandes ausentes de la visión del mundo que forjamos en nuestro sistema educativo.* Por ello, nada más significativamente histórico que la presencia de María Augusta Hermida como primera rectora de la Universidad de Cuenca. Esclarecedora la entrevista realizada por Edith, donde nuestra Rectora habla de la necesidad de remar en la misma dirección. La Universidad, espacio de utopía y creación, debe

construir una visión clara sobre los retos e incertidumbres a los que se enfrenta hoy. Si nos preguntamos cuál es el futuro de las universidades en América Latina, qué supone para Ecuador contar con universidades de referencia, entre ellas la Universidad de Cuenca, la gestión de María Augusta Hermida será, sin duda, la mejor respuesta.

Por otra parte, y regresando a la cuestión anterior, si aceptamos que los estudiantes conocen la existencia y la obra de escritoras y artistas fuera de las aulas y los espacios académicos, es una desafortunada mutilación cultural, además de un fracaso social para todos, para las mujeres y también para los hombres.

En pleno siglo XXI, la educación, la cultura y el arte reprobaban en lo que tiene que ver con la inclusión y con la igualdad de oportunidades. Y esto sucede en el más alto punto de la reivindicación de la mujer en su función en la Historia, frente al ocultamiento absolutamente injustificado de sus logros.

**POESÍA LÍRICA ESPAÑOLA
CONTEMPORÁNEA**

“Los años 70”, de Sara Vanégas

Para los buenos lectores de literatura, nos resultan ya totalmente familiares las mejores obras poéticas de Sara Vanégas, una de las voces líricas femeninas más representativas de las letras ecuatorianas. Pero también hay varios libros que dan prueba de su capacidad y conocimiento de la crítica literaria: “Poesía y cuento cuencanos. Antología temática”, Universidad del Azuay, 1998; “Escena literaria en Latinoamérica”, Munich, 1982; “Siete poetas cuencanos”, Casa de la Cultura, 1990; “Cuento cuencano de los últimos años”, Casa de la Cultura, 1996. Además, fue directora y fundadora de la revista “Solo Textos”, de la Casa de la Cultura; y “Marginalia”, de la Academia Iberoamericana de Poesía, Capítulo Cuenca. Todo lo cual, en conjunto, es una magnífica muestra de cómo conocimiento y sensibilidad se conjugan armoniosamente.

No son frecuentes los estudios en el Ecuador sobre las últimas tendencias de la poesía española contemporánea, y mucho menos permiten profundizar y ofrecer al lector una espléndida antología de los poetas de un período concreto: los autores de la década del 70. Este, en cierto modo vacío, viene a ser cubierto por el sugerente ensayo de Sara Vanégas, publicación conjunta de la Casa de la Cultura Núcleo del Azuay y la Universidad del Azuay.

Con gran poder de síntesis y una concisión realmente admirable, las páginas de este libro recorren medio siglo de poesía española. Sara Vanégas inicia su recorrido hacia la segunda mitad del siglo XX, refiriéndose a la década del 50. Señala con sobra de razones un hecho estético innegable: un cambio relevante en la evolución de la poesía española, consistente esencialmente en una ruptura manifiesta con el excesivo formalismo de años anteriores y el interés ahora por profundizar en la dimensión humana.

Se trata con propiedad de una poesía nueva, interesada básicamente en los problemas del hombre, a veces con evidentes implicaciones sociales. Poetas como Blas de Otero y Gabriel Celaya, que tratan de comunicarnos líricamente su relación con la vida y la historia.

Sara Vanégas registra la diversidad de tendencias de esos años y los posteriores, y advierte cómo otros escritores más jóvenes (José Ángel Valente, Ángel González) asumieron ese estilo realista pero alejados de cualquier compromiso político, profundizando en temas como el paso del tiempo, la infancia, la vida cotidiana, el amor. Es decir, cómo poesía “social” y “de pensamiento” recorrerán simultáneamente la década de los 60.

Al enfocar el tema central del libro, los años 70 de la lírica española, nos preguntamos: ¿Puede hablarse con más o menos exactitud de la aparición de una generación de creadores líricos, caracterizada, entre otras cosas, por el manejo o construcción de un amplio concepto de cultura que modificará significativamente el quehacer poético en España? Sara Vanégas parece afirmarlo al registrar los distintos nombres asignados al grupo: “generación de la marginación”, “generación del mayo francés de 1968”,

“generación del lenguaje”. Ninguna de esas nominaciones, a nuestro juicio, es demasiado afortunada.

En su estudio con su fina sensibilidad literaria y su desarrollado sentido crítico, señala las principales características de los poetas seleccionados y antologados, los más representativos y los que considera que perdurarán en nuestra memoria: Pere Gimferrer, Leopoldo María Páner, José María Álvarez, Luis Alberto de Cuenca y José Miguel Ullán.

Les preocupa el acto de escribir y se sumergen de lleno en la experimentación, que enlaza de alguna forma con los movimientos de vanguardia de principios de siglo, alcanzando incluso el redescubrimiento de la poesía visual, la metapoesía y el llamado culturalismo.

En casi todos ellos, sus versos recogen su concepción de la autonomía del arte y la poesía, la visión simbólica del poema, la influencia en la creación literaria del cine y la televisión, el lenguaje del cómic y la publicidad, en fin, la incorporación de nuevos mitos. Son estos rasgos como señas de identidad de un movimiento que acoge en su ámbito diversas manifestaciones culturales con la aspiración de integrarlas en una nueva realidad estética.

Tendencias innovadoras

Concluye lo que podríamos considerar la introducción de su estudio: unas consideraciones que yo juzgo definitivas por su claridad y manejo del lenguaje sobre el culturalismo y la metapoesía, los aspectos más innovadores del grupo de poetas que son posteriormente analizados en el libro que comentamos.

El culturalismo ha despertado polémicas apasionadas, por una actitud que considera que las culturas son perfectas en sí mismas y que cualquier cambio en ellas, cualquier interacción, debe ser rechazado. La cuestión es si esta visión es inaceptable, como aseguran sus opositores, que, en principio, argumentan de forma absolutamente lógica: “si la plenitud del hombre, su identidad y conciencia de sí provienen del encuentro con otras personas, lo mismo podemos decir de las culturas: un pueblo afirma su identidad cultural solamente en la medida en que se relacione con otras culturas”.

Al margen de esta cuestión, Sara Vanégas señala como uno de los procedimientos del culturalismo el hacer de otras obras de arte (una escultura, un cuadro, un filme) el objeto del poema, tomar esas obras como punto de partida para sus creaciones líricas. Es decir, la intertextualidad.

La metapoesía puede inicialmente entenderse como el encuentro con el lenguaje, poesía de la poesía. En esta línea, el término “metapoesía” tiene un sentido análogo, al estar en una posición excéntrica frente a sí misma: lo que quiere decir que la metapoesía observa desde “afuera” a la poesía. Retomando a Lacan, la metapoesía es otredad, la voz del otro, el deseo y el poema.

Para el estudio y antología de los cinco poetas estudiados, lo mejor es remitir al lector al libro que estamos comentando, por lo valioso y de los juicios expresados, y por el acierto de las composiciones seleccionadas. No obstante, algo común a todos ellos nos interesa resaltar.

Pere Gimferrer sufre la afortunada influencia de Octavio Paz, quien decía: “mereces lo que sueñas”. Alguno de los componentes de la poética de este autor catalán pode-

mos resumirlas así: “en qué consiste la actividad poética, en qué consiste ser poeta, en qué consiste leer un poema”. Porque uno de los aspectos más característicos del tránsito de la Modernidad a la Postmodernidad ha sido la interrogante del escritor sobre su propia actividad poética.

Junto a estas preocupaciones, escribe versos como estos, cálidamente humanos:

murió en noviembre y llueve en su piel blanca,
llueve con la dulzura del otoño
y el dolor de la infancia que no tuve
y hoy sueño para ti.

José-Miguel Ullán es posiblemente el más experimentalista de todos, con aproximaciones interesantes a la poesía visual. De una de sus composiciones registradas por nuestra autora son estas frases:

-No hay tiempo que perder. Su lugar es la vida.

-Hay un espacio mudo al fondo de esa imagen mudada en primavera. Una orilla de espejos encendidos. Una alegría por venir. Una guirnalda que convida al tacto.

Leopoldo Panero, “un caso muy particular dentro de las letras españolas y aun universales”, como reconoce Sara Vanégas, agobiado angustiosamente por sus fantasmas interiores, es capaz de insertar sus obsesiones en una

dimensión humana compartida: “La tierra le dio un cálido abrazo (...) Cada dos o tres años, el calor de una mano”.

Coincidimos con la autora en que pocos poetas tan representativos de la evolución de la poesía española en las últimas décadas como Luis Alberto de Cuenca, en el sentido de una búsqueda constante de nuevas formas de expresión poética. “Acusado” de ser el poeta más culturalista de su generación, logra, sin embargo, fusionar cultura y vida con una gran originalidad:

Y, para colmo, sigo soñando con gigantes
y contigo, desnuda, besándoles las manos.
Con dioses a caballo que destruyen Europa
y cautiva te guardan hasta que yo esté muerto.

José María Álvarez es, a mi criterio, el que escribe una poesía más intensamente humana:

Huele este cuerpo, acaricia estos cabellos,
mira estos ojos. Mas no pretendas
tenerlos. Aun en la vasta noche del placer,
cuando más tuyos los creas,
estarán tan lejos como la patria de tus padres.

Ante la temporalidad y la evocación, la creación poética brota como única alternativa, y sus versos vibran como

destellos fulgurantes de humanidad:

No la traerán los dioses ni la noche.

Pero vive en mi sueño,

puedo en él detener aquellas horas.

Y fijar para siempre con los versos

el brillo de su cuerpo casi impúber.

Como eje transversal que atraviesa todo el estudio de Sara Vanégas y la antología por ella establecida, el lector se adentra, a través de la palabra poética, en el calor y el sentido de lo humano, como la nota esencial que preside todas estas páginas. El lector va compartiendo vivencias estéticas y conocimientos. Es, sin lugar a dudas, uno de los grandes logros de este libro, la emoción y la intensidad humana, la fina sensibilidad de la crítica literaria, manifiesta en sus percepciones y en su lectura de tan importantes poetas de la lírica española del siglo XX.

**ESTAMOS SUBIENDO UN PEQUEÑO
PELDAÑO EN LA HISTORIA**

I

¿Una cultura sin la mirada femenina?

Por obvio que resulte, hay que decirlo: en los más amplios campos del saber, la cultura y las manifestaciones artísticas, se insertan esfuerzos y aportes enormemente significativos de la mujer. Lo fundamental es que se toma conciencia de ello en un período realmente trascendental de nuestro, y reciente, siglo XXI: en el más alto punto de la reivindicación de la mujer en su función en la Historia, frente al ocultamiento absolutamente injustificado de sus logros. Tal vez se quede corta Rosa Montero cuando, refiriéndose a la presentación de “Nosotras” (un libro con biografías e historias de mujeres), afirma: “estamos subiendo un pequeño peldaño de la Historia”.

Pero son palabras rigurosamente exactas en el sentido de que no debemos engañarnos. Ese “reconocimiento” no se corresponde con su dinámica y creativa producción si advertimos la expansión de las aportaciones femeninas en diversos ámbitos de la vida social, científica y económica; en las nuevas estéticas plásticas y musicales, en los diversos formatos de relatos literarios, en las ficciones cinematográficas y audiovisuales. Todavía hoy, la amplitud del trabajo que desempeñan las mujeres no tiene la suficiente visibilidad social ni forma parte como debiera de la memoria cultural.

Una aproximación sociológica a esta problemática implicaría referirse a la división sexual del trabajo, a las desigualdades en el ámbito de la educación, a las representaciones artísticas de la mujer, a la violencia de género, a los estereotipos de los medios de comunicación y la publicidad. En suma, a la construcción social de género, lo cual se constituye en una cuestión esencial y profundamente humana.

II

Es indefectiblemente en el terreno de la cultura donde se refleja la condición humana, y ¿qué tipo de representación sería sin la intervención femenina? ¿Cómo puede ser excluida la mujer de ese espacio sin afectar seriamente la esencia de ser humano? Esa mirada ha logrado transformar los valores, convencionalismos y estereotipos de nuestra sociedad, porque hay una historia que no está en la historia y esos esfuerzos sólo se pueden rescatar aguzando el oído y escuchando el susurro de las mujeres (“Nosotras. Historias de mujeres y algo más”).

Solamente así se definirá en forma adecuada y justa el marco de los valores compartidos, de los sueños y anhelos colectivos. Pero realmente la producción cultural de las mujeres muchas veces ha quedado disminuida en relación al trabajo desarrollado por los hombres. Por algo se preguntaba Néstor García Canclini: “Todos tienen cultura. ¿Quiénes pueden desarrollarla?” Pues está claro: serán otros quienes precisen y delimiten el terreno de la humanidad si no se desnormaliza lo aparentemente normal, esa especie de discriminación y exclusión cultural.

III

¿Corremos entonces el riesgo de transmitir una cultura sin la mirada femenina? Las mujeres son las grandes ausentes de la visión del mundo que forjamos en nuestro sistema educativo, asegura categóricamente Ana López Navajas. Si aceptamos que los estudiantes conocen la existencia y la obra de escritoras y artistas fuera de las aulas y los espacios académicos, es una desafortunada mutilación cultural, además de un fracaso social para todos, para las mujeres y también los hombres.

Recordamos, a propósito, la tesis central de La utilidad de lo inútil de Nuccio Ordine: el pensamiento, la literatura, el arte y los conocimientos humanísticos son considerados como inútiles –según critica el pensador italiano- por el progresivo y tal vez premeditado olvido de las humanidades en los planes educativos y presupuestos oficiales en numerosos países. En este sentido los esfuerzos de mujeres apasionadas por la cultura y los saberes vienen a ser también una especie de alerta en una época en que todo se mide en función de la eficacia y el beneficio económico.

Porque resulta que hay enormes y decisivas aportaciones de mujeres que funcionan expresivamente como liberadoras de los espacios mentales y del mundo interior de los seres humanos, y que de forma inadmisiblemente no han sido suficiente y oportunamente registradas. Con palabras del mismo Ordine: el valor de la educación humanista y la capacidad que la literatura y la cultura tienen para transformar la vida humana en una aventura profunda y apasionante. Para aquellos que todo lo miran desde una

perspectiva utilitaria habrá que recordarles que sin capacidad de soñar no se es en verdad realista. Y sin la voluntad de luchar por lograrlo, tampoco.

IV

En pleno siglo XXI, el arte y la cultura reprobaban en lo que tiene que ver con la inclusión y con la igualdad de oportunidades. La invisibilidad de las mujeres en la historia es un hecho irrefutable que no sucede porque no existan, ni mucho menos porque no identifiquemos sus nombres. Es así, simplemente, porque las actuales estructuras de nuestra sociedad lo permiten.

Una mirada con futuro nos obliga a replantear esta situación, de manera que las mujeres dejen de ser meras inspiradoras de artistas (es decir, objeto) para transformarse en auténticas creadoras (es decir, sujeto). Y así entramos –y por nuestra parte, concluimos– en el mundo de los derechos humanos: que la producción cultural se convierta en un derecho y en una actividad plena de participación para todos, mujeres y hombres.

**UN INTELLECTUAL DE
DOS MUNDOS**

Doctor en Historia por la Universidad de La Laguna (España), participación en diversos proyectos por la Unión Europea. También, miembro de la Academia Nacional de Historia de Ecuador y de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Cañar, Profesor de la Universidad Nacional de Educación, Ecuador. Un personaje de dos mundos, entre Canarias y Ecuador, dos puntos geográficos distantes que comparten una historia paralela, expuesta en su libro “Entre Canarias y Ecuador”. Estamos frente a un escritor de rostro bifronte, como la diosa Jano: con una cara hacia España y con la otra hacia América Latina. Ha registrado mediante la historia y la sociología, la crónica y el reportaje, la identidad del mestizaje. Como veremos más adelante, la universidad en América Latina debe cumplir, precisamente, esa función de vínculo entre culturas.

En conjunto, su principal actividad es la constante, aguda observación, el estudio profundo y la reflexión crítica en torno a las realidades que le rodean, y además expresa enérgicamente sus ideas con la aspiración de influir en la sociedad. Un escritor que proviene de los ámbitos de la cultura, la historia, la docencia y le periodismo. Su escritura se compromete con el entorno social y la defensa de valores humanistas, siempre en lucha contra las desigualdades e injusticias de nuestro tiempo. Es decir, con toda propiedad, un intelectual, eso es esencialmente José Manuel Castellano Gil.

Un cronista comprometido, por más que este último término esté actualmente desacreditado. Pues la escritura

como forma de protesta y denuncia es tan antigua como la existencia misma de las desigualdades y los abusos, del racismo y la xenofobia, de la violencia de género y la epidémica corrupción.

Entre otras obras, ha publicado “Crónicas desde Ecuador”, I, II, III. Ahora aparece un volumen más: “Crónicas desde Ecuador (IV)”. Desde la primera entrega, prologada por Manuel Ferrer Muñoz (director del Servicio de Asesoría sobre Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades), la proyección de ese compendio de artículos sobre temas sociales, educativos y culturales se precisa en las páginas de Manuel Ferrer:

Otro rasgo que me gustaría destacar de estas Crónicas es su oposición a las rígidas estructuras de sumisión y de dependencia globalizadas, generadoras paradójicamente de desigualdades, injusticias y discriminaciones (...) De ahí su interés por el análisis de las sucesivas coyunturas internacionales, su preocupación por el medioambiente, sus críticas al capitalismo, resistir la imposición de modelos socioeconómicos incompatibles con la dignidad humana.

Pudiera creerse que -desde una perspectiva académica- una posición crítica frente a cuestiones de la más viva actualidad supone un nivel inferior del intelectual frente a las grandes preguntas existenciales que nos plantea nuestra vida.

Realmente, José Manuel Castellano demuestra que lo que hay en el fondo de este asunto es un honesto e incorruptible compromiso de su sensibilidad social ante esas otras realidades:

Mi querido amigo, no me caracterizo por repartir odios, ni siquiera ante las injusticias. Ese es un sentimiento que no profeso, ni practico, ni quiero. Otra cosa, y ese siempre ha sido un comportamiento muy asentado y que ha definido mi vida (para bien o para mal), es que no soy indiferente ante ciertas cosas, principios y valores, especialmente ante los abusos, la prepotencia, “la falta de ignorancia”, la explotación, la discriminación, la violencia, la hipocresía, las mentiras, las miserias humanas, las corruptelas ejercidas en todos los ámbitos, incluida la Académica...

(Ni odio ni indiferencia)

“No soy indiferente”, nos dice. Claro, José Manuel, porque ningún hecho de cultura es neutro. “Si nos acostumbramos a ser inconformistas con las palabras, acabaremos siendo inconformistas con los hechos”, asegura Emilio Lledó. “Ambas actitudes son formas de libertad. Y la libertad no admite conformismo alguno. Vivir, para los humanos, sobre todo en nuestros tiempos, ha sido siempre una sucesión de conformidades, de aceptaciones y de sumisiones”. Ya lo decía Albert Camus: *uno no puede ponerse del lado de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen.*

Si alguien piensa que es un pretencioso y oportunista intento, por parte de un intelectual, situarse al servicio de la vida social y política, lo es únicamente en el caso de la opinión de escritores de escasa y dudosa calidad. Del auténtico intelectual se esperará siempre una interpelación crítica sobre las realidades que le rodean. El sujeto de ideas suele ser un sujeto social dinámico, activo. Debe serlo en esta época de la posverdad y de lo políticamente correcto.

Una consideración más, ahora en relación con el intelectual en América Latina: en el continente, la producción intelectual y el desempeño social atraviesan por uno de sus mejores momentos; en estos escritores, la realidad latinoamericana sucede más por la política y lo social que por el mundo netamente cultural. Entonces, evitemos la sensación de que la figura actual del intelectual es algo fosilizado; eso supondría desconocer por completo su función en la vida social de los pueblos. José Manuel Castellano, por el contrario, es un escritor anclado en las realidades más vivas:

Este canario de nacimiento no canta en jaula se siente de todas partes y de ninguna, pero muy sujeto y arraigado a la tierra que pisa desde un compromiso humanista, honesto, solidario y librepensador. Intenta enfrentarse abiertamente a las injusticias, a la discriminación, a la explotación..., que promueve este sistema global corrupto y criminal en todos sus ámbitos

(Micro-Autorretrato)

Nuestro escritor y docente llegó formando parte del *Programa Prometeo* como investigador entre 2013 y 2014. Editor-Jefe de CES-AL, que pretende ser algo más que una editorial, es una apuesta decidida por la vinculación social y una cultura plenamente liberadora. Director de la Tribuna Internacional La Clave, revista digital constituida en tribuna de libertad de expresión y pensamiento. La historia nos ha enseñado que cuando la producción intelectual y la vida social y política se comunican, son complementarias. Entendido así, el intelectual pretende influir tanto en la conciencia de los individuos como en la de quienes toman las decisiones.

Una educación “a golpe de virus”

La contemporaneidad ha imprimido una vertiginosa aceleración del tiempo en la irracionalidad colectiva. Mientras que el fondo y las esencias han permanecido inmutables a su sombra. Unas transformaciones revestidas, con un toque cosmético sutil de gran impregnación social, para que no alteren el orden y “todo siga igual”.

(Pedagogía de la paciencia I)

Estas palabras de José Manuel Castellano me recuerdan a una parte de mis propias reflexiones sobre “Cabalgata nocturna”, esa *novela negra* de Eliécer Cárdenas:

Esta espléndida y expresiva narración es una mirada irónica sobre el cambio y a la vez inmovilidad de la sociedad. De alguna manera, todo sigue igual. Nos recuerda la célebre frase de Lampedusa en *El Gatopardo*: “Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie”. Pasado, presente y, tal vez, futuro no se distinguen. Un mundo ya establecido y a la vez clausurado, una situación que nos sobrecoge.

Pues algo así pude tal vez aplicarse, sin exageración ninguna, al estado actual la educación, posiblemente el centro de un gran número de artículos de nuestro autor y desde donde irradian otros muchos aspectos de sus “Crónicas desde Ecuador”. Hablamos hoy de una educación realmente postergada. La educación, en un estado más apremiante que nunca, en el eclipse de las humanidades, parece haberse paralizado en escenario permanente de crisis.

Se entendería, sin embargo, que con el auge de las tecnologías, algo ha cambiado realmente. El mismo José Manuel asegura:

Algunos sesudos teóricos, han definido este momento histórico como la “Era de la Información y la Comunicación”, por el simple hecho del surgimiento de nuevos dispositivos tecnológicos, nuevas formas de relación social, generalización de la desigualdad y concentración del poder.

Es posible que las clases virtuales hayan constituido una forzosa alternativa. Sin embargo, ¿nos dejarán una enseñanza a distancia, cada vez más favorecida y en perjuicio de la presencial? Indiscutiblemente, si el discurso de lo digital se instala de forma definitiva en las instituciones educativas, lo habrá hecho, como alguien ha dicho, “a golpe de virus”, no como un resultado de procesos de aprendizaje. Pero esto jamás ocultará lo absolutamente necesario: la dimensión humana en el sistema educativo.

Compartimos con J. M. Castellano que el esfuerzo debe ir orientado a ayudar a los estudiantes a pensar por sí mismos, a comprender y cuestionar los límites de la acción individual en detrimento de la colectiva. Esta será una de las claves de la educación del futuro:

la cuestión de fondo es que, si queremos ir por delante de los avances tecnológicos, tenemos que descubrir y perfeccionar las cualidades únicas de nuestra condición de seres humanos, las cuales, antes que competir con las capacidades que hemos creado en nuestros ordenadores, las completan. Las escuelas tienen que crear seres humanos de primera clase, no robots de segunda

(Andreas Schleicher)

Al mismo nivel se sitúa en “Crónicas desde Ecuador”, el polémico asunto de la titulación, que pone de relieve estructuras académicas construidas frecuentemente alrededor de los intereses de los adultos y mayores antes que de los propios estudiantes:

Desde nuestra perspectiva, ese ordenamiento es concebido como un punto de partida y no como un fin de la educación, los principios fundamentales del conocimiento y de las ciencias, que son manifestadas a través del diálogo, la reflexión, el repensar, el cuestionar y el ejercicio de la crítica.

Son palabras importantes y que vienen a complementarse en su artículo “Educar para el fracaso y la derrota”, en donde José Manuel reproduce un escrito del cineasta Pasolini, con mismo título:

Pienso que es necesario educar a las nuevas generaciones en el valor de la derrota, de la humanidad que de ella surge. Una sociedad en la que se pueda fracasar y volver a empezar sin que el valor y la dignidad se vean afectados. En no ser como un trepador social, en no pasar sobre el cuerpo de los otros para llegar el primero.

Precisamente, creo que si hay un aspecto en Don Quijote que lo conecta con esas ideas y que hoy es incuestionable, vamos a llamarlo así, es el fracaso de su aventura. En este mundo de éxitos prefabricados, todo triunfador suena un poco a fatuo y, por el contrario, la derrota tiene un gran aroma de autenticidad. Este “fracaso resplandeciente” es, posiblemente, la más actual y permanente lección que Don Quijote puede ofrecer al lector de una sociedad absurdamente adoradora del éxito a cualquier precio.

Bueno, estamos convencidos de que poco se adelantará en el plano educativo mientras no sea prioritaria la inversión de recursos. Habrá que recordar la tesis de Víctor Hugo -y aplicarla a la educación- cuando afirmaba que *“es en la época de crisis cuando hay que doblar el presupuesto para la cultura”*. Efectivamente, con el mundo todavía enfrentado a la pandemia -al menos, en sus secuelas- sentimos hoy la imperiosa necesidad de reconstruir nuestra sociedad, y para ello, la educación debería estar en el centro de la acción.

Un reto para América Latina: la educación superior

La función que desempeña la educación superior en América Latina para favorecer el desarrollo social para el siglo XXI se convierte en un auténtico desafío y es otra de las inquietudes que atraviesan, a la manera de una isotopía, las páginas de la obra que comentamos.

Partimos del hecho de que el fenómeno de la globalización desborda ampliamente los límites de la economía e invade el terreno de la educación. En este contexto, la calidad de la educación superior es fundamental, y, particularmente, la cuestión de la investigación constituye un requisito previo de máxima importancia para la calidad académica y científica de las universidades.

En esta línea, los problemas y cuestiones sobre la Universidad en América Latina ocupan, como dijimos, una atención prioritaria de José Manuel Castellano en sus *“Crónicas desde Ecuador”*. La universidad siempre ha sido el centro del desarrollo cultural de la sociedad, y ha desempeñado, desde sus orígenes, una labor esencial como nexo de unión entre culturas. Resulta entonces necesaria

una razonable exigencia en la capacidad investigadora del profesorado universitario. La posición de nuestro cronista descarta radicalmente el exceso de titulación como una de las salidas a la problemática cuestión de la docencia universitaria:

Desde las últimas décadas del siglo XX, los países centrales han reconvertido la educación superior (con minúscula) en una “mercancía” más de consumo, que ha obligado a las clases medias y precarias a hipotecar su patrimonio. Una formación que, además, prima las áreas básicas del desarrollo productivo del propio sistema. Mientras que aquellas otras disciplinas, que no se ajustan a esos parámetros (Humanidades y Ciencias Sociales) pierden cada vez más espacios.

La investigación se convierte en un requisito previo imprescindible. En el contexto de las recientes adversidades sanitarias, así se expresa José Manuel Castellano:

Una educación que ha encontrado en su camino a un gran aliado, la pandemia, que ha impulsado la proliferación de maestrías y doctorados de muy corta duración bajo modalidad virtual o semipresencial que, a simple vista, ha favorecido un acceso y ha originado un proceso inflacionista de titulaciones, con la consiguiente reducción significativa en los criterios de exigencia y calidad

(Pedagogía de la paciencia, II)

¿Entonces, la pandemia como un gran aliado? Lo cierto es que la crisis ha puesto en evidencia las numerosas deficiencias de los sistemas educativos, incluida de forma-

ción de los docentes. ¿Es acaso entonces, desde el mismo título, una exageración el artículo “La Universidad, un gran engaño social”?

No entendemos -o más bien todo lo contrario- la polvareda levantada en las redes sociales ante unas reflexiones vertidas por un docente universitario sobre la baja calidad educativa. La misiva, en cuestión, firmada por Daniel Arias Aranda, docente de la Universidad de Granada (España), y reproducida posteriormente como artículo de opinión en La Voz de Cádiz (Andalucía-España), el pasado día 4 de este recién estrenado año, llevaba un rompedor y llamativo título: “Hoy me dedico a engañar más que a enseñar”.

Pues, no. No lo es el exigir una investigación social, científica y tecnológica de alta calidad. Como reconoce Castellano Gil, *los estudiantes no son los responsables de esta penosa mediocridad educativa e intelectual actual. Ellos simplemente son el resultado y la consecuencia directa de este sistema educativo.*

“La mala calidad educativa, es un asunto que no interesa lo más mínimo al conjunto social”, “las Humanidades pierden cada vez más espacios”, “ausencia de lectura”. José Manuel acierta, en esas expresiones, en uno de los puntos centrales de la cuestión. La universidad, como en cualquier otro nivel de enseñanza, debe impulsar permanentemente procedimientos orientados a la construcción de jóvenes lectores. Lo decimos con fuerza: antes que enseñar técnicas de lectura hay que despertar el gusto por la lectura. Aunque la escuela, el colegio, la universidad, incluso si sus propios profesores no los motiven, los jóvenes aman la lectura y la escritura. Afirmamos esto con toda

convicción y contra la insistente idea de que a los jóvenes no les interesa leer ni escribir.

Sin embargo, asimismo con firmeza, en muchas instituciones educativas se ha concebido al lector como un descodificador de signos; quizá esto explique entre otras razones, el desinterés de un número considerable de estudiantes especialmente hacia la lectura literaria, ya que a los jóvenes no se les incita a amar los libros, sino a detestarlos. Frecuentemente observamos con pesar, en esto vamos nuevamente con José Manuel, cómo la lectura se ha asociado a la tarea escolar o académica, no al disfrute en libertad. Paradójicamente, quienes leen habitualmente fuera del ámbito académico suelen ser mejores lectores.

José Manuel Castellano, un intelectual de dos mundos. Su trabajo, este libro, una clara contribución al desarrollo del sistema educativo y una mejor comprensión entre culturas y pueblos (Canarias y Cuenca), para favorecer la integración latinoamericana y afianzar la identidad social y cultural del continente.

“La cultura inculta”, de Patricio Barzallo

Médicos humanistas

Cuenca tiene una larga e importante tradición de médicos humanistas, que contribuyeron y siguen contribuyendo a una mejor comprensión de la cultura en sus distintas manifestaciones

(Mario Jaramillo, Prólogo)

Efectivamente, para quien habla nunca dejó de sorprendernos la producción literaria de los médicos cuencanos y la profunda visión humanista de su profesión, desde el Dr. Leoncio Cordero Jaramillo, el primer médico a quien acudí en Cuenca, pasando por el Dr. Gustavo Vega, hasta el Dr. Patricio Barzallo Cabrera, con su último libro, “La Cultura incultura”. Recientemente incorporado a nuestro colectivo “Casa Tomada”, junto a otros médicos ilustres, como la Dra. Magdalena Molina, el Dr. Jacinto Landívar, el Dr. César Hermida y el Dr. Juan Castanier.

Nuestro sentido de humanista: defensa de la dignidad humana, de sus valores y de su libertad. El humanismo es una ética: la creencia en la solidaridad. En palabras de Gregorio Marañón, paradigma de médico humanista,

“la Medicina es una filosofía de vida”. En el juramento de Hipócrates: “tratemos, no las enfermedades del hombre, sino al hombre enfermo”.

Médicos humanistas y escritores, en esta ocasión dos rasgos indisolublemente unidos en la figura del Dr. Patricio Barzallo. Nos dice el Dr. César Hermida Bustos:

Las sociedades progresan en sus aspectos culturales y científicos mediante la labor cotidiana de pequeños grupos que, con esfuerzo y dedicación, producen logros colectivos altruistas y generosos. El motor de estos grupos son personas notables como el Doctor Patricio Barzallo Cabrera.

El Dr. Patricio Barzallo, Expresidente del Colegio de Médicos del Azuay, Director de la Red de Investigación en Salud Pública, Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca. Como escritor, entre otras obras, *Historia del Colegio de Médicos del Azuay, El Eslabón de la Historia, Dr. César Hermida Piedra*. Sobre esta figura cuencana, así se expresa la Arq. María Augusta Hermida Palacios, Rectora de la Universidad de Cuenca:

Esta nueva mirada a la vida de mi abuelo. Mi invitación a las nuevas generaciones, más que a seguir su ejemplo, a seguir su espíritu: la valentía, la lucha colectiva, la poesía, el viaje y el amor.

La cultura, qué es

En las primeras páginas de la obra, se plantea la cuestión de qué es la cultura. Con una espléndida documentación, se ofrece una múltiple perspectiva de la cuestión.

Por nuestra parte, tenemos registrada una definición de un gran escritor que cubre, creo yo, la diversidad de enfoques que recorre Patricio Barzallo. Dice Milan Kundera: “la cultura es la memoria del pueblo, la conciencia colectiva de la continuidad histórica, el modo de pensar y de vivir”.

Una idea importante de Patricio Barzallo: “la cultura no debe manifestarse como una esfera separada de la vida”. Y en esta ocasión, yo diría, la cultura la más poderosa medicina para mantener sana y fuerte la salud de un pueblo.

Las expresiones culturales, como necesidad humana, tienen un papel importante en la vida de todos. Las manifestaciones culturales como medio para la conformación tanto de nuestra identidad como del colectivo social. Entonces, la pasión por la cultura, trabajar por ella es posiblemente la dedicación de la vida a una de las más sensibles herramientas humanas. Esforzarse por la cultura -como por la Medicina- es trabajar por la vida, permite al hombre y a la mujer vivir dignamente como ser humano. Tal es la dimensión del libro del Dr. Patricio Barzallo.

Si esto es así, nos preguntamos por qué los gobiernos, en tiempos de crisis, lo primero que recortan es la cultura. Leamos, a propósito, el capítulo “Cultura y rentabilidad”. Vivimos tiempos en que la cultura está amenazada por la aparente lógica del beneficio. Pues habrá que recordar la tesis de Víctor Hugo, en pleno siglo XIX, cuando afirmaba que “es en la época de crisis cuando hay que doblar el presupuesto para la cultura”. Entendamos a Javier Gomá cuando afirma:

lo único verdaderamente importante en una sociedad es la cultura. Porque la economía y la política tienen por finalidad satisfacer los deseos de los ciudadanos, pero es la cultura la que moldea esos deseos. Por ello, absolutamente todo en una sociedad depende en último término de la cultura.

Cultura y educación

En la sección sobre cultura y educación, nuestro autor se plantea, aunque nos sorprenda, la difícil relación entre cultura y educación. ¿Puede hablarse realmente de un divorcio inevitable y permanente entre cultura y educación? Por una parte, la cultura es la fuerza que nos permite avanzar hacia una educación integral. Por otro lado, tenemos que ser capaces de transmitir a través de la educación el valor del patrimonio cultural de nuestro pueblo.

Nuestro escritor, nos deja una inquietante advertencia: “el alejamiento entre educación y cultura es toda una metáfora de nuestros tiempos”. La expresión “la educación es cultura” quiere decir que hay un fuerte vínculo entre educación, cultura y valores humanos. “Tan solo por la educación puede el hombre llegar a ser hombre” (Kant).

No se puede educar, no se educa prescindiendo de la cultura. Por ello, aplicar recortes como si la educación fuese un gasto y no una inversión esencial es un error. Se asegura que los países que están saliendo o han salido antes de la crisis son los países que más han invertido en educación.

“La cultura inculta”

Este libro ayudará a mucha gente a caminar por el apasionante rumbo que lleva a entender mejor lo que es la cultura y, sobre todo, a reflexionar sobre un tema que muchas veces se considera, equivocadamente, que está reservado solo para un reducido grupo de personas “cultas” e “instruidas”

(Prólogo (Mario Jaramillo))

En la expresión “incultura” nuestro autor incluye actitudes artificiosas pedantes, gestos prefabricados o “poses”, rebuscamientos teóricos excesivamente engorrosos para exhibición personal. También incluye Patricio Barzallo, con gran acierto y expresividad, lo referente a la “viveza criolla”. La “viveza criolla”, esa expresión disfrazada de conducta cotidiana, pero que en el fondo encierra una especial forma de orientar la vida: es decir, sacar provecho de cualquier situación para su propio beneficio, obtener siempre alguna ventaja, no importa cómo. Un estilo de vida que intenta ser justificado con la idea de cómo sobrevivir en medio de una sociedad aplastante, abrumadora y desigual.

Volvemos a los médicos humanistas. Las nuevas generaciones de médicos lo tienen difícil, porque la Medicina se ha tecnificado, burocratizado y masificado en exceso; se atiende a un número elevado de personas en un tiempo de consulta limitado y esto deteriora la necesaria relación médico-enfermo. Como dice el Dr. Guillermo Aguilar Maldonado, en la página final del libro, “los valores humanos no deben ser tergiversados por la globalización tecnológica ni científica.”

Las tecnologías, junto a todos los grandes beneficios científicos que nos dejan, igualmente, en el ámbito cultural, han experimentado importantes repercusiones: en ocasiones, se ha producido la pérdida de identidades tradicionales, la erosión de una cultura autóctona y milenaria.

Asumiendo el sentido de la obra del Dr. Patricio Barzallo: en la actualidad, el beneficio económico, el estilo de vida consumista, y la exaltación de la apariencia, desembocan en una cultura de lo efímero que devalúa al propio ser humano. Así lo reconoce en el Epílogo de la obra, el Dr. Elías Barzallo Cabrera: “la cultura tiene también la otra cara de la moneda”.

Incluso podemos fácilmente vincular este libro con lo más actual de nuestros días: con el mundo enfrentado a la pandemia, hoy, y la necesidad de reconstruir nuestra sociedad, mañana, la cultura debería estar en el centro de la respuesta.

Considerado en su totalidad este libro, junto al Dr. Patricio Barzallo, hoy podemos hablar de una cultura desatendida. Sin metáforas ni expresiones simbólicas de ningún tipo: la pandemia apagó la cultura y aceleró las desigualdades. La pandemia, claro. Aunque, nos preguntamos: ¿y dónde queda nuestra responsabilidad, muchas veces indiferentes a este deplorable estado de la cultura?

En cualquier caso, no podemos dejar de interrogarnos si era necesario esperar a una pandemia para afrontar y resolver definitivamente los problemas de un sector que nos aporta tantos beneficios en tiempos de adversidad. Incluidos, por supuesto, los jóvenes, las nuevas generaciones.

En la imagen de los jóvenes actuales, muchas veces aislados y refugiados en sus propios mundos, vemos con preocupación formas de vida y valores emergentes de una sociedad decididamente adherida a las redes y a las tecnología, también consumista y narcisista. Con un poco de humor, “te vas a la tumba habiendo visto el gol de Messi, pero no has leído los poemas de Borges (César Antonio Molina), quien definió la cultura como “la resistencia contra la muerte”.

Y surge otra vez, al hablar de los jóvenes, la advertencia del Dr. Patricio Barzallo, una cultura no divorciada de la vida. Porque la cultura solo se mantiene viva si se encarna en las personas, no si se guarda en bibliotecas o se almacena en instrumentos informáticos. Tener también presentes las palabras de Fernando Savater sobre cultura popular: “consumir sólo alta cultura es como alimentarse sólo de caviar”. La cultura, decimos nosotros, es mucho más que leer al premio Nobel de Literatura.

No queremos concluir sin mencionar un libro titulado “El mito de la cultura”, escrito por el filósofo Gustavo Bueno. Leemos en sus páginas:

Esta fuerza es la cultura, entendida como el aire: “universal patrimonio», y añadía la siguiente frase que merece ser leída dos veces: «Desde cualquier punto de vista que se observe el problema, la diferencia de cultura se presenta como mucho más grave que la diferencia de clases o la diferencia de economías”.

La difusión de la cultura es un valor indiscutible porque existe la certeza de que la cultura mejora al hombre. El recorrido por el libro del Dr. Patricio Barzallo nos ha

enseñado que los valores científicos y tecnológicos de la Medicina son inseparables de los valores éticos y humanísticos. Tal vez sea esta la asignatura pendiente de la Medicina.

“La cultura inculta”, del Dr. Patricio Barzallo Cabrera, demuestra que la cultura es un factor determinante en el desarrollo humano, la cultura es liberadora. Ese es el auténtico valor de esta obra.

“Antología de la poesía cuencana modernista”

Jacelin Verdugo Cárdenas

Una respuesta al positivismo

Nos situamos en la primera mitad del siglo XX. El positivismo en el centro del pensamiento de la época, el modernismo en la base de las expresiones artísticas y literarias. El positivismo, esa corriente filosófica que fundamenta el conocimiento y la verdad en elementos reales, perceptibles sensorialmente, verificables. En América Latina, abarcó a la ciencia, la economía y la política, a la ética y la estética. Octavio Paz consideró al modernismo como una respuesta al positivismo.

El modernismo latinoamericano, un modo de ser y de vivir, una atmósfera cultural, artística y literaria. Se constituye como el primer movimiento surgido frente al sistema de dominación cultural europeo. En esta perspectiva, se trata, por lo tanto, de redescubrir el carácter de subversión de las prácticas literarias modernistas, reivindicar su carácter de “resistencia”. No es extraño, entonces, que el modernismo defienda, por otro lado, la huida del mundo real y lo cotidiano, la búsqueda de otro mundo interior que describa los sentimientos más profundos.

En el modernismo igualmente está muy presente el destino humano y el dolor de ese destino en los pueblos

hispanoamericanos. *“La tierra está preñada de dolor tan profundo”*. *“¡Oh, señor!, el mundo anda muy mal. [...], el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición*. Nos dirá en verso Rubén Darío, el padre del modernismo literario.

Todas estas visiones sobre el modernismo ponen de relieve su vigencia y su vigor. Más de cien años después de la muerte de Rubén Darío, él y la corriente que fundó siguen siendo referencia obligada en la poesía latinoamericana. Ya lo dijo Jorge Luis Borges: “todos venimos de Rubén Darío”, y Enríquez Ureña: “reinventó el español como lengua poética”.

De ahí la actualidad de la antología de Jackelin Verdugo Cárdenas, la enorme importancia del estudio de nuestra autora sobre el modernismo cuencano, destacando, entre otros muchos aspectos, como iremos viendo, la expresión poética de la visión histórica de América Latina. La Casa Editora de la Universidad del Azuay siempre renovando y poniendo al frente sus significativas publicaciones.

Esta antología

Dice Borges que toda antología es, por definición, incompleta. Sin embargo, cuando el lector acaba de leer esta obra, tiene la impresión de haber leído casi toda la poesía modernista cuencana. Evidentemente, se trata sólo de una sensación, si bien es la que, precisamente, toda antología busca producir en el lector.

Esta antología, que marca el camino de las últimas investigaciones de Jackelin Verdugo, y que viene a cubrir espacios esenciales de las letras nacionales, está dividida en dos partes. En la primera, se nos ofrece una concentra-

da y completa visión general del modernismo en Cuenca, incluida su relación con el contexto social de la región. En sus palabras: *Cuenca era por entonces una ciudad que no tenía más de 80.000 habitantes. En la década del 20, Cuenca se moderniza, aunque en un contexto que aún conservaba grandes dosis de pensamiento religioso y clerical.*

Se recorre con sensibilidad, agudeza crítica y precisión informativa el período de 1920 a 1940, asegurando que *en la ciudad y la región el modernismo tuvo un paso fugaz y tardío.*

En realidad, todo el modernismo ecuatoriano fue un movimiento que llegó con cierto retraso, cuando estaba declinando en el resto de Latinoamérica. Nuestra autora marca tres posibles momentos en la producción de la lírica cuencana modernista: premodernismo, modernismo y postmodernismo. Esta división ordena la selección de esta antología

La segunda parte, la selección de autores y composiciones poéticas modernistas. Los autores no sólo constituyen una pluralidad de voces líricas, sino que proponen una nueva mirada al rechazar la idea de que los poetas modernistas se limitaron a vivir en una torre de marfil, cuando lo cierto es que la mayor parte de ellos participaron en la vida pública, cotidiana y cultural de Cuenca. Así, Alfonso Moreno Mora fue también un incansable gestor cultural.

Cabe añadir, que la originalidad de esta antología no sólo radica en su visión penetrante y sugerente del modernismo cuencano, sino también en la inclusión de poemas y autores poco conocidos. Es el caso de Aurelia Cordero

Dávila, “una escritora desgarradora y fascinante, sus versos son desconocidos a pesar de su gran calidad”.

La poesía hispanoamericana de finales del siglo XIX y comienzos del XX, es decir, del período llamado “modernismo”, propone un conjunto de temas, conceptos y categorías que construyen lo que podríamos llamar el pensamiento poético del modernismo. Uno de esos temas centrales es el erotismo, la pasión amorosa, la sensualidad.

“Ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente”

Al tratar esta cuestión, Sponville, filósofo francés de nuestro tiempo, cita esta frase de Francois de la Rochefoucault, escritor francés del siglo XVII: “Ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente”. Pero tratándose de la sexualidad, del erotismo, pocos son los hombres y las mujeres que se privan de mirarlo de frente. Justamente, entre los poetas cuencanos de la misma época, tiene una amplia representación.

El mismo Sponville cita, por otra parte, a Lucrecio (poeta y filósofo romano): “Nuestro máximo placer (el amor, la sexualidad) tiene cierto aire de lamento. Aunque lo imaginemos en su plenitud, le aplicamos características como languidez, delicadeza y también morbidez”. Es decir, lo sublimamos. Como harían los modernistas cuencanos, antologados por Jackie.

Pero esta sublimación corre paralela a una expresión literaria basada en percepciones sensoriales, un léxico lleno de sensualidad y sensaciones:

su cuerpo, el seno apretado, el talle cimbreado (...), el sol le besaba / los mórbidos hombros de mármol pulido

(Alfonso Moreno)

Erotismo en el modernismo cuencano, una provocación al deseo sensual por medio de la imaginación, la fantasía, el ansia de belleza y la estimulación sensorial:

*Enfermo de fiebre de belleza / que invade como llama (...)/
Vio en ella las formas de Afrodita / el arte que arrebató. /
Vio en ella los ritmos tentadores*

(Aurelio Falconí)

Un erotismo expresado en imágenes y referentes del cuerpo humano. También en esta voz femenina, como el derecho a la construcción de su cuerpo de mujer:

*¡Qué piel tan rubia y suave, qué / ojos tan grandes y llenos
de vida, que / lengua tan rosada, tan rosada... Si es / un
montón de sangre caliente que palpita!*

(Aurelia Cordero Dávila)

Sin embargo, es necesario tener presente, como hace nuestra autora, que la concepción del cuerpo femenino para el modernismo es el resultado de una nueva mirada sobre las ideas tradicionales y religiosas de aquella época. El cuerpo, estaba en constante oposición con el alma. El cuerpo, la carne, obstaculizaba el encuentro y la fusión con el alma, el espíritu. El resultado, el ser humano, un

ser en conflicto consigo mismo, dividido en su propia naturaleza:

No me pidáis mis besos: mi boca está cerrada. / No me imploréis limosnas de amor: está sellada / mi cantarina y rica fuente de juventud

(María Ramona Cordero y León)

En esta pugna, personajes reducidos a su soledad y su vacío: *la torturan los silicios / de la más negra tristeza, / y vaga por los jardines / las noches de luna llena* (Aurelia Cordero Dávila). “Rayos de soy alegre / penetran por la venta”, dirá finalmente. Porque, en su plenitud, el modernismo supone una invitación a volver a la naturaleza, como el espacio en el que se sitúa el cuerpo y al que se le debe reconocer con todas las sensaciones físicas, corporales. Así pues, la desnudez pasa a ser no solo la del cuerpo sino también del espíritu, de la mente.

La confluencia de estos dos elementos acaba por disolver la tradicional contradicción:

En las lunas del seno mi beso lacerante, / tú fuiste la noticia del verano en el vientre, / en los muslos, en la amplia cadera de colina, / en los largos rebaños de la carne en entrega

(César Andrade y Cordero)

La representación del placer sensual incluso en voces femeninas se abre paso, pese a la presión social de aquellos años sobre la mujer:

Supremo el deleite de mi entraña pura / cuando lo desgarras con tu cuerpo de hombre... / Tendida en mi lecho de arena / tus ojos – luceros / prenderán su lumbre de amor en mi seno...

(Mary Corylé)

Reconstruir la sensibilidad histórica

Volvamos al esclarecedor estudio introductorio de Jackelin Verdugo. El modernismo presenta dos tendencias: una, aristócrata, burguesa, bohemia y de una estética brillante y sensual.

Otra, con un espíritu de rebeldía frente a los conflictos históricos y sociales. El modernismo en el ámbito de la incertidumbre y del derrumbe social. En este proceso, queremos destacar especialmente la inclinación postmodernista a reconstruir la sensibilidad histórica, sus escritores no olvidan los ideales colectivos para América Latina. De tal manera que el manido apoliticismo modernista es simplemente un tópico de la crítica literaria.

Además, en Ecuador, en Cuenca, los autores modernistas convocan una y otra vez a los paisajes del mundo Andino, pero desde las palabras y los afectos:

Mezcla de pena, de rencores y espantos, / la bocina es el grito de la raza

(Alfonso Moreno)

¿Por qué no amar al indio / flor morena que brota de una raza?

(Ernesto López Díez)

Jackie nos advierte: “los postmodernistas cuencanos expresan miradas críticas sobre su presente, ya no se repliegan sobre su yo angustiado, se proyectan al futuro”: *si encuentran un obstáculo, desátanse los ríos.*

“Alfonso, Manuel, Vicente Moreno Mora supusieron una elección de vida, una cosmovisión que integraba arte, política y existencia, dimensiones que confluyeron en su trabajo poético, en su percepción sobre el mundo” (“Antología poética”). Un auténtico compromiso con sus realidades:

¿Qué haremos los poetas al mirar tales cosas...? / ¿Ceñimos la cabeza de pámpanos y rosas / y gozar con las niñas en las selvas umbrosas...?

La preocupación solidaria ante la suerte del ser humano, trataron de rescatar la vida cotidiana, los motivos de la infancia y la nostalgia familiar:

*Amor de campo, poema / con música de alboradas; / callado amor que tuvimos / cuando niños, en la granja (...)
¿Cuándo amanece en mi campo? / ¿Cuándo habrá sol en mi huerto?*

En conjunto, a través de los postmodernistas en Cuenca, se revelan poéticas más humanas, colectivas e interculturales: *¡No quiero que me cierre la realidad su puerta!* (Gonzalo Cordero Dávila).

Y el desencanto ante la búsqueda del placer y la belleza:

¿El amor? Mermeladas que se venden por platos / y compran los chiquillos de veinte años lo más. / ¿La gloria?: una ramera que vive en malos tratos

(Alfonso Moreno)

Porque hasta entonces, hasta el modernismo, las cosas estaban claras: el único cuerpo a través del cual se interpretaba el mundo en la literatura era masculino y heterosexual. La literatura modernista tenía mucho que decir: liberar el cuerpo en lugar de liberarse del cuerpo, como se había pregonado durante milenios.

Invisible a lo largo de los siglos en la literatura latinoamericana, el cuerpo –sus procesos y sus posibilidades, su deseos y sus limitaciones– está en el centro mismo del modernismo poético y, como vemos ahora, de diversas estéticas y escrituras de estos tiempos actuales.

El modernismo cuencano fue una respuesta de la imaginación y de la sensibilidad al positivismo y a su visión fría de la realidad. Por haber sido un estado de espíritu, pudo ser un auténtico movimiento poético, la necesaria respuesta al vacío espiritual creado por la crítica positivista de la religión y de la metafísica (Octavio Paz).

Al concluir, volvamos una vez más a la antología de Jackelin Verdugo, que constituye, como antes señalamos, una aportación definitiva en el estudio del modernismo cuencano y, en consecuencia, en el estudio de la lírica ecuatoriana. Nuestra autora como una auténtica investigadora comprometida con el legado de las letras ecuatorianas.

En su trabajo el lector descubrirá en el proceso de la escritura modernista la conciencia de la poesía no como un monumento del pasado, sino como “un tránsito que hace más vivo y actual al poema, a la poesía, y más valiosa a la vida misma, representada en su fugacidad sensorial”. En los versos de Ramona Cordero y León:

*¡Quiero ser como agua... / impulsiva, en el lomo rocoso. /
Quiero hacer como el agua / que azota, que limpia, / que
acaricia, que cura, que besa /Quiero ser como agua!*

07

Leer, hoy

*Un libro debe ser el hacha que rompa el mar
helado que hay dentro de nosotros*

(Franz Kafka)

Leer es una creación humana, y el desarrollo intelectual guarda una estrecha relación con la aparición de la escritura, con el descubrimiento del libro. En palabras de Carlos Fuentes:

Hoy más que nunca, un escritor, un libro y una biblioteca nombran al mundo y le dan voz al ser humano. Hoy más que nunca, un escritor, un libro y una biblioteca nos dicen: si nosotros no nombramos, nadie nos dará un nombre. Si nosotros no hablamos, el silencio impondrá su oscura soberanía.

Partimos del hecho de que la lectura es una práctica social y cultural que se modifica de una época a otra, varía de un período histórico a otro. Hoy estamos en medio de un cambio muy profundo en cuanto a la lectura se refiere. Es incuestionable que actualmente no leemos como antes, ni siquiera en los mismos soportes. No hay, en consecuencia, otro camino que reaprender a leer y a escribir en nuestra era digital.

No esperéis libraos de los libros

Nos preguntamos entonces cómo será el mundo del libro tras pasada la segunda mitad del siglo XXI. ¿Tiene sentido tener librerías y bibliotecas físicas en la era digital? ¿Seguirá siendo el soporte libro el principal lenguaje para contar una historia? ¿Qué otros formatos (audio, vídeo, imágenes) se utilizarán? ¿Se modificará el concepto “libro”?

Habrá que volver a las palabras de Umberto Eco, fallecido no hace mucho, quien publicó una obra cuyo título sirve como mejor respuesta al conflicto entre las nuevas formas de lectura y el libro en papel: *No esperéis libraros de los libros*. Nos reconforta cuando afirma con convicción la pervivencia del papel frente a los distintos formatos digitales. Lo dijo claramente en una entrevista: “Si tuviera que dejar un mensaje de futuro para la Humanidad, lo haría en un libro en papel y no en un disco electrónico”.

Con toda entereza nos advierte Arturo Pérez Reverte: “Estoy convencido, quizá porque tengo biblioteca y he leído lo suficiente para proyectarlo en la vida, de que viene un mundo duro. Complejo y difícil. Un territorio hostil donde de nuevo, como en otros momentos de la Historia, el ser humano va a necesitar enormes recursos intelectuales para mantener la serenidad y la lucidez”. Entre esos recursos, apuntalamos nosotros, la lectura.

La lectura, espacio de libertad

Sólo quien lee libros y piensa por sí mismo, con saberes fundamentados y pensamientos confrontados, puede hoy ser libre y perdurar con dignidad. Los libros nunca se han llevado bien con el poder. Una de las cosas esenciales

que proporciona la lectura es aprender a pensar, y no hay nada más peligroso para el poder que un pueblo pensante. La tarea del político es más fácil frente a un pueblo ignorante. Juan José Millás lo precisa:

Quien llega a ser lector descubre dentro de sí la existencia del mundo de la imaginación y se convierte en un individuo difícil de manipular, en un individuo libre. Quien lo ignora, por el contrario, vivirá enajenado, generando deseos y fantasías de otro. Será un esclavo. No verá más, cuando abra los ojos, que lo que espera ver y contribuirá al fortalecimiento de un sistema con el que seguramente no está de acuerdo.

La lectura es, así pues, un principio y origen de un espacio de libertad intelectual, un territorio de infinita posibilidad. Actualmente la auténtica lectura es tan poco frecuente que podemos preguntarnos si solamente el hecho de lectura será en el futuro un acto de rebeldía. La lectura será siempre una forma de resistencia, nos protege de la descomposición social y moral. En este contexto, el escritor de literatura es una especie de solitario guardián de valores en riesgo, porque la deshumanización del ser humano se acentúa dramáticamente día a día.

En busca de un nuevo lector

Qué tipo de lectores tendremos en un futuro próximo? Hoy se habla del “poslector”, un concepto bastante difuso. Lo que sí está claro es que *no es nada sencillo convertirse en lector, pero cuando uno lo logra, conquista al mismo tiempo una percepción de la realidad. Porque lo que llamamos realidad es en gran medida una construcción verbal, del lenguaje* (J. José Millás)

Inexcusablemente, hay que ir en busca del lector del siglo XXI, porque hay muchas formas de leer, hasta el punto de que cada lector, en cierto modo, es una diversidad de lectores. Una buena manera de leer, hoy en día, sería tratar un libro de la misma manera que se escucha música o se ve una película. Es decir, a través de la sensibilidad. Los conceptos son, si se leen en esa dimensión, exactamente como los sonidos, los colores o las imágenes.

Se trata de dar la oportunidad que se merece el buen lector para manejar ideas más enriquecedoras. Sin ese tipo de lectura, el lector permanece en la superficie del conocimiento y queda desprotegido de todo lo que lee.

Leer literatura

Aunque pueden plantearse otras opciones y perspectivas, desde una posición personal, no escribimos para ser escritores ni leemos para ser lectores. Lo hacemos con la finalidad de comprender el mundo y ayudar a los otros a comprenderlo. Si esto es así, nadie debería salir a la vida sin haber adquirido esas habilidades tan determinantes.

Bien, pero ¿para qué leer literatura? Basta igualmente una sola razón: porque es una herramienta para la vida capaz de posibilitar una conciencia más clara de la existencia. Saber leer es también saber leerse, construirse uno mismo.

Lo dejó dicho Franz Kafka en una carta que escribió a Max Brod, en 1904: *En general, creo que solo debemos leer libros que nos muerdan y nos arañen. Si el libro que estamos leyendo no nos despierta como un golpe en el cráneo, ¿para qué nos molestamos en leerlo?* La lectura

literaria es una forma -quizá la más completa y profunda- de examinar la condición humana. Hay un conocimiento sobre la realidad que solo se adquiere con la literatura.

Leer, una creación humana

Lo dijimos al inicio: leer, una creación humana. Lo que nos falta hoy son representaciones articuladas de la realidad. Ante los interrogantes que nos acosan en lo que va de siglo, de lo que sí estoy convencido es que a cada uno de nosotros hay un libro que nos espera. En algún lugar de la biblioteca hay una página que ha sido escrita para nosotros.

En una biblioteca hay que actuar como hace el amante: para él, existe solamente un libro, el que está leyendo en ese momento. El verdadero lector es monógamo, aunque su pareja no sea siempre la misma. Efectivamente, cada libro es un compañero de lectura en un momento determinado de su vida.

(Leonardo Romero, “La aventura de leer”)

Desde el descubrimiento del libro nadie está ya completamente solo, pues dispone del pensamiento y los sentimientos de toda la humanidad, de sus escritores. Y con ello, los recursos para construir nuestra existencia personal.

Con los jóvenes lectores

Entonces, favorecer la construcción de jóvenes lectores. Lo decimos con fuerza: antes que enseñar técnicas de

lectura hay que despertar el gusto por la lectura. Aunque la escuela, el colegio, la universidad, incluso si sus propios profesores no los motiven, los jóvenes aman la lectura y la escritura. Afirmamos esto con toda convicción y contra la insistente idea de que a los jóvenes no les interesa leer ni escribir.

Sin embargo, igualmente con firmeza, en muchas instituciones educativas se ha concebido al lector como un decodificador de signos; quizá esto explique entre otras razones, el desinterés de un número considerable de estudiantes especialmente hacia la lectura literaria, ya que a los jóvenes no se les incita a amar los libros, sino a detestarlos. Frecuentemente observamos con pesar cómo la lectura se ha asociado a la tarea escolar, no al disfrute en libertad. Paradójicamente, quienes leen habitualmente fuera del ámbito académico suelen ser mejores lectores.

Lectura en verso

Y qué sucede con la lectura de poesía. Bueno, pues la poesía es patrimonio común de la Humanidad. Por ello, lo importante es dar visibilidad a las nuevas tendencias, las que no sean las oficiales. Desestabilizar al lector, movilizarlo desde su cómodo sillón del interior de la casa. Salir del yo, aunque se trate de poesía lírica. Decía Antonio Machado: *no es el yo lo que busca el poeta, sino el tú esencial.*

Actualmente, la responsabilidad primera de los poetas es salvar la poesía de las amenazas que acompañan su presencia en lo que hoy se llama el ciberespacio: así, poemas escritos por máquinas en los que el autor, el poeta, haya desaparecido, o sea, dicho directamente, un personaje inventado. Diferenciar, hablando de Inteligencia

Artificial, entre un texto generado por un robot y el escrito por un ser humano.

Tal vez el centro de la respuesta esté en los planes educativos: devolver el protagonismo de la lectura y de la poesía a los programas de estudio debe ser una exigencia prioritaria. La poesía, palabra reveladora, conciencia crítica, dimensión mágica en lo cotidiano, memoria de los pueblos. Poesía de hoy y de siempre.

Al final, lecturas más breves

¿Son los nuevos lectores más exigentes? Es posible, pero no por lectores propiamente dicho, sino por consumidores. Hasta en los libros buscamos lo más espectacular y llamativo. Lo cierto es que *los dispositivos no son peligrosos para el libro. La gente puede ser peligrosa para el libro. Gente, por ejemplo, que no lee* (László Krasznahorkai).

O, por el contrario; “*a mí me preocupa que todos queramos lecturas cada vez más breves y menos profundas. Hemos perdido el sosiego para esa lectura que favorece pensamientos pausados y nos transporta a niveles de significado más profundos*”, explica Maryanne Wolf en *Cómo aprendemos a leer*.

ÍNDICE

10	NOTA DEL AUTOR
17	PRÓLOGO Carlos Pérez Agustí y su inagotable apego al arte
23	01. PERSONAJES PARA LA MEMORIA CULTURAL DE CUENCA
35	02. LITERATURA Y CINE
36	LO MÁS OSCURO DEL SER HUMANO
37	Literatura, cine, psicoanálisis
48	LA PASIÓN POR EL CINE
49	José Edmundo Maldonado Samaniego
53	Pablo Palacio, Kafka, Chaplin
63	03. ELIÉCER CÁRDENAS, AMIGO EN LA AVENTURA LITERARIA Y CULTURAL
65	Un imprescindible referente para el siglo XXI
69	Eliécer Cárdenas Espinoza, o llegar al corazón de cada lector
75	Tendencias narrativas de Eliécer Cárdenas: novela negra, ironía y sarcasmo, cine

89	04. RELATO
90	VIGENCIA DEL HÉROE HOMÉRICO
91	“Tras las Huellas de Odiseo”, de Juan Valdano
100	UN MANIFIESTO ANTIRRACISTA, POÉTICO, DOLOROSO
101	“Fuego Cruzado: Relatos de Jazz y Blues”, de Iván Petroff Rojas
109	“Los Hijos del Bosque”, de Sonia Moreno Ortiz
124	ESE FRÁGIL MUNDO DE LAS APARIENCIAS
125	“In-Discreciones”, de Ernesto Arias
130	EL DESARRAIGO, UNA HERIDA QUE NO CICATRIZA
131	“El Retorno”, de Aquiles Jimbo Córdova
137	“Aguajes y sequías”, de Silvia Pérez Loose
148	ENRIQUE DÁVILA - COBOS, RELATOS
149	La reconstrucción de la propia vida
153	“La última oportunidad de volver a ganar lo que se ha perdido”
166	RELATOS, INCONSCIENTE Y PESADILLAS

177	05. POESÍA
178	EUGENIO MORENO HEREDIA, REFERENTE POÉTICO PARA LA LÍRICA CUENCANA
179	La voz de Eugenio Moreno Heredia, su voz de camino dolido
185	“No hay reposo”, de Susana Moreno Ortiz
199	Acercamiento a la obra poética, de Susana Moreno Ortiz
202	LA POESÍA, RESISTENCIA ANTE LAS ADVERSIDADES
203	“Cautiverio”, de Aquiles Jimbo
208	RESPLANDORES DE LA EXISTENCIA
209	“Fragmentos”, de Eugenio Crespo Reyes
217	“De sombras y luces”, de Magaly Vanegas
220	LA POESÍA, DE PIE CONTRA LA MUERTE
221	“Canto a la Vida”, de Román Izquierdo
227	La obra literaria de Aminta Buenaño
233	“Memorial”
239	06. ENSAYOS
241	“Rostros, saberes y derechos”, Edith Patiño Sánchez

241	“Turismo y urbanismo”, Gabriela Astudillo Patiño
250	POESÍA LÍRICA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA
251	“Los años 70”, de Sara Vanégas
258	ESTAMOS SUBIENDO UN PEQUEÑO PELDAÑO EN LA HISTORIA
264	UN INTELLECTUAL DE DOS MUNDOS
277	“La cultura inculta”, de Patricio Barzallo
285	“Antología de la poesía cuencana modernista” Jacelin Verdugo Cárdenas
297	07. LEER, HOY



Constan en la foto: Edmundo Maldonado, María Vera, Christian Narváez (niño)
(Película Cabeza de Gallo 1989)



De izquierda a derecha: Carlos Pérez e Iván Petroff



Esta edición de
ENSAYOS LITERARIOS PARA EL SIGLO XXI
se terminó de imprimir y encuadernar
en abril de 2024 en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador

A lo largo de su amplia trayectoria como crítico literario, catedrático universitario y promotor del Cine en la ciudad de Cuenca, Carlos Pérez Agustí es uno de los más penetrantes y profundos estudiosos de nuestra literatura.

El incisivo ojo crítico de Carlos Pérez Agustí consigue con sus enfoques sobre los escritores estudiados, descubrirnos nuevas aristas, a la luz del actual Siglo, en este tiempo “líquido” como lo llama el sociólogo polaco Zygmunt Bauman.

Con estos estudios, Carlos Pérez actualiza la indagación crítica sobre las obras y los escritores incluidos en el libro, en un ejercicio pedagógico notable, que demuestra su profunda versación literaria. Un reconocimiento a su Patria de adopción y a la ciudad en que decidió vivir, Cuenca de los Andes.

Eliécer Cárdenas Espinosa



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

ISBN: 978-9942-645-68-5



9 789942 645685